



FACULTAD DE TEOLOGÍA
DEPARTAMENTO DE TEOLOGÍA ESPIRITUAL

TESINA DE LICENCIATURA EN TEOLOGÍA ESPIRITUAL

«SEÑALARSE» EN LA OBEDIENCIA [*Epp* IV, 671]

LA OBEDIENCIA EN LA ESPIRITUALIDAD IGNACIANA

Presentado por:
LÊ HOÀNG NAM

Dirigido por:
PROF. JOSÉ GIMÉNEZ MELIÁ

MADRID
2023



**FACULTAD DE TEOLOGÍA
DEPARTAMENTO DE TEOLOGÍA ESPIRITUAL**

«SEÑALARSE» EN LA OBEDIENCIA [*Epp* IV, 671]

LA OBEDIENCIA EN LA ESPIRITUALIDAD IGNACIANA

Visto Bueno del director
PROF. JOSÉ GIMÉNEZ MELIÁ

Fdo.

Madrid
Mayo 2023

ÍNDICE GENERAL

SIGLAS Y ABREVIATURAS	I
INTRODUCCIÓN.....	1
Planteamiento del tema	1
Hipótesis y objetivos del trabajo	3
<i>Status quaestionis</i>	4
Fuentes y estructura.....	5
CAPÍTULO 1: LA OBEDIENCIA EN LA BIBLIA Y EN ALGUNOS MAESTROS ESPIRITUALES	
ANTES DE IGNACIO	8
I. La obediencia en la Biblia.....	8
1. La obediencia en el Antiguo Testamento.....	8
2. La obediencia en el Nuevo Testamento	13
II. La obediencia en algunos maestros espirituales	19
1. El origen de la vida monástica	19
2. La obediencia en el tiempo de los Padres del desierto	25
3. La obediencia en algunos maestros espirituales.....	31
CAPÍTULO 2: LA OBEDIENCIA EN LA AUTOBIOGRAFÍA, EN LOS EJERCICIOS Y EN LAS	
CONSTITUCIONES	42
I. La experiencia de Ignacio sobre la obediencia en la Autobiografía	43
1. Un hombre de fuerte carácter	43
2. Ser dócil a la guía de Dios.....	46
3. Ser siervo de Cristo	48
II. La mistagogía de la obediencia en los Ejercicios	51
1. En el «Principio y Fundamento»	51
2. En la Primera Semana	52
3. En la Segunda Semana	53
4. En el proceso de hacer elección	56
5. En la Tercera y Cuarta Semana	58
6. En la «Contemplación para alcanzar amor».....	62
III. Las enseñanzas sobre la obediencia en las Constituciones.....	64
1. Observaciones Preliminares	64
2. La obediencia, la voluntad de Dios y la misión	67
3. La obediencia y la unión de la Compañía	73
4. La obediencia y el crecimiento espiritual y corporal de los miembros.....	76
CAPÍTULO 3: ALGUNOS ASPECTOS RELACIONADOS CON LA OBEDIENCIA IGNACIANA ...	87
I. Algunos elementos para una buena obediencia.....	87
1. La persona del superior	87
2. Discernir juntos para buscar la voluntad de Dios.....	91
3. La discreción en la obediencia ignaciana	95
II. Formación y renovación de la obediencia	98
1. La formación en la obediencia	98
2. La renovación de la obediencia.....	100
Apéndice: La obediencia en algunos decretos de las Congregaciones Generales	101

1.	Las Congregaciones Generales 31 y 32	101
2.	La Congregación General 35.....	106
CONCLUSIONES		109
BIBLIOGRAFÍA		115

SIGLAS Y ABREVIATURAS

I. Fuentes

1. De los escritos ignacianos

- Au* *Autobiografía*. Luis Gonzáles de Cámara. *Acta Patris Ignatii scripta* (1553-1555). Rambla José María, ed. *El Peregrino. Autobiografía de San Ignacio de Loyola*. Bilbao-Santander: Mensajero-Sal Terrae, 2015. FN I, 354-507. Roma: 1943 (MHSI 66).
- Co* *Constituciones de la Compañía de Jesús. Monumenta Constitutionum* II, Roma 1936 (MHSI 64).
- De* *Diario espiritual*, en Santiago Thió de Pol, ed. *La intimidad del peregrino. Diario espiritual de San Ignacio de Loyola*. Bilbao-Santander: Mensajero-Sal Terrae, 1990.
- Ej* *Ejercicios Espirituales* 7a edición, editado por Dalmases Cándido. Santander: Sal Terrae, 2019. *Exercicia Spiritualia*. Roma: IHSI, 1969 (MHSI 100).
- Epp* *Cartas. Sancti Ignatti de Loyola Societatis Iesu fundatoris epistolae et instrucciones*, editado por V. Agusti, F. Cervós, M. Lecina, D. Restrepo. Madrid: 1903-1911, reimp. 1964-1968, (MHSI 22, 26, 28, 29, 31, 33, 34, 36, 37, 38, 40, 42).
- Obras* *Obras*, editado por Ignacio Iparraguirre, Cándido De Dalmases y Manuel Ruiz Jurado. Madrid: BAC Maior, 2021.

2. De otras fuentes ignacianas

- FD* *Fontes Documentales de S. Ignatio de Loyola*, Roma 1977 (MHSI 115).
- FI* *Fórmula del Instituto*.
- F39* *Fórmula del Instituto de 1539* (aprovado viva voz por Paul III).
- F40* *Fórmula del Instituto de 1540 (Regimini Militantis Ecclesia* de Paul III).
- F50* *Fórmula del Instituto de 1550 (Exposcit Debitum*, de Julio III, 1550, reaprovado *Exposcit Debitum* por Julius III). *Monumenta Constitutionum* I, Roma 1934, 375 – 382.
- FN* *Fontes Narrativi de S. Ignatio de Loyola et de Societatis Iesu initiis* (4 vols.), Roma 1943-1965 (MHSI 66, 73, 85, 93).
- MBob* *Monumenta Bobadillae*, Madrid 1913 (reimp. 1970).

<i>MBr</i>	<i>Epistolae PP. Paschasii Broeti, Claudii Jaji, Joannis Coduri et Simonis Roderici Societatis Iesu</i> , Madrid 1903 (reimp. 1971).
<i>MCo</i>	<i>Monumenta Constitutionum</i> (I <i>Praevia</i> ; II <i>Textus Hispanus</i> ; III <i>Textus latinus</i>), Roma 1934 – 1938.
<i>Memorial</i>	<i>Recuerdos Ignacianos. Memorial de Luis Gonçalves de Câmara</i> . Editado por Benigno Hernández Montes. Bilbao-Santander: Mensajero-Sal Terrae, 1992.
<i>MNad</i>	<i>Monumenta Natalis. Epistolae Hieronymi Nadal Societatis Iesu ab anno 1546 ad 1577 (et alia scripta)</i> (5 vols.). Madrid – Roma, 1898 - 1962 (MHSI 13, 15, 21, 27, 90).
<i>MXav</i>	<i>Monumenta Xaveriana. Epistolae S. Francisci Xavierii aliaque Rius scripta</i> (2 vols.), Roma 1944 – 1945).
<i>Orat. obs.</i>	Nadal Jerónimo, <i>Orationis observationes</i> , (ed. Por Miguel Nicolau), Institutum Historicum Societatis Iesu, Roma 1964.
<i>Pláticas</i>	<i>Las pláticas del padre Jerónimo Nadal. La globalización ignaciana</i> , editado por Miguel Lop Sebastià. Bilbao-Santander: Mensajero-Sal Terrae, 2011.

II. Diccionarios, revista, concordancia y léxicos

<i>AHSI</i>	<i>Archivum Historicum Societatis Iesu</i> . Roma.
<i>Concordancia</i>	Echarte Ignacio, ed. <i>Concordancia ignaciana</i> . Bilbao – Santander – St. Louis: Mensajero – Sal Terrae – The Institute of Jesuit Sources, 1996.
<i>DEI</i>	Grupo de Espiritualidad Ignaciana, ed. <i>Diccionario de espiritualidad ignaciana</i> [2 vols.]. Bilbao – Santander: Mensajero – Sal Terrae, 2007.
<i>DHCJ</i>	O'Neill, Charles y Domínguez, José María, <i>Diccionario Histórico de la Compañía de Jesús</i> . 4 vols. Roma-Madrid: IHSI- UPComillas, 2001.
<i>DiccAut</i>	Real Academia Española. <i>Diccionario de autoridades</i> (1767). 3 vols. Madrid: Gredos, 1990.
<i>TLC</i>	Covarrubias, S. de, <i>Tesoro de la lengua castellana o española</i> , (Arrellano, I., Zafra, R., eds.). Madrid: Iberoamericana, 2006.

III. Otras

<i>art. cit.</i>	Artículo citado
------------------	-----------------

BAC	Biblioteca de Autores Cristianos
CC GG	Congregaciones Generales de la Compañía de Jesús
Cf.	Confer (véase)
CG	Congregación General de la Compañía de Jesús
d.	Decreto
dir.	Director
ed.	Editor
ibid.	Ibidem (ahí mismo)
IHSI	Institutum Historicum Societatis Iesus
n.	número
<i>op.cit.</i>	opus citatum (la obra citada)
trad.	Traductor
vol.	Volumen

INTRODUCCIÓN

Planteamiento del tema

Por «obediencia» en castellano se entiende «la sujeción y subordinación a la voluntad del superior, ejecutando sus preceptos»¹, o «consiste en la ejecución de lo que se nos manda»². El hecho de que una persona tenga que renunciar a su voluntad y juicio para hacer lo que le mandan los demás está presente en todos los rincones de la sociedad, en cualquier ámbito de convivencia: familia, escuela, empresa, ejército... Hoy en día, se aprecia cada vez más la libertad y la autodeterminación individual, y junto con ello se encuentran las críticas a la obediencia, alegando que es una especie de supresión de la libertad humana que va en contra del crecimiento personal. Pero la obediencia es un elemento indispensable en la vida cotidiana porque nadie puede negar sus valores positivos.

A nivel religioso, todas las criaturas dependen del Creador, porque Él es la Fuente de la cual todas las cosas se originan, sustentan y crecen. La fe cristiana también enseña a los creyentes a observar siempre los mandamientos de Dios porque solo obedeciendo a su voluntad, podemos participar de la felicidad eterna con Él. A un nivel más concreto y específico, la obediencia es uno de los tres votos que los religiosos deben observar³. Mientras que la pobreza se relaciona en primera instancia con las posesiones materiales, la castidad, en primera instancia, con la sexualidad y la vida afectiva, la obediencia toca la propia voluntad y el juicio, que son las dimensiones más nobles del ser humano y muy difíciles de renunciar. Por lo tanto, vivir perfectamente la obediencia se considera el mayor sacrificio que los religiosos pueden ofrecer a Dios.

En una célebre carta suya⁴, Ignacio no duda en decir que la obediencia debe ser la característica de los hijos de la Compañía de Jesús, que los jesuitas deben sobresalir,

¹ *DiccAut*, 833.

² *TLC*, tomo V, 2.

³ Algunas congregaciones religiosas tienen sus propios votos según sus carismas, pero la mayor parte de las Congregaciones Religiosas guarda estos tres votos.

⁴ *Epp IV*, 669-681. Esta carta fue redactada por Polanco (por comisión de Ignacio) el 26 de marzo de 1553, basada en otras muchas cartas que Ignacio (o Polanco) había escrito antes. Fue dirigida a los padres y a los hermanos de Portugal, que estaban en medio de una grave crisis de obediencia. El tono de la carta es a la vez amable y firme, ayudando a los jesuitas de allí a comprender las aspiraciones de Ignacio y sus enseñanzas

«señalarse», en esta virtud⁵. En las *Constituciones* de la Compañía de Jesús, Ignacio utiliza frases muy fuertes para describir la exigencia de obediencia de los miembros⁶. El aprecio de Ignacio por la obediencia a todos los religiosos en general y a los jesuitas en particular también se muestra en muchas anécdotas, como la siguiente del padre Ribadeneira (1527-1611). Es impresionante la respuesta de Ignacio:

«Un día vino fray Reginaldo (que era un padre de Santo Domingo, viejo, de mucha autoridad en su orden y amigo de la Compañía) a visitar a nuestro Padre; y estando presentes el P. Benedicto Palmio y yo, le dijo que en Bolonia, en un monasterio que estaba a su cargo, había una monja que tenía éxtasis y las insignias de la pasión en su cuerpo, y que él las había tocado con mano y había querido certificarse de ello; y que por otra parte aquella mujer tenía otra cosa, y es que, cuando estaba arrebatada, ninguna cosa oía ni sentía, aunque la quemasen o pinchasen, sino cuando la llamaban por parte de la obediencia; que entonces, como quien despierta de un sueño, se levantaba, etc.; y le preguntó a nuestro Padre qué le parecía de todo esto. Respondió nuestro Padre solas estas palabras: “De todo lo que V.R. ha dicho, la mejor señal es la de la obediencia”»⁷.

Como conocedor de Ignacio, en sus pláticas, el padre Nadal⁸ también valoraba mucho la obediencia, diciendo que «la vocación del religioso se comienza por la obediencia, obedeciendo a las divinas inspiraciones, y por la obediencia, caminamos adelante y nos ayuda Dios nuestro Señor a la perfección. Quien anda fuera de la obediencia, está apartado del canal por donde nuestro Señor comunica su divina gracia y favor para alcanzar la perfección»⁹. Para Nadal, la obediencia en la Compañía es «aquello por lo cual se deriva la gracia peculiar de la Compañía a todos los miembros»¹⁰, y es «nuestro modo particular de proceder que el Señor nos ha dado, para lo cual también tenemos especial ayuda de nuestro

sobre la obediencia que todos los jesuitas están llamados a seguir, tanto que, tradicionalmente, esta carta es conocida como «la carta de obediencia».

⁵ *Epp* IV, 670-671.

⁶ Por ejemplo, hay que obedecer como un cadáver, o como un bastón en la mano de un anciano, la obediencia ciega ... [*Co* 547].

⁷ *FN* II, 328.

⁸ Jerónimo Nadal, SJ (1507-1580). Ignacio dijo de Nadal que: «*qui mentem nostram omnino noverit, et nostra auctoritate fungitur*» («conoce perfectamente bien nuestra manera de pensar y comparte nuestra autoridad») [*MNad* I, 144]. Incluso mencionó a Nadal como alguien que podía dar las informaciones sobre su vida: «las otras cosas podrá contarlas el Mro. Nadal» [*Au* 98]. Polanco también reconoce que Nadal «tiene mucho conocimiento de N. P. Mtro. Ignacio, porque le ha tratado mucho, y parece tiene entendido su espíritu, y penetrando, quanto otro que yo sepa en la Compañía, el instituto della» [*Epp* V, 190].

⁹ *Las pláticas del padre Jerónimo Nadal. La globalización ignaciana*, editado por Miguel Lop Sebastià. Bilbao-Santander: Mensajero-Sal Terrae, 2011, 251 (Más adelante, citaremos *Pláticas*).

¹⁰ *Ibid.*, 320.

Señor Dios»¹¹, «uno de los muchos dones concedidos por Dios a la Compañía»¹², a través del cual la Orden da muchos frutos en sus apostolados¹³.

Nadie puede negar el noble valor de la obediencia en la vida religiosa. Pero la manera en que Ignacio la presenta, usando términos muy fuertes, ha dejado a muchas personas cuestionando su comprensión de esta virtud y el hecho de que exige mucho a los jesuitas sobre la obediencia hace que la gente piense que Ignacio quiere gobernar la Compañía según el estilo militar, donde la obediencia de los súbditos a los superiores es un requisito absoluto para su funcionamiento y eficacia apostólica¹⁴. Este pensamiento no carece de fundamento. Ignacio -el fundador de los jesuitas- fue un caballero que venía de una familia de tradición militar y había pasado muchos años formado en la corte; además, la forma de gobierno de la Compañía de Jesús también está muy centralizada. Sin embargo, creemos que esta no es la razón por la que Ignacio enfatiza la obediencia en los jesuitas. ¿Cuál es, pues, esta razón?

Hipótesis y objetivos del trabajo

Pensamos que, en cuanto a la perfección personal, Ignacio sigue las enseñanzas de muchos maestros espirituales que le precedieron en la historia de la Iglesia, pero no se limitó a repetirlas mecánicamente, sino que él mismo experimentó e inculcó el valor y los grandes beneficios que aporta la obediencia. Para Ignacio, la obediencia no solo no daña la dignidad humana, antes bien, es expresión de madurez tanto en el aspecto humano, como en el espiritual. Además, pensamos que la exigencia de Ignacio a los jesuitas sobre la obediencia ciertamente tiene algo que ver con el carisma de la Orden. De hecho, es imposible comprender el estilo de vida obediente de la Orden sin saber qué características tiene la Compañía de Jesús, en qué circunstancia nace y para qué se dirige. La obediencia ignaciana está íntimamente ligada a encontrar y hacer la voluntad de Dios, no solo en lo cotidiano, sino sobre todo en la misión, y al mismo tiempo, ayuda a resolver muchos problemas suscitados por esta, como, por ejemplo, la unión dentro de la Orden, la madurez espiritual y física de sus miembros. Nos apoyaremos en estas hipótesis para desarrollar nuestro trabajo.

Hemos elegido este tema porque creemos que la obediencia es una de las claves más importantes y fundamentales para entender y profundizar en su espiritualidad y conocer el

¹¹ *Ibid.*, 251.

¹² *Ibid.*, 90.

¹³ *Ibid.*

¹⁴ Cf. S. Buckland. «Obedience». En W. Thomas, ed. *The Cambridge Encyclopedia of the Jesuits*. United Kingdom: Cambridge University Press, 2017, 566.

carisma de la Compañía de Jesús. En este trabajo no entraremos en la dimensión jurídica del voto de obediencia, sino que nos centraremos más en su aspecto espiritual. En otras palabras, buscaremos responder las siguientes preguntas: ¿Cuál es el elemento fundamental de la obediencia ignaciana? ¿En qué manera se debe señalar en la obediencia? ¿Es una práctica ascética de la antigüedad que hoy en día ya no está adecuada con la tendencia de apreciar la libertad individual, la dignidad humana y la creatividad? ¿Por qué Ignacio exige mucho de los jesuitas sobre la obediencia? ¿Tiene algo que ver con la historia de nacimiento y el carisma de la Orden? ¿Cómo se vive la obediencia del modo que quiere Ignacio? ¿Las enseñanzas de Ignacio sobre la obediencia todavía tienen valor en nuestra época?... En resumen, lo que ocupa nuestro estudio en este trabajo es acercarnos de modo más detallado posible a la experiencia, a la mistagogía y al contenido de las enseñanzas de Ignacio sobre la obediencia en su base histórica y espiritual.

Status quaestionis

El fundamental y fiable documento de referencia que trata de la obediencia ignaciana es quizás el comentario del padre Aicardo, publicado en el año 1919. En este trabajo masivo, el padre Aicardo dedica más de 200 páginas a la obediencia al final del tomo 1¹⁵. El comentario de Manuel María Espinosa Polit a la carta de la obediencia¹⁶ es también una obra preciosa. Pero ambas obras son muy antiguas. La obra de Palmés con el título «La obediencia religiosa ignaciana»¹⁷ publicado en los años 60 es una referencia valiosa, que trata en detalle cada tema relacionado con la obediencia, pero tampoco aporta mucho de nuevo. Consultado en la bibliografía de Polgar, encontramos numerosos artículos publicados en la revista *Manresa*, también repartidos entre los años 60 y 90, que tratan de la obediencia ignaciana. Estos artículos se centran en la perspectiva histórica de la obediencia a la Compañía, o en el cuarto voto de la Compañía de Jesús, o en algunos temas relacionados como, por ejemplo, la crisis de la vida consagrada, la libertad, la madurez psicológica, la formación...

Varios autores destacados también reflexionan sobre la obediencia ignaciana en sus obras. Francisco Suárez (1548 – 1617) trata de la obediencia ignaciana desde el punto de

¹⁵ Cf. José Manuel Aicardo. *Comentario a las Constituciones de la compañía de Jesús, Tomo primero*. Madrid: San Mateo, 1919, 659-898.

¹⁶ Cf. Manuel María Espinosa Polit. *La obediencia Perfecta: Comentario a la carta de la obediencia de san Ignacio de Loyola*. Plaza de san Francisco: Editorial Ecuatoriana, 1940.

¹⁷ Cf. Carlos Palmés. *La obediencia religiosa ignaciana*. Barcelona: Eugenio Subirana, 1963.

vista jurídico¹⁸. Karl Rahner (1904 – 1984), en un artículo, ofrece sus reflexiones sobre la obediencia en la vida religiosa en general, inspirándose en la enseñanza de Ignacio sobre la obediencia¹⁹. Por su parte, Hans Urs von Balthasar (1905 – 1988) menciona la obediencia ignaciana desde un punto de vista cristológico²⁰. También existen numerosos estudios sobre la obediencia ignaciana en italiano, francés e inglés. Sin embargo, en los últimos tiempos no ha habido muchos artículos sobre la obediencia ignaciana. La voz «Obediencia» de Herbert Alphonso en el *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana*, publicado en el año 2007²¹, el artículo de Mark Rotsaert sobre un decreto de la Congregación 35 de la Compañía²² y el artículo publicado en inglés de Antje Schnoor²³ son ciertamente más recientes.

Fuentes y estructura

Ignacio presenta sus enseñanzas sobre la obediencia principalmente en las *Constituciones* y en algunas cartas suyas, y lo hace a la luz de su propia experiencia gracias a una larga y dura formación de Dios con él. Por eso, para encontrar la base espiritual de la obediencia ignaciana, hay que comenzar desde su propia experiencia en la *Autobiografía* y luego, su mistagogía en los *Ejercicios*. En las *Constituciones*, se observa la transición desde la obediencia como una experiencia espiritual a la obediencia institucional donde hay que obedecer a Dios a través de su representante.

Por eso, la principal fuente que utilizamos son principalmente la *Autobiografía*, los *Ejercicios*, las *Constituciones*, algunas cartas que tratan de este tema y algunos documentos históricos, especialmente el documento «*Documenta circa obedientiam*» que se conserva en la *Monumenta*²⁴. Y para poder entender de modo más adecuado y auténtico posible, no podemos no remontarnos a los eventos históricos de Ignacio y sus primeros compañeros y

¹⁸ Cf. José M. Castillo. «La obediencia ignaciana según F. Suárez». *Archivo teológico granadino* 53 (1990): 49-76.

¹⁹ Karl Rahner. «Eine ignatianische Grundhaltung. Marginalien über den Gehorsam». *Stimmen der Zeit* (Stdz) 158 (1956): 253-267; *Ibid.* «Sobre la obediencia. Un fundamento ignaciano». *Manresa* 29 (1957): 69-72.

²⁰ Cf. Jacques Servais. «La obediencia ignaciana en la vida y la obra de Hans Urs von Balthasar». *Teología y catequesis* (1992) enero-junio, 191-213; Balthasar, Hans Urs Von. *Textos de Ejercicios Espirituales*, editado por Jacques Servais. Santander: Sal Terrae, 2009.

²¹ Cf. Herbert Alphonso. «Obediencia». En *DEI* II, 1325-1336.

²² Cf. Mark Rotsaert. «Obediencia en la vida de la Compañía de Jesús, CG 35 decreto 4». *Revista de Espiritualidad Ignaciana – XL* (2009): 29-40.

²³ Cf. Antje Schnoor. «Transformational Ethics: The Concept of Obedience in Post-Conciliar Jesuit Thinking». *Religions* 2019, 10, 342.

²⁴ *Epp* XII, 659-665.

la ayuda de sus confidentes que le conocen bien como Polanco, Nadal, Rivadeneira, Cámara... Además, para apoyar nuestra investigación, hemos consultado los trabajos de otros autores. En la revista *Manresa* hay bastantes artículos de calidad sobre la obediencia que también servirán de base para nuestras reflexiones.

Ignacio no fue el primero en hablar de la obediencia religiosa, sino que la desarrolló sobre una base bíblica y en continuidad con la tradición religiosa de la Iglesia. Por lo tanto, comenzaremos nuestro trabajo estudiando la obediencia en la Biblia, luego veremos las instrucciones sobre la obediencia y su trasfondo teológico en los Padres del desierto y en obras de personas famosas, como Casiano, Juan Clímaco, san Benito, san Bernardo...

Así pues, el estudio tendrá el siguiente esquema:

Capítulo 1: La obediencia en la Biblia y en algunos maestros espirituales antes de Ignacio

En este capítulo, buscaremos el fundamento bíblico de la obediencia, basándonos en los relatos del Antiguo y Nuevo Testamento para llegar al ejemplo de la obediencia perfecta de Cristo, manifestado de manera concreta en su pasión. Luego, pretendemos buscar el fundamento patristico de la obediencia ignaciana. Vamos a estudiar las enseñanzas sobre la obediencia en la época de los Padres del desierto y la obediencia en la vida monástica a través de las obras de algunos autores espirituales más destacados, comenzando con el estudio sobre el contexto de la Iglesia primitiva, la persecución, y el movimiento de *fuga mundi* de los monjes yendo al desierto para enfrentarse al diablo en una batalla decisiva en la que la obediencia juega un papel muy importante.

Capítulo 2: La obediencia en la *Autobiografía*, en los *Ejercicios* y en las *Constituciones*

Aquí tenemos la parte central del trabajo. Antes todo, haremos un estudio sobre la experiencia de Ignacio sobre la obediencia a través de su *Autobiografía*, donde vemos la formación de Dios para Ignacio, como «un maestro de escuela a un niño» [Au 27], transformándole de un chico de carácter fuerte y derrotado por su propia extravagancia y terquedad, a un servidor de Cristo, abandonando completamente todos sus planes para obedecer siempre la voluntad de Dios. Luego, vamos a ver cómo Ignacio introduce la mistagogía de la obediencia en los *Ejercicios*, donde a través de diferentes etapas, con diferentes ejercicios, el ejercitante es conducido gradualmente a la libertad interior, liberado

de todos los falsos apegos mediante el abandono del amor propio, para someterse completamente a Dios. Finalmente, estudiaremos detalladamente las enseñanzas de Ignacio sobre la obediencia en las *Constituciones* donde la experiencia espiritual de la obediencia en la *Autobiografía* y en los *Ejercicios* se encuentra ahora institucionalizada, es decir, la manera de proceder en las situaciones concretas de la vida cotidiana y en la misión de los jesuitas. A lo largo del trabajo, citaremos también algunas cartas suyas y anécdotas relevantes para aclarar las ideas.

Capítulo 3: Algunos aspectos relacionados con la obediencia ignaciana

El tercer y último capítulo está dedicado a algunos aspectos relacionados con la doctrina de la obediencia de Ignacio. Hay algunos factores estrechamente relacionados con la obediencia que no podemos dejar de mencionar, de lo contrario sería imposible entender y practicar las enseñanzas de Ignacio sobre la obediencia, tales como: la persona del superior, la relación entre el superior y el súbdito, la obediencia con discreción ... Finalmente, ofreceremos algunas reflexiones sobre la necesidad de la renovación y de la formación en la obediencia basándonos en lo que hemos estudiado sobre la obediencia ignaciana. Dedicamos la última parte de este trabajo, como apéndice, a hablar brevemente de la obediencia en algunos decretos de las Congregaciones Generales 31, 32 y 35 de la Compañía de Jesús que tratan de este tema.

CAPÍTULO 1

LA OBEDIENCIA EN LA BIBLIA Y EN ALGUNOS MAESTROS ESPIRITUALES ANTES DE IGNACIO

La Biblia -la Palabra de Dios- es la carta de amor entre Dios y el hombre, redactada a través de las narraciones del Antiguo Testamento y Nuevo Testamento, girando alrededor de dos polos opuestos: la fidelidad de Dios y la deslealtad del ser humano. En rigor, narra las distintas etapas a través de las cuales que Dios lleva a cabo su obra salvadora de la humanidad que vacila constantemente entre la obediencia y la desobediencia. A lo largo de la Biblia, los relatos bíblicos nos ayudan a comprender la importancia de la obediencia, así como su profundo significado teológico a través de algunos personajes ejemplares de esta virtud. A partir de este fundamento los maestros espirituales posteriores han desarrollado sus enseñanzas sobre este tema.

Por lo tanto, comenzamos nuestra investigación estudiando el significado etimológico bíblico de la obediencia. Luego, a través de los relatos del Antiguo Testamento, destacamos la importancia de la obediencia en la relación entre el pueblo de Israel y Dios. En el Nuevo Testamento, estudiamos el significado de la obediencia a través de las enseñanzas de Jesús a sus discípulos, y ciertamente no podemos dejar de mencionar la obediencia de Jesús expresada en su aceptación voluntaria de la muerte para la salvación de la humanidad. Cuando Jesús ascendió al cielo, los Apóstoles continuaron su misión, y sus instrucciones sobre la obediencia todavía ocupan un lugar importante en la comunidad cristiana primitiva no solo en la vida espiritual sino también en la vida diaria.

I. La obediencia en la Biblia

1. La obediencia en el Antiguo Testamento

a. Terminología y la base bíblica de la obediencia

El hebreo bíblico utiliza el verbo *shamâ* (*šə-ma'*) y el griego clásico utiliza el verbo *hypakoúo* que significa «escuchar» para indicar «obedecer». La palabra «obedecer» deriva de *ob-au-dire* en latín, que también tiene la connotación de escuchar. Así pues, la raíz de la obediencia es la escucha atenta. No se trata del que oye superficialmente sino del que escucha con todo el corazón, en su profundidad y luego llega a practicar lo que escucha. La

partícula *hyp* (debajo, bajo) en el término *hypakouío* significa la sumisión a la palabra de Dios. Por eso vemos en la Biblia que una de las cosas que Dios pide en primer lugar al pueblo, es escuchar: *šə-ma' yis-rā-'el* («Escucha Israel» - cf. Dt 6,3.4). El primer y principal mandamiento que el pueblo de Israel debía escuchar, recordar y guardar es «el Señor es nuestro Dios, el Señor es uno solo» (Dt 6,4)²⁵.

El fundamento de esta escucha es la relación entre el Creador y el hombre. En efecto, si el dios de los filósofos griegos parece algo demasiado abstracto, inalcanzable y está a una gran distancia del mundo visible, el Dios de los cristianos está muy cercano y toma la iniciativa de contactar con los hombres. El primer contacto de Dios con el mundo creado fue probablemente a través de la creación. El libro de Génesis nos revela que, por su Palabra, Dios ha creado todo el universo, es decir, Dios dice y la cosas existen²⁶. Todas las cosas entran en la existencia a Su llamada, como describe el profeta Isaías el acto creador divino: «Yahvé llama a los cielos y éstos comparecen ante él» (Is 48,13). La poderosa llamada de Dios se dirige, pues, a un objeto para sacarlo de la nada y darle vida. Si Dios no pronunciara Su llamada, nada existiría²⁷.

Los relatos de la Biblia nos hablan también del contacto de Dios con los hombres a través de las llamadas de muchas personas concretas. Cuando se revela a Moisés en la zarza ardiente, se llama a sí mismo «el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob» (Ex 3,6), lo que significa que es el Dios de una relación con las personas y no un Absoluto autosuficiente en sí mismo. Luego se convierte en el Dios de un pueblo, acompañándolo a lo largo de la historia.

Por su parte, una respuesta adecuada del hombre a la llamada de Dios debe ser ciertamente una escucha obediencial. Por eso, escuchar atentamente lo que Dios dice es una actitud muy básica de las personas que tienen fe en Él. Isaías dice que: «Mañana tras mañana despierta mi oído para escuchar como los discípulos, el Señor Yahveh me ha abierto el oído. Y yo no me resistí, no me hice atrás» (Is 50,4b-5). Lo opuesto a la actitud de escucha y obediencia es la del obstinado, que está sordo a las enseñanzas de Dios y quiere seguir su propio camino, como se expresa en el Salmo 81: «Pero mi pueblo no escuchó mi voz, Israel

²⁵ Más tarde, Jesús lo repite afirmando que es el mandamiento más importante entre todos al responder a la pregunta del doctor de la ley cuando éste quiere poner a Jesús a prueba (cf. Mc 12,29).

²⁶ Como dice la carta a los hebreos: «Por la fe sabemos que el universo fue configurado por la palabra de Dios de manera que lo visible procede de lo invisible» (Heb 11,3).

²⁷ Sobre este tema, se puede hacer la referencia a: Juan L. Ruiz de la Peña. *Teología de la creación*. Santander: Sal Terrae, 1999, 21-153; Gabino Uríbarri. «La vida cristiana como vocación». *Miscelánea Comillas* 59 (2001): 525-545.

no quiso obedecer; ... ¡Ah! Si mi pueblo me escuchara, si marchara Israel por mis caminos» (Sal 81,12.14)²⁸.

La actitud de escucha u obediencia, por tanto, no es algo externo, sino que debe ser una actitud básica del hombre ante Dios, es decir, la obediencia debe ser «la forma radical de la existencia»²⁹. Nos revela al mismo tiempo la imagen del Dios a quien debemos obedecer. Es un Dios que tiene una interacción incesante con el hombre, no un Dios que, después de crear todo, deja que la creación funcione por sí misma según leyes establecidas. Además, la obediencia va también de la mano con una confianza absoluta en Él³⁰. Y para poder observar los preceptos del Señor y seguir sus caminos hay que recordar todo el camino y reconocer en su corazón que el Señor tu Dios ha corregido como un padre corrige a su hijo (cf. Dt 8,2.5.6).

Así pues, el Dios que adora el pueblo de Israel es un Dios poderoso, bueno, que siempre quiere comunicarse con el pueblo en una relación íntima. Ponerse a la escucha y obedecerle es el camino de la perfección, de la salvación. En otras palabras, el acto de adorar al único Dios es la actitud de obediencia a Él. De hecho, la antropología bíblica es radicalmente una antropología obediencial, que proviene del reconocimiento de la identidad de ser creado ante el Creador que es Dios³¹. La relación entre Dios y el hombre es una relación de diálogo, de comunicación entre ambos: Dios llama y habla; el hombre escucha y responde positivamente, con la libertad recibida de Dios, a través de la obediencia radical.

b. La obediencia a lo largo de la historia del pueblo elegido

La Biblia comienza con la hermosa obra de la creación de Dios. Dios ve que todo es bueno³². La culminación de Su creación es el hombre que es creado a su imagen y semejanza (cf. Gén 1,26), para gobernar toda la tierra (cf. Gén 1,28). Es un cuadro muy hermoso que muestra la armonía entre el Creador y las criaturas, cuando todo está en su orden. Pero hay también una prueba de obediencia. Dios prohíbe al hombre que coma del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal (cf. Gén 2,17), pero el hombre y su esposa no pueden resistir

²⁸ Jesús aprecia mucho la actitud de la persona que escucha la palabra de Dios y considera que «la mejor parte» es escoger la decisión de sentarse a los pies del Señor para escuchar su palabra (cf. Lc 10,42).

²⁹ José Luis Espinel. «Obediencia». En *Diccionario Teológico de la vida consagrada*, editado por Ángel Aparicio Rodríguez y Joan M. Canals Casas, 1184. Madrid: Publicaciones Claretianas, 2000.

³⁰ Como comenta Espinel: «El pueblo no discute a Dios sus preceptos, aunque no se comprendan, porque él es un Dios recto, nunca arbitrario» (cf. Espinel. «Obediencia», 1172).

³¹ Para Karl Rahner, la persona humana tiene una «potencia obediencial» y es «oyente de la palabra». Escribe Urríbari: «El reconocimiento del propio ser creatural y del ser creador de Dios revierte positivamente sobre la persona humana, abriéndola a una relación obediencial con Dios como lo más suyo propio» (cf. Gabino Uríbarri. «La vida cristiana como vocación», 531).

³² cf. Gén 1,4.10.12.18.21.25.31.

las palabras persuasivas y seductoras de la serpiente, y deciden quebrantar el mandamiento del Señor (cf. Gén 3,1-6). El resultado de esta desobediencia son los severos castigos para todos, incluso para las otras creaturas que por eso pierden también el orden original, dando lugar a una grave consecuencia que Pablo describe: el pecado ha entrado en el mundo (cf. Rm 5,19).

Pero Dios no abandona al mundo creado, especialmente al hombre que ha creado. La historia de la salvación es una historia fascinante llena de planes y actividades de Dios en la historia humana para restaurar su dignidad. Dios ha realizado su obra de salvación llamando y eligiendo a personas obedientes para poner todo de nuevo en orden y realizar su obra de salvación. El ejemplo más grande y sorprendente del Antiguo Testamento no es otro que Abrán. Dios le dijo a Abrán que dejara su país y fuera a la tierra que le mostraría (cf. Ex 12,1-3). Aunque no entiende del todo la voluntad de Dios, Abrán hace lo que Dios le ha invitado a hacer. Abrán cree en las tres promesas que Dios le hace (una herencia, una tierra y una bendición) aunque es muy avanzado en edad y todavía no tiene hijos. Por creer en Dios, a Abrán se le cuenta como justicia (cf. Gén 15,6). Dios también hace una alianza con él (cf. Gén 15), y cambia su nombre de Abrán a Abrahán (que significa «padre de muchedumbre de pueblos» - Gén 16,5). Finalmente, Dios también le da un hijo, Isaac.

Pero Dios no deja de probarlo en cuanto a la obediencia cuando lo obliga a ofrecerle a Él este único y prometido hijo. A diferencia de Adán y Eva, Abrahán obedece. La recompensa por su obediencia es que no solo el hijo no muere, sino que Dios hará de este hijo un linaje que traerá la salvación a toda la humanidad. Por su obediencia, no solo él sino también su descendencia será bendita por Dios, que es lo que todas las demás naciones desean (cf. Gén 22,1-18).

A partir de la obediencia de Abraham, Dios comienza a crear una familia, y de esta familia, Dios hace un pueblo³³. Luego, después de ser liberados de la esclavitud en Egipto, este pueblo se convierte oficialmente en una religión cuando hacen una alianza con Dios a través de Moisés³⁴ que dice a los israelitas: «El Señor nuestro Dios es el único Señor. Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas» (Dt 6,4). El pacto de la alianza es: Dios protegerá al pueblo, si el pueblo guarda fielmente sus mandamientos, en otras palabras, si el pueblo obedece a Dios. El pueblo responde positivamente: «Haremos todo lo que ha dicho el Señor y le obedeceremos» (Ex 24,7).

³³ cf. Ex 1,9. El faraón llama por primera vez a los israelitas en Egipto «el pueblo de los hijos».

³⁴ cf. Ex 19 – 20.

Sin embargo, innumerables historias relatadas en el Antiguo Testamento muestran que no cumplen lo que han prometido a Dios. Si bien Dios siempre acompaña y protege al pueblo, el pueblo no cumple su promesa. Por eso, ha recibido muchas veces castigos de Dios por su desobediencia y rebelión³⁵. Incluso después de haber entrado en la tierra prometida, todavía quiere dejar de lado a Dios y no le obedece, a pesar de los consejos de los profetas enviados por Dios. Hay cosas que la gente piensa que son buenas, pero si se hacen por su propia voluntad y no por obediencia, no agradan a Dios. Lo sabemos por el famoso dicho del profeta Samuel: «La obediencia vale más que el sacrificio» (1Sam 15,22).

La consecuencia de la desobediencia a Dios es la división del reino unificado en dos, y cada reino también es exiliado por las dos grandes potencias de Asiria y Babilonia. Este exilio es el reflejo del exilio original del hombre del jardín del Edén debido a la desobediencia cometida. Habiendo regresado a su tierra natal después de muchos años de vagabundear, al poco tiempo de reconstruir el país, los israelitas vuelven a caer en manos de los invasores. La gente se convierte en esclavos en su propia tierra.

En medio de un pueblo infiel a la alianza, Dios sigue buscando a quienes tengan una actitud de obediencia hacia Él. Estos son los líderes o profetas escogidos por Dios y enviados para acompañar al pueblo. Los profetas actúan como mediadores, puentes entre Dios y el pueblo. Son representantes de Dios, que transmiten al pueblo la voluntad de Dios. La desobediencia o resistencia a estas personas es desobediencia y resistencia a Dios. Moisés afirma que las quejas del pueblo contra él son también contra Dios (cf. Ex 16,8). Aunque no todos los profetas están listos para responder a la llamada de Dios, pero como el ejemplo de Samuel, son siervos que escuchan lo que el Señor dice (cf. 1Sam 3,5-10), es decir, ellos deben ser obedientes a Dios para poder ser profetas o representantes de Dios.

En el Antiguo Testamento, vemos que la obediencia a los profetas también es muy apreciada por Dios. Conocemos al menos dos relatos que así lo prueban: el primero es la historia de una viuda, que por obedecer al profeta Elías, la orza de harina no se vaciará ni se agotará la alcuza de aceite (cf. 1Re 17,7-16), y el segundo es el caso de un jefe del ejército del rey de Siria llamado Naamán, por obedecer al profeta Eliseo, va a bañarse siete veces en el Jordán, aunque a su modo de ver, no está tan limpio como los ríos de su ciudad natal, y al hacerlo queda limpio de la lepra (cf. 2Re 5,1-19).

A través de algunos de los detalles presentados arriba, podemos obtener una visión general de la obediencia en los relatos del Antiguo Testamento. La obediencia es la expresión de una actitud de sumisión a Dios, el Creador. Esta es la actitud básica de los

³⁵ cf. Nm 14,41-45; 16,1-35; 21,4-9...

hombres. No solo no degrada a la persona humana, sino que ayuda al hombre a vivir de acuerdo con su identidad divina y, por tanto, a estar unido a Dios. Al contrario, la desobediencia es un gran pecado porque no acepta su ser criatural, es una negación de que ha sido creado, y esto lo separa de Dios que es la fuente de vida y, por lo tanto, destruye al hombre. Además, vemos también el carácter «mediador», digamos, de la obediencia cuando Dios elige a unas personas para que lo representen para comunicar su voluntad al hombre. La obediencia a esa persona es obediencia a Dios mismo. Lo veremos más claro en el Nuevo Testamento, en el ejemplo de Cristo, de sus discípulos y de la comunidad primitiva.

2. La obediencia en el Nuevo Testamento

a. La obediencia en los Evangelios

Después de un largo período de preparación, llega el día en que Dios cumple su promesa de dar a la humanidad el Salvador. Pero para que este paso final se cumpla, Dios también necesita las personas obedientes para cooperar con Él. María y José son así elegidos. Obedecen a Dios no solo de palabra, sino también en obras a lo largo de sus vidas. Responden a la voz de Dios con una actitud rápida, sin demora, sin conocer el plan específico de Dios. Basta leer los relatos de la anunciación de María³⁶ y de José³⁷ para verlo.

Dice San Pablo: «Pues, así como por la desobediencia de un solo hombre, todos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno solo, todos serán constituidos justos» (Rm 5,19). Jesucristo es el Salvador del mundo, y el principio de esa salvación es Su obediencia al Padre³⁸. De hecho, no es el sufrimiento o la muerte lo que trae la salvación del cielo al mundo, sino su total entrega en la cruz a Dios en amorosa obediencia. Jesús afirma que «mi alimento es hacer la voluntad del que me envió, y llevar a término su obra» (Jn 4,34) porque «no solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios» (Mt 4,4). Añade, además: «He bajado del cielo no para hacer mi

³⁶ cf. Lc 1,26-38.

³⁷ cf. Mt 1,18-24; 2,13-23.

³⁸ Según Von Balthasar, la obediencia de Jesús tiene como raíz en la obediencia intratrinitaria. Reflexionando sobre la Trinidad inmanente, Balthasar argumenta que, en el corazón de la Trinidad, la Segunda Persona siempre se ha entregado al Padre en amorosa obediencia. El Hijo no es menos divino que el Padre, pero tiene interiormente la forma de enviado, del servidor, de obediente al Padre. Esta obediencia es la expresión de la absoluta libertad del amor del Hijo por el Padre. En la Trinidad, no existe tal cosa como que uno mande al otro o uno obedezca al otro como si hubiera diferentes jerarquías. La obediencia del Hijo al Padre proviene de su identidad divina como Hijo, mostrando la pertenencia absoluta y la relación indivisible de las Personas Divinas. Si ésta es entendida como fuente de la obediencia que el Verbo Encarnado expresa más tarde en la persona de Jesús en su misión terrena, entonces la obediencia nunca implica una destrucción, sino que expresa el amor, la unión, y la entrega total entre el Padre y el Hijo en el Espíritu. (cf. Para más información: Hans Urs Von Balthasar. *Textos de Ejercicios Espirituales*, ed. Jacques Servais. Bilbao-Santander: Mensajero-Sal Terrae, 2009, 66-70).

voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado» (Jn 6,38; cf. Hch 10,7). Durante toda su vida, Jesús pone siempre al centro el Padre y hace lo que le agrada (cf. Jn 8,29).

Aun así, no le es fácil obedecer a Dios. El autor de la carta a los hebreos dice que «aun siendo Hijo, aprendió, sufriendo, a obedecer. Y, llevado a la consumación, se convirtió, para todos los que le obedecen, en autor de salvación eterna» (Heb 5,8-9). Jesús desde pequeño obedece a sus padres (cf. Lc 2,51). En la última etapa de su vida terrenal, Jesús tiene que pasar por muchas pruebas, pero a diferencia de Adán, en el jardín de Getsemaní, Jesús supera todas las tentaciones al someterse a la voluntad del Padre: «No se haga como yo quiero, sino como quieres tú» (Mt 26,39)³⁹. La culminación de la obediencia de Jesús es «hasta la muerte, y una muerte de cruz» (Flp 2,8). El sacrificio que Jesús ofrece al Padre es más precioso porque lo ofrece con plena libertad (cf. Jn 10,17-18).

En efecto, la obediencia alcanza su perfección cuando el que obedece muere a causa de ella, a veces hasta con una muerte dolorosa y humillante. Tal obediencia, para mucha gente, parece ser una «locura»⁴⁰, pero es exactamente lo que Dios necesita para poder salvar al hombre. Jesús, después de obedecer al Padre hasta la muerte en la cruz, es exaltado por Dios sobre todo y «le concede el Nombre-sobre-todo-nombre, de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra y en el abismo» (Flp 2,9-10). Por la obediencia de Jesús, Dios logra «en la plenitud de los tiempos, recapitular en Cristo todas las cosas del cielo y de la tierra» (Ep 1,10). A partir de entonces, Jesús se convierte en el Señor de todos. Cualquiera que le obedezca recibirá la salvación. Obedecer a Jesús -el hombre de la perfecta obediencia- es exactamente lo que el Padre pide a los discípulos⁴¹.

Pero nos preguntamos ¿cómo se entiende que la obediencia hasta la muerte en la cruz sea según la voluntad del Padre? ¿Cómo podemos entender que un Dios amoroso quiera que su Hijo Amado muera de una manera tan trágica? De hecho, lo que Jesús hace es exactamente lo que ha visto hacer al Padre, y lo que hace el Padre se resume en estas palabras: «tanto amó al mundo» (Jn 3,15). Jesús obedece al Padre al amar al mundo tanto como el Padre, y al mismo tiempo respeta la libertad humana. La muerte, especialmente la muerte en la cruz, no es la intención de Dios, sino solo la consecuencia inevitable de un amor llevado a su clímax. La dolorosa muerte de Jesús refleja también el abuso de la libertad que el hombre recibe de Dios. Esa misma desobediencia, los condenan nuevamente.

³⁹ cf. Mc 14,36; Lc 22,42.

⁴⁰ cf. 1Cor 1,18.

⁴¹ cf. Mt 17,6; Mc 9,7; Lc 9,35.

Dos de las principales cosas que hace Jesús durante su vida pública son predicar y hacer milagros⁴². No son dos cosas separadas, sino que se complementan⁴³. Al igual que en el Antiguo Testamento, lo que Jesús quiere es que la gente escuche sus enseñanzas. En repetidas ocasiones los invita a escuchar: «El que tenga oídos que oiga» (Mt 13,9.43). Pero Jesús también les recuerda que deben practicar lo que escuchan para ser verdaderamente bendecidos⁴⁴. También vemos en el Nuevo Testamento que hay milagros que suceden por la obediencia a Jesús, como el caso de un leproso que fue sanado por obedecer a Jesús⁴⁵, o el milagro de la pesca en el Mar de Genesaret⁴⁶.

Hay muchas personas que, viendo los milagros que Jesús realiza y escuchando sus luminosas enseñanzas, quieren ser sus discípulos. Pero Jesús escoge entre ellos a doce personas para estar con Él, y para enseñarles y formarles personalmente. El discipulado de Jesús se expresa más claramente tanto a través del contenido como de la teología de los evangelios sinópticos. El discípulo no viene al Señor por sí mismo, por su propia voluntad, sino que es «llamado» y «elegido». Aceptar la invitación de seguir a Jesús es la actitud básica de obediencia a través de la cual se convierten en discípulos, siguiendo a Jesús por el camino de su misión. Estos doce discípulos son más privilegiados que otras personas porque escuchan las enseñanzas de Jesús «en privado» (Mc 4,34). Jesús mismo afirma que los discípulos son bienaventurados porque han oído las cosas que los profetas y los justos desean oír, pero no han podido (cf. Mt 13,16-17).

Después Jesús delega su autoridad a sus discípulos para que cooperen con él en la obra de evangelización. Los discípulos tienen ocasión de practicar durante su vida pública (cf. Mt 10; Lc 10). Pero, después de la resurrección, les da el Espíritu Santo y los envía oficialmente a los confines del mundo a predicar el Evangelio (cf. Jn 20,21). Entonces han asimilado de la lección de la obediencia a Dios y su prioridad, incluso a costa de sus vidas: «Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres» (Hch 5,29). Enseñan en el nombre del Señor porque son verdaderamente representantes del Señor, como afirma Jesús: «quien a

⁴² Dice Walter Kasper: «Jesús obró no sólo mediante la palabra, sino igualmente mediante la acción; no sólo habló, sino que también obró» (cf. Walter Kasper. *Jesús el Cristo*. Salamanca: Sígueme, 1978, 108).

⁴³ Cf. *Ibid.* Según Kasper, Jesús no solo es un excelente predicador sino también hace, y lo que hace Jesús tiene que ver con lo que predica. Sus palabras y sus acciones (hacer milagros) están íntima y recíprocamente ligadas, es decir, su acción realiza su palabra. Los milagros de Jesús ayudan a comprender el central mensaje de Jesús en su predicación: el Reino de Dios. Dicho de otra manera, los milagros son manifestación de la venida del Reino de Dios.

⁴⁴ cf. Lc 11,28; Mt 7,24.

⁴⁵ cf. Lc 17,11-19: Diez leprosos le pidieron a Jesús que los sanara. Jesús les dijo que fueran y se presentaran a los sacerdotes. Y cuando obedecieron a Jesús, fueron sanados.

⁴⁶ cf. Lc 5,5: «Por tu palabra, echaré las redes»; Jn 21,6.

vosotros escucha, a mí me escucha; quien a vosotros rechaza, a mí me rechaza; y quien me rechaza a mí, rechaza al que me ha enviado» (Lc 10,16)⁴⁷.

Así pues, como hemos visto antes, en el Antiguo Testamento Dios hace conocer su voluntad al pueblo a través de los profetas y obedecer al profeta es obedecer a Dios, ahora en el Nuevo Testamento la obediencia a Cristo se realiza también a través de la obediencia a sus discípulos porque son sus representantes. Los discípulos reciben la autoridad del Señor: por eso, pueden enseñar en su nombre. Además, lo que los discípulos predicán acerca de Jesús también se considera más valioso porque tienen experiencia directa de Él y lo conocen mejor que otros. La imagen de la primera comunidad de creyentes viviendo en unidad de amor y obedeciendo las instrucciones de los Apóstoles narradas en el libro de los Hechos muestra una perspectiva muy hermosa de quien tiene fe en Dios y vive en su obediencia⁴⁸.

Otro detalle que también vale la pena señalar es el hecho de que los Apóstoles comparten su autoridad con sus súbditos para que estas personas los ayuden a gobernar al pueblo de Dios. Los Apóstoles forman un grupo de siete personas para que les ayuden a cuidar de los creyentes en los asuntos materiales, mientras que ellos se dedican plenamente a la vida espiritual (cf. Hch 6,11)⁴⁹. La obediencia pasa así gradualmente de directa a indirecta en diferentes niveles. Si en el Antiguo Testamento la obediencia a Dios consistía en la fiel observancia de sus mandamientos, en el Nuevo Testamento se manifiesta en la obediencia a Jesús, el «hijo amado» de Dios, y a sus representantes.

b. Enseñanzas sobre la obediencia en las cartas

En las cartas del Nuevo Testamento no faltan instrucciones sobre la obediencia. En general, los cristianos son invitados a ser hijos de la obediencia, es decir, a «no amoldarse a las aspiraciones de la carne como antes y ser santos como Dios es Santo» (1Pt 1,14), a alejarse del ejemplo de desobediencia de los padres en el pasado (cf. Heb 4,11), obedeciendo a Dios (cf. 2Cr 10,5-6) guardando la ley y no obedecer al pecado (cf. Rm 6,12-23) para disfrutar de la vida eterna (cf. Heb 12,9) o de lo contrario sufrirán el castigo de Dios (cf. Rm 2,8). La

⁴⁷ Aunque la idea de esta frase apunta a la autoridad de los Apóstoles en su predicación evangélica, a lo largo de la historia, muchos maestros espirituales (San Basilio, San Benito, San Bernardo, San Vicente Ferrer, San Ignacio de Loyola...) la citan para aludir a la autoridad de los superiores en las Órdenes religiosas. Hay que obedecerles porque ellos son representantes de Dios [cf. Juan Esteban. «Un texto de san Lucas sobre la obediencia». *Manresa* 34 (1962): 29-34].

⁴⁸ cf. Hch 2,42-47; 4,32-34.

⁴⁹ El acto de delegar autoridad ya apareció en tiempos de Moisés cuando descubrió que le era muy difícil guiar al pueblo porque había mucho trabajo que hacer, por eso, escogió a los ancianos y compartió con ellos su espíritu para que le ayudaran a gobernar al pueblo de Dios (cf. Ex 18,13-27; Nm 11,16-25).

desobediencia es actuar como los rebeldes contra Dios (cf. Ef 2,2), y los que desobedecen merecen condenación (cf. Tt 1,16). La obediencia viene de la fe (cf. Rm 16,26). Los que obedecen encontrarán felicidad en lo que hacen (cf. Gc 1,25) y son muy recomendables (cf. Pl 2,12). Los creyentes deben tener mucho cuidado porque hay fuerzas que tientan e impiden que las personas obedezcan a la verdad (cf. Gl 5,7). Uno de los criterios para elegir un presbítero para gobernar al pueblo es que sea obediente (cf. Tt 1,6). Lo más importante es la actitud de obediencia: los cristianos están llamados a vivir en obediencia, como hijos de nuestro padre, no como esclavos sin libertad (cf. Gl 5,13-15). La ley a la que se debía obedecer en el Antiguo Testamento ya se ha cumplido en la persona de Cristo, personificación del amor de Dios a través de la obediencia, por eso quien ama ya cumple toda la ley (cf. 1Ga 2,3-5).

Además de obedecer a Dios, en las cartas también hay enseñanzas sobre la obediencia a las personas. Un pasaje de la primera carta de Pedro resume esta enseñanza: hay que obedecer por el Señor, a las criaturas humanas, al rey, como soberano, a los gobernadores, que son como enviados por él para castigo de los malhechores y aprobación, en cambio, de los que hacen el bien (cf. 1Pt 2,13-14).

También en muchos pasajes, encontramos otras instancias a las que obedecer. En primer lugar, es la obediencia al gobierno. Un buen cristiano debe también ser un buen ciudadano responsable en la sociedad en la que vive. Obedecer al gobierno ayudará a mantener el orden en la comunidad. San Pablo mira esta sumisión a la autoridad desde un punto de vista teológico, es decir, aconseja a los romanos que se sometan a la autoridad legítima porque recibe la autoridad de Dios. Los que desobedecen al gobierno están en contra de la orden de Dios y merecen ser castigados. A través de este consejo, Pablo apunta a un sentido más profundo de hacer el bien y cumplir los deberes de un ciudadano. De esa manera, no tendrán nada que temer, porque las personas que trabajan para el gobierno solo están cumpliendo su deber (cf. Rm 13,1-7).

La segunda instancia es la obediencia a los evangelizadores. El autor de la carta a los hebreos también aconseja a los creyentes que obedezcan a sus líderes espirituales porque tendrán que responder ante Dios de este deber; la obediencia a ellos les permitirá llevar a cabo sus deberes de manera más productiva (cf. Heb 13,17). La carta de Pedro también exhorta a los jóvenes a obedecer a los ancianos con humildad (cf. 1Pt 5,5). Además, Pablo aconseja a los líderes religiosos y a los ancianos que sean dignos de sus cargos para ser dignos de la obediencia de los demás (cf. 1Tm 4,12).

También se menciona la obediencia en la familia y se expresa ante todo a través de la obediencia de los hijos a sus padres⁵⁰. San Pablo enseña que la desobediencia a los padres es un pecado y digno de muerte (cf. Rm 1,30-32). Los hijos deben obedecer a sus padres en el espíritu de Dios, porque es lo correcto (cf. Ef 6,1). Jesús mismo ha dado el ejemplo de obediencia a sus padres (cf. Lc 2,51). La carta a los Colosenses enseña que agrada mucho a Dios que los hijos obedezcan a sus padres en todo (cf. Cl 3,20), pero que los padres no exasperen a los hijos, no sea que pierdan el ánimo (cf. Cl 3,21). En la familia existe también una relación entre marido y mujer (cf. Cl 3,18-19; Tt 2,4-5), cuya obediencia recíproca debe basarse en el amor a Cristo, siguiendo el ejemplo del amor de Cristo a la Iglesia (cf. Ef 5,22-23).

Finalmente, la obediencia en la relación dueño - esclavo. Es muy necesario reconocer la presencia de Cristo en el dueño: obedecer con respecto y temor, con sencillez de corazón, como a Cristo. No en apariencia, para quedar bien ante los hombres, sino como esclavos de Cristo que hacen, de corazón, lo que Dios quiere (cf. Ef 6,5-8). Al mismo tiempo, los dueños también deben tratar bien a los esclavos, porque todos son iguales en dignidad y tienen un Amo que está en el cielo (cf. Ef 6,9). Asimismo, se aconseja a los creyentes colosenses a trabajar de corazón como para servir al Señor y no a los hombres, y a ver a Cristo como su verdadero Dueño (cf. Col 3,23-25). La primera carta a Timoteo exhorta a los esclavos a respetar a su amo por Dios, especialmente si el amo es creyente (cf. 1Tm 6,1-2). Además, san Pablo dice a Tito que enseñe a los esclavos a someterse a sus amos, a ser completamente fieles, a no discutir, a no robar, para que la doctrina de Dios resplandezca (cf. Tt 2,9-10).

Unos breves estudios sobre la obediencia desde una perspectiva bíblica nos ayudan a ver que la obediencia es una actitud básica y fundamental que el hombre debe tener ante Dios. Dios es Aquel que se comunica al hombre siempre, y para alcanzar la perfección, el hombre debe escuchar siempre su palabra. De hecho, obedecer a alguien es «escuchar, aceptar, abriéndonos al mensaje que nos llega del otro, poniéndonos a su disposición, adecuando nuestra conducta -como respuesta- a sus exigencias. Incluye, por tanto, una actitud de acatamiento, de disponibilidad, de donación de sí, de subordinación y sumisión»⁵¹. El único a quien el hombre debe obedecer es a Dios, porque sólo Él es digno de la sumisión del hombre. Si los humanos, siendo iguales en dignidad, deben obedecer a una persona, es porque ésta es representante de Dios. Este es el principio que nos ayuda a

⁵⁰ En el Antiguo Testamento también hay algunas personas que obedecen a sus padres, por ejemplo: Ruth 3,5: «Haré todo lo que me dices»; Tob 5,1: «Padre, haré todo lo que me mandas».

⁵¹ Manuel Ruiz Jurado. «Para una pedagogía espiritual de la obediencia». *Manresa* 39 (1967): 99.

comprender por qué hay que obedecer a los profetas, a los Apóstoles, a las autoridades legales, a los padres, a los dueños... La obediencia directa a Dios se convierte gradualmente en obediencia por mediación humana.

Desde los primeros siglos, los creyentes se dieron cuenta de que no había nada más significativo y perfecto para ser conformados a Cristo que pasar por la muerte como Él y entrar con Él en la gloria. La obediencia de Jesús hasta la muerte en la cruz no es un acto aislado durante su pasión, sino que es su actitud de vida, la manifestación externa de la disposición interior del Dios-hombre que se humilla y se vacía de sí mismo para ser puro sacrificio al Padre. La obediencia es otra forma de martirio, un camino para llegar a ser cada vez más como Cristo como veremos en la parte siguiente.

II. La obediencia en algunos maestros espirituales

1. El origen de la vida monástica

a. La Iglesia primitiva y la persecución

Se puede decir que la Iglesia primitiva nació del acontecimiento de Pentecostés con los Doce y María en el Cenáculo (cf. Hch 2,1-4) después de haber elegido a Matías para reemplazar a Judas (Hch 1,15-16). Con el poder transformador del Espíritu Santo, Pedro predicó públicamente, haciendo que más de tres mil personas quisieran recibir el bautismo ese día (cf. Hch 2,41). A partir de ahí, esta pequeña comunidad fue creciendo, reuniéndose y escuchando diligentemente la Palabra de Dios y la enseñanza de los Apóstoles. Estaban siempre en comunión unos con otros, en oración y en la fracción del pan. Lo ponían todo en común y compartían lo que tenían según sus necesidades. Los fieles vivían su fe en la obediencia a los Apóstoles que representaban al Señor, así como a aquellos a quienes los Apóstoles designaron como sus representantes para cuidar de los creyentes en los asuntos materiales.

A medida que aumentaba el número de personas que creían en Jesús, también fue cuando comenzaron a llegar las persecuciones terribles, especialmente desde el año 64. El capítulo 4 de los Hechos relata cómo Pedro y Juan fueron arrestados e interrogados. Otras veces, fueron golpeados y encarcelados, pero sus corazones todavía estaban llenos de alegría porque se habían conformado a Cristo. El conflicto se hizo tan fuerte que llevó a la muerte de Esteban (cf. Hch 7,55 – 8,2). Alrededor del año 42, Herodes Agripa ordenó el asesinato de Santiago el Mayor (el hermano de Juan), mientras que Pedro fue encarcelado (cf. Hch 12). Para evitar estas persecuciones, los creyentes de Jerusalén tuvieron que trasladarse a vivir a otros lugares y continuaron viviendo y predicando el Evangelio.

No en vano muchos cristianos estaban dispuestos a aceptar la muerte por la fe, incluso con alegría. San Ignacio de Antioquía dice que el martirio es para ser como Cristo⁵². En el relato sobre martirio de san Policarpo (155 AD), el autor dice que el martirio pretende «mostrarnos nuevamente el Señor su propio martirio, tal como nos lo relata el Evangelio»⁵³, los mártires son ejemplos del verdadero amor y verdaderos discípulos de Cristo, son martirizados no solo por su propio bien, sino también por el beneficio de los demás⁵⁴. Las *Actas de los Mártires* cuentan el martirio de san Potino y los otros mártires de Lión, bajo Marco Aurelio desde abril hasta agosto el año 177, donde afirma que los mártires son verdaderos discípulos de Cristo⁵⁵. En su martirio, no sufrieron solos, sino que fue Cristo quien sufrió en ellos, por eso, a pesar de muchos tormentos e incluso la muerte, los fieles estaban llenos de alegría por su amor a Cristo.

Se cuenta también el martirio de las santas Perpetua y Felicidad y de sus compañeros, bajo Septimio Severo el año 203. Felicidad confesó: «Ahora soy yo la que padezco lo que padezco; mas allí habrá otro en mí, que padecerá por mí, pues también yo he de padecer por Él»⁵⁶. Además, las *Actas* mencionan el misticismo del martirio: las dos mujeres bravas recibieron un «sueño (tan absorta en el Espíritu y en éxtasis)»⁵⁷ que no temieron los tormentos más terribles. A través de los sufrimientos del martirio, los cristianos se sienten cada vez más cerca de Cristo crucificado. Ellos quisieron y eligieron la muerte, siguiendo el ejemplo de Jesús. Pero en todo hay una gran esperanza de resucitar con Él en la gloria eterna.

Los mártires son el ejemplo más claro y elocuente de la obediencia de Jesús al Padre. Al morir por su propia voluntad y amor a Dios, muestran una completa dedicación de cuerpo y alma a Dios. Es una muerte que les transforma en héroes en la vida espiritual. Se suele

⁵² Carta de San Ignacio Mártir a los *Esmirniotas*, 4: «Si sólo en apariencia fueron hechas todas estas cosas por Nuestro Señor, luego también yo estoy cargado de cadenas en apariencia... La verdad es que estar cerca de la espada es estar cerca de Dios, y encontrarse en medio de las fieras es encontrarse en medio de Dios» En la carta a los *Efesios*, 10, escribe: «mostrémonos hermanos suyos por nuestra amabilidad; mas imitar, sólo hemos de esforzarnos en imitar al Señor, porfiando sobre quién pueda sufrir mayores agravios, quién sea más defraudado, quién más despreciado, a fin de que no se vea entre vosotros planta alguna del diablo, sino que en toda castidad y templanza permanezcáis en Jesucristo corporal y espiritualmente» (cf. *Ibid.*, 453). La carta a los *Romanos* 5,3: «Ahora, empiezo a ser discípulo. Que ninguna cosa, visible ni invisible, se me oponga, por envidia, a que yo alcance a Jesucristo» (cf. *Ibid.*, 478) ... (Para las citas de san Ignacio de Antioquía y sobre el martirio de san Policarpo, citaremos por: Daniel Ruiz Bueno, ed. *Padres Apostólicos* 2ª ed. Madrid: BAC, 1967).

⁵³ *Ibid.*, 673.

⁵⁴ *Martirio de san Policarpo, obispo de Esmirna* 1,1: «A fin de que también nosotros le imitemos, no mirando sólo nuestro propio interés, sino también el de nuestro prójimo. Porque obra es de verdadera y sólida caridad no buscar sólo la propia salvación, sino también la de todos los hermanos».

⁵⁵ En la *carta de las Iglesias de Lión y Viena*, se escribe: «Es que Epágato fué -y ahora lo es para siempre- legítimo discípulo de Cristo, que sigue al Cordero doquiera va» (Citaremos por: Daniel Ruiz Bueno, ed. *Actas de los mártires*. Madrid: BAC, 1962, 329).

⁵⁶ *El martirio de las santas Perpetua y Felicidad y de sus compañeros, bajo Septimio Severo*, 15.

⁵⁷ *Ibid.*, 20.

llamar este tipo de muerte con una palabra muy entrañable: el sacrificio, que significa literalmente perder algo con un motivo noble y por amor⁵⁸. Dios no quiere el sufrimiento y la muerte, pero aprecia a quien la acepta por amor, para la salvación propia y de los demás. Entonces, la palabra clave es el amor, no se trata de la muerte como algo negativo. La muerte en el martirio es el resultado de un amor abundante. Dios no es «Dios de muertos, sino de vivos» (Mc 12,27) y Jesús ha venido para que los seres humanos «tengan vida y la tengan abundante» (Jn 10,10). La muerte que los mártires aceptaron voluntariamente con el deseo de ser identificados con Jesús obediente hasta la muerte (es decir, hasta el extremo) no es un triste final de su existencia, sino una apertura de la plenitud de la vida de Dios, como dice el libro de Sabiduría: «Los insensatos pensaban que habían muerto, y consideraban su tránsito como una desgracia, y su salida de entre nosotros, una ruina, pero ellos están en paz. Aunque la gente pensaba que cumplían una pena, su esperanza estaba llena de inmortalidad» (Sab 3,2-4).

El sacrificio de sí mismo por el amor a Dios y los demás de los mártires son manifestación de la obediencia. Como veremos más tarde, la obediencia religiosa es morir completamente a sí mismo, vivir el mandamiento del amor en toda su perfección, con un corazón dirigido solo a Dios a través de su representante que es el superior, dejando de lado todo el razonamiento para aceptar algo que parece una locura a los ojos del mundo. La palabra «martirio» viene de *martyrium* en latín. En griego es μαρτύριον (*martyrion*) que significa «testimonio». Con el martirio, los mártires dan testimonio, con su vida, de la fe, esperanza y amor a Dios y a todo el mundo. También la obediencia de los religiosos es una entrega de uno mismo a Dios al nivel más alto por amor.

b. El comienzo de la vida separada del mundo (*fuga mundi*)

Ya existieron muchos tipos de vida ascética nocrisiana como los Serapis de Egipto, los brahmanistas, los esenios, el estoicismo, el platonismo, el neoplatonismo, los ascetas budistas, la secta esenia del Mar Muerto (en torno al año 150 d.C., y san Juan el Bautista probablemente perteneció a esta secta) ... En cuanto a la vida monástica cristiana, no sabemos exactamente cuándo empezó a tomar forma. Ya en el Nuevo Testamento y en los primeros tiempos de la Iglesia vemos el movimiento de mujeres que quieren comprometerse al servicio del Señor (cf. Rm 16,7; 1 Tm 3,11). Muchos documentos antiguos muestran que desde principios del siglo II ha habido fenómenos de personas que quieren vivir una vida de

⁵⁸ Cf. José Aldazábal. *Vocabulario básico de liturgia*. Barcelona: Biblioteca Litúrgica, 1996, 357-358.

ascetismo y abstinencia, con el objetivo de estar más identificados con Cristo. Viven en la pobreza y también en la virginidad. Muchos escritores cristianos han elogiado este modo de vida y lo consideran una virtud heroica.

En la Iglesia primitiva había grupos de vírgenes y viudas. Al inicio, ellas viven en sus hogares. Más tarde, se reúnen en pequeños grupos, formando comunidades y realizan tareas espirituales o pastorales. Estas comunidades existían en las principales ciudades. Y para que la vida en común vaya bien, las reglas van naciendo poco a poco. También aparecen los votos en manos del obispo y con ellos derechos y sanciones. Una vez consagradas, las vírgenes deben usar una túnica y un turbante negros bendecido por el obispo que se les entrega durante el rito de consagración. Deben rezar, solas o en grupo, en los horarios señalados (mañana, mediodía y a las tres de la tarde). Incluso tienen que levantarse por la noche para cantar los salmos. Excepto por razones de salud, solo se les permite comer una vez al día después de las tres de la tarde. La comida comienza y termina con una oración y consiste únicamente en pan y verduras. También se les anima a hacer el apostolado viviendo una vida sencilla, visitando regularmente a los pobres y enfermos, y haciendo todo lo que esté a su alcance para ayudar a los necesitados⁵⁹.

Ya en el año 197, Tertuliano dice: «Andan por ahí gritando que los cristianos invaden la ciudad: cristianos en los campos, en las ciudades, en las islas; consideran un perjuicio lamentable el hecho de que personas de todo sexo, edad, condición e incluso dignidad se hagan cristianos»⁶⁰. Y en el año 212, los cristianos eran «una multitud inmensa, casi la mayoría en cada ciudad»⁶¹. Incluso Tertuliano dice de manera algo exagerada que «somos de ayer y ya llenamos el orbe y todo lo vuestro: las ciudades, las islas, las alturas, los municipios, los conciliábulos, los mismos campamentos, las tribus, las decurias, la corte, el senado, el foro»⁶². Cuando terminó la persecución con el decreto de Constantino el año 313, los cristianos tuvieron libertad para manifestar su fe. Y en el año 380, con Teodosio, el cristianismo se convirtió en la religión oficial del imperio. Las comunidades cristianas se difundieron ampliamente y tuvieron una influencia en la vida humana. Era una buena señal, pero, por esta misma razón, surgieron problemas en la vida social y también eclesial. No se

⁵⁹ Cf. Jordan Aumann. *Christian Spirituality in the Catholic Tradition*. San Francisco: Ignatius Press, 1985, 36-37.

⁶⁰ *El Apologético*, 1,7. (Sobre Tertuliano, citaremos por: Tertuliano. *El Apologético*, ed. Julio Andión Marán. Madrid: Ciudad Nueva, 1997).

⁶¹ *Ad Scapulam*, 2.

⁶² *El Apologético*, 37, 4.

vivía la fe cristiana de manera profunda. Además, el crecimiento del número de cristianos hizo que la Iglesia se enfrentase con problemas de gestión, formación, educación...⁶³.

Ante esa nueva situación se dieron varias reacciones. La primera era de conservadurismo; la segunda, tratar de adaptarse; y la tercera, buscar otra forma de vida en la que, según ellos, fuera posible preservar los valores evangélicos en la espera de la venida del Señor. Esta última forma de vida da origen a la vida monástica. A decir verdad, no sabemos exactamente quién tomó la iniciativa, pero es claro que este tipo de vida ha infundido nuevo aliento en la Iglesia. De hecho, la vida en las grandes y complicadas ciudades provoca una crisis en el corazón de quienes quieren ofrecerlo todo a Dios, incluida la propia vida. El hecho de que ya no hubiera persecuciones también significaba que ya no había más oportunidades para unirse a Cristo sufriente y obediente.

c. La «batalla decisiva» en el desierto

En aquel tiempo, se daba la tendencia de «odiar» el mundo. Mucha gente veía «el mundo» -la sociedad en la que vivía la gente- como un lugar ruidoso y caótico, un lugar de conflictos de cosas mundanas y malas. Por lo tanto, pensaban que el mundo era un lugar donde el diablo tienta a las personas para atraerlas a cosas inmundas. Para encontrarse con Dios, hay que buscar lugares más puros y tranquilos. Desde entonces, se ha dado la tendencia a adentrarse en los bosques y desiertos rurales, a buscar lugares apartados con la esperanza de poder encontrar a Dios en la abnegación y en los castigos corporales⁶⁴.

La iniciativa de vivir una vida separada del mundo en ese momento también fue vista como un martirio, expresado en abnegación, austeridad, mortificación, contención de las exigencias del cuerpo para estar íntima y plenamente unidos a Dios. Viven en una celda. Comen frugalmente y se visten sencillamente. Pasan la mayor parte del día en oración, manteniendo la mente absolutamente en silencio. El monaquismo del Bajo Egipto se llama *anacoresis* que significa «retirarse», «distanciarse de» (del griego *anachôreō*)⁶⁵. Tradicionalmente, san Antonio (251-356) se considera como el primer monje y también un gran maestro de discernimiento de espíritus.

Pero se da también otra razón de la ida de mucha gente al desierto. La historia de vida de san Antonio contada por san Atanasio, especialmente los diálogos y batallas con

⁶³ Jean-Claude Guy. *Storia della vita religiosa. Una lettura sapienziale*. Roma: Pila, 2014, 25.

⁶⁴ Además del desierto, la gente también busca los templos o ninfeas abandonados, o tumbas paganas para vivir. Cf. Gisbert Greshake. *Espiritualidad del Desierto*. Madrid: PPC, 2018, 124, nota 31.

⁶⁵ Guy. *Storia della vita religiosa...*, 33. Para más detalles sobre la historia del monacato: Cf. García M. Colombás. *El monacato primitivo*. Madrid: BAC, 2004, 45-351.

demonios disfrazados de diversas formas, suena a mito a primera vista, pero nos ayuda a comprender la lucha espiritual y la razón por la que la gente de buena voluntad que quiere unirse a Dios busca lugares despoblados como el desierto con el deseo de alcanzar la perfección⁶⁶. Sabemos que en aquella época el cristianismo se extendió por todas partes, y la expansión del cristianismo causaba la decadencia del paganismo. La cultura urbana se convirtió en cristiana, los templos paganos fueron reemplazados gradualmente por iglesias o basílicas cristianas.

Esto también significa que los demonios no tienen dónde esconderse en la ciudad y por lo tanto no tienen más remedio que retirarse al desierto. Ahora, los monjes también se van al desierto a vivir, para enfrentarse al diablo en el terreno donde éste domina. En un diálogo con Antonio, el demonio exclamó que: «Ya no tengo lugar, ni espada, ni ciudad. Por todas partes hay cristianos; el desierto entero está lleno de monjes»⁶⁷. Temen que «Antonio poco a poco convierta el desierto en la ciudad de la ascesis»⁶⁸. Así que tratan de poner mucha dificultad a san Antonio para que el Santo vuelva a la ciudad y les devuelva el lugar que les pertenecía que es el desierto. San Atanasio narra que el diablo «se acercó una noche con una multitud de demonios y le [a san Antonio] dieron tal paliza que, a causa de los dolores, cayó a tierra sin voz»⁶⁹. Los que venían a visitar a Antonio oían dentro como a una multitud que alborotaba, hacía ruido, lanzaba grandes lamentos y gritaba: «Aléjate de nuestro lugar, ¿qué tienes que hacer tú en el desierto? No puedes soportar nuestros ataques»⁷⁰. Los demonios «intentaban todas estas artimañas para echarlo del desierto, pero no lo consiguieron»⁷¹.

La historia de san Antonio no quiere decir que, en la ciudad, aunque ya estaba cristianizada, no hubiera ningún demonio presente⁷², porque, como queda dicho más arriba, el deterioro de la vida de fe cristiana, que defrauda a muchas personas de buena voluntad hasta el punto de tener que ir a lugares remotos para encontrarse con Dios en la contemplación, es señal de la presencia y destrucción del demonio. Lo que resaltaba san Atanasio en la historia de san Antonio es la batalla de los Padres del desierto (de los que san

⁶⁶ En la Biblia, el desierto se considera como un lugar para encontrar la intimidad con Dios (Os 2,16-17), y también es lugar de luchas espirituales contra los demonios (Mt 4,1-11; Mc 1,12-13; Lc 4,13).

⁶⁷ *Vida de Antonio*, 41. (Citaremos por: Atanasio. *Vida de Antonio*, ed. Paloma Rupérez Granados. Madrid: Ciudad Nueva, 1995).

⁶⁸ *Vida de Antonio*, 8.

⁶⁹ *Ibid.*

⁷⁰ *Vida de Antonio*, 13.

⁷¹ *Vida de Antonio*, 53.

⁷² En la meditación de «Dos Banderas» de los *Ejercicios*, Ignacio invita al ejercitante a «considerar cómo hace llamamiento de innumerables demonios, y cómo los esparce a los unos en tal ciudad y a los otros en otra, y así por todo el mundo, no dejando provincias, lugares, estados ni personas algunas en particular» [*Ej* 141].

Antonio es un ejemplo) contra las tentaciones del demonio (o los demonios, porque son muchos). El diablo ya ha perdido en las ciudades con la expansión del cristianismo. El desierto es ahora su único refugio. Por lo tanto, la batalla que hay aquí se considera el «combate final»⁷³ entre los humanos y las fuerzas del demonio. Si la batalla la vencían los seres humanos, entonces erradican el mal de raíz.

Pero ¿qué implica esta batalla decisiva? En la primera prueba o batalla de los primeros padres en el jardín del Edén, el mal apareció en forma de serpiente y tentó a Eva y Adán con dulces palabras y argumentos aparentemente muy razonables (cf. Gén 3,1-8). Entonces, el diábolo es un tentador (cf. 1 Tes 3,5), que tienta a la persona con su mentira (cf. Jn 8,44). La naturaleza del diablo es el orgullo y esta es también la semilla que da origen al pecado. El diablo engaña a la gente, hace que la gente tenga una imagen equivocada de Dios y así, trastorna todo el orden del universo. Cubre el orgullo con el manto de cosas buenas como la libertad, la independencia, la autonomía... y luego lleva lentamente a la gente a la perdición.

La batalla final y decisiva entre los monjes en el desierto y el demonio que mora aquí como su último refugio es, por tanto, desarraigar el orgullo con humildad y obediencia. En la obediencia, el hombre erradica por completo todo rastro venenoso y peligroso del diablo. Las prácticas de mortificación corporal (ayuno, penitencia, abstinencia, etc.) y espiritual (renuncia a la propia voluntad - obediencia) están precisamente encaminadas a eliminar todo el peligro del orgullo y así destruir definitivamente al diablo. Si el orgullo engendra mentira y muerte, lo que hacen los monjes en el desierto para luchar contra al demonio es practicar la humildad a través de la obediencia para alcanzar a la verdad y la salvación según el ejemplo del Cristo obediente. Cuanto más obediente sea un religioso, más gloriosa será su victoria sobre el diablo.

2. La obediencia en el tiempo de los Padres del desierto

a. Los *Apogtemas* en el desierto⁷⁴

La obediencia a una persona, que es el germen de la obediencia religiosa más tarde, aparece cuando hay jóvenes que quieren ser discípulos de un cierto maestro que ha vivido este tipo de vida por muchos años y tiene mucha experiencia. Los Padres del desierto alaban la

⁷³ cf. Greshake. *Espiritualidad ...*, 124.

⁷⁴ Los *Apogtemas* de los Padres del desierto constituyen uno de muchos tipos de literatura monástica que apareció en el alrededor del siglo IV. Más informaciones pueden encontrarse en: David González Gude, ed. *Apogtemas de los Padres del desierto*. Madrid: BAC 2017, XIII – XXVI. (Los *Apogtemas* sobre la obediencia se sitúa en el capítulo XIV en la colección de David González Gude que usamos en este trabajo. En adelante, citaremos *Apogtemas*, junto con el número del capítulo y del *apogtema*).

obediencia, viéndola como una virtud muy noble que hay que conseguir a toda costa, por ejemplo, enseñan que: «La obediencia es salvación para todos los fieles. La obediencia es madre de todas las virtudes. La obediencia nos descubre el Reino de los Cielos. La obediencia abre los cielos y levanta a los hombres de la tierra. La obediencia comparte su morada con los ángeles. La obediencia es el alimento de todos los santos. Con ella se amamantaron y por ella llegaron a la perfección»⁷⁵.

Los Padres del desierto consideran la obediencia como el punto de partida para obtener todas las virtudes. Es la madre de todas las virtudes, como dice el abba Moisés: «Adquiramos la obediencia que engendra la humildad y que aporta fortaleza, longanimidad, compunción, el amor de los hermanos y la caridad; porque tales son nuestras armas para el combate»⁷⁶. Enseñan también que la obediencia es la primera lección para quien quiere vivir una vida contemplativa. Aquellos que deseen avanzar en la abnegación y la unión profunda con Dios, deben practicar hábilmente la obediencia, así como los niños deben saber las letras antes de poder estudiar otros conocimientos⁷⁷. De hecho, para ser formados, los jóvenes monjes deben obedecer a sus directores espirituales y hacer lo que les enseñan. La desobediencia y siempre seguir su propio juicio le conducirá inevitablemente a errores.

Además, la obediencia tiene una relación muy estrecha con la humildad. Es la expresión más obvia de humildad. El ascetismo externo puede parecer algo bueno, pero tiene el peligro potencial de hacer que las personas se vuelvan arrogantes al estar orgullosas de las cosas extraordinarias que han logrado, mientras que la obediencia es una renuncia interna y radical a todo orgullo. Dicen: «Entre los que vivimos en comunidad, preferimos con mucho la obediencia a la ascesis. La continencia lleva consigo arrogancia, en cambio la obediencia va acompañada de humildad»⁷⁸, también, afirman que «un monje ayunador que depende de un Padre espiritual sin tener obediencia y humildad no puede adquirir virtud alguna; no sabe ni lo que es ser monje»⁷⁹. Así que, según los Padres del desierto, el «ser monje» no consiste en ayunar mucho, sino en obedecer a su padre espiritual. Desobedecer al padre espiritual se considera «no tener humildad».

Los Padres del desierto aprecian mucho la obediencia porque es la virtud que se adquiere renunciando a la voluntad, mientras que las demás virtudes se adquieren por la voluntad. Se nos cuenta una historia en la que se hablaba de cuatro scitiotas que fueron a

⁷⁵ *Apotegmas*, XIV, 29.

⁷⁶ *Apotegmas*, XIV, 6. 7.

⁷⁷ *Apotegmas*, XIV, 26.

⁷⁸ *Apotegmas*, XIV, 17.

⁷⁹ *Apotegmas*, XIV, 8.

visitar a abba Pambo. Cada uno habló de las virtudes de sus compañeros. Uno de ellos ayunaba muy a menudo, otro no poseía nada, el tercero era sumamente caritativo. Del cuarto que no estuvo allí dijeron que durante veintidós años había vivido permanentemente bajo la obediencia de los ancianos. El abba Pambo les dijo: «La virtud de este es mayor que la de los otros. Porque vosotros por vuestra propia voluntad habéis alcanzado la virtud que ahora tenéis. Pero este renunció a su voluntad y se hizo esclavo de la del prójimo. Estos hombres son mártires si perseveran hasta el fin»⁸⁰.

Además, la obediencia con prontitud es aún más valiosa porque muestra el grado de abandono, así como el deseo de llegar a la perfección. La historia de un joven monje llamado Marcos es un buen ejemplo de la necesidad de obedecer con prontitud. Acabada de escuchar la llamada de su maestro, deja todo lo que está haciendo, incluso a medio terminar la letra que ha empezado. Por lo tanto, es amado por su maestro más que los otros discípulos⁸¹. La prontitud en la obediencia muestra, en primer lugar, el amor del obediente por sus superiores y, luego, muestra también su deseo de adquirir las virtudes y de avanzar en la vía contemplativa. Al mismo tiempo, también refleja el grado de abnegación y libertad de los propios juicios y planes.

La esencia de la obediencia es la renuncia total. Cuanto más se renuncia a lo que se ama, más valiosa se vuelve. Una persona va al abba Sisoés de Tebas para hacerse monje. El anciano manda a esta persona que se arroje al río. Inmediatamente va a hacerlo. Pero el anciano manda a un hermano que lo detenga. Gracias a su perfecta obediencia llega a ser un monje de gran virtud⁸². En las historias que han guardado, también hay algunas muy similares a la de Abrahán que ofreció su hijo a Dios. Uno tiene tres hijos, pero los deja en la ciudad y se va al monasterio para hacerse monje. Un día, los extraña y quiere visitarlos. El abba le da permiso y le dice que los traiga aquí. Cuando regresa a la ciudad, encuentra que ambos están muertos, por lo que lleva al hijo de regreso al monasterio por orden del abba. Al llegar al monasterio, él y su hijo van a ver al abba en la panadería. El abba le dice que tire al niño en el horno ardiendo. Él lo hace. Al punto el horno se convierte en rocío. Por este hecho es glorificado en aquel tiempo, al igual que el patriarca Abrahán⁸³.

La obediencia es fundamental en la formación porque ayuda al joven monje a evitar excesos en las mortificaciones externas por ignorancia o celo descontrolado. La siguiente historia es un ejemplo. Un discípulo le dice a su maestro que come cada dos días un solo

⁸⁰ *Apotegmas*, XIV, 14.

⁸¹ *Apotegmas*, XIV, 11. Casiano también menciona esta historia en su obra (cf. *Instituciones* IV, 12).

⁸² *Apotegmas*, XIV, 15.

⁸³ *Apotegmas*, XIV, 28.

pan porque piensa que tal moderación en el comer lo ayudará pronto a alcanzar su meta de controlar sus necesidades inferiores. Sin embargo, el abba Sisoés y el abba Pastor, le dicen: «Mi niño, si quieres escucharnos, come cada día medio pan». Y haciendo esto, encontró la paz⁸⁴. Esta historia muestra tanto la sabiduría de aquellos que han vivido mucho tiempo en el desierto como la necesidad de una guía para aquellos que son nuevos en la vida contemplativa. Los principiantes, debido a su falta de experiencia, a menudo no saben cómo abstenerse, lo que lleva a que, no practiquen suficientes mortificaciones o se excedan, agotando el cuerpo. La obediencia a los mayores ayuda a vencer los engaños del diablo y, como tal, también se ve como un arma poderosa contra sus tentaciones⁸⁵.

Los Padres del desierto valoran la obediencia por encima de todas las demás virtudes porque tiene su raíz en la Biblia, en el modelo de la obediencia absoluta de Cristo: «Dios pide a los cristianos que obedezcan a las Escrituras divinas, porque en ellas encontrarán el modelo de cómo deben hablar y obrar y de acomodarse a los superiores y padres espirituales»⁸⁶. Al obedecer, el monje «se presenta con confianza ante el Crucificado. Porque el Señor subió así a la cruz: obedeciendo hasta la muerte [cf. Flp 2,8]»⁸⁷. Y no solo los Padres en el desierto, sino también Dios aprecia mucho a los que obedecen. Dicen: «La obediencia responde a la obediencia; si alguno obedece a Dios, Dios lo escucha»⁸⁸. La persona que obedece, es decir, renuncia por completo a su propia voluntad y juicio, es muy amado por Dios y por eso, Él siempre responderá a sus suplicas. Los padres describen esta idea de manera algo exagerada, que Dios obedece al que obedece a su superior, pero esto nos ayuda a ver el gran beneficio espiritual de la obediencia, y su profundo significado: la persona obediente no abandona su propia voluntad por nada, sino para hacer la voluntad de Dios; él sale de sí mismo para encontrar a Dios.

b. Algunas leyendas sobre la obediencia

Las historias que se transmiten sobre la formación de los novicios en la obediencia, aunque no sabemos si son reales o no, nos ayudan a ver su importante papel a los ojos de los maestros. Entre ellas, hay historias muy interesantes sobre milagros, que, según Ignacio, son la confirmación de Dios⁸⁹. Lo que pretenden estas historias, creemos, no es el carácter

⁸⁴ *Apotegmas*, XIV, 10.

⁸⁵ *Apotegmas*, XIV, 23.

⁸⁶ *Apotegmas*, XIV, 21.

⁸⁷ *Apotegmas*, XIV, 19.

⁸⁸ *Apotegmas*, XIV, 9. San Agustín dice lo mismo: «Quanto modo erimus obedientes patribus nostris, tanto erit Deus obediens orationibus nostris» (PL 40, 1344).

⁸⁹ Cf. *Epp* IV, 679.

extraordinario de los milagros, sino la primacía de la obediencia, o sea, enfatizan la idea de que la obediencia es muy favorecida por Dios y es comparada con la fe de la que Jesús habla en el evangelio (cf. Lc 17,6), mostrando la idea de que, con la obediencia, se puede hacer lo aparentemente imposible. Las siguientes historias son ejemplos ilustrativos.

b.1. El leño da fruto

Se cuenta que abba Juan Colobos se retiró a Scitia para convivir en el desierto con un monje originario de Tebas. Un día, su abba tomó un leño seco, lo plantó y le dijo: «Cada día, echa un balde de agua al pie del leño hasta que dé frutos». El agua estaba lejos y aunque Juan salía por la tarde no volvía hasta la mañana siguiente. Tres años más tarde, el leño empezó a dar señales de vida y dio fruto. El anciano recogió el fruto y lo llevó a la asamblea de los hermanos, y les dijo: «Tomad y comed el fruto de la obediencia»⁹⁰.

El propósito del abba de Juan Colobos ciertamente no es buscar fruta para comer, sino probar su sinceridad, su perseverancia a través de la obediencia. Un árbol seco no puede dar fruto. Sin contar que Juan tiene que recorrer un largo camino y sufrir mucho para traer agua para regar las plantas. Un período de tres años no es corto, pero es suficiente para demostrar la paciencia y la fe de Juan en el abba. Las palabras del abba a los hermanos de la comunidad muestran el valor de la obediencia de Juan. Es el fruto de un árbol seco, pero más bien es el resultado maravilloso de la obediencia absoluta y sus costos.

La frase del abba a los hermanos («Tomad y comed...») evoca también en nosotros el carácter «eucarístico» de la obediencia. La obediencia -la renuncia de la propia voluntad- no hace el que obedece árido e infecundo, sino al contrario, es como la muerte del grano de trigo para poder dar mucho fruto (cf. Jn 12,24). Además, obedecer no es arruinar la voluntad sino ofrecerla a Dios como sacrificio. Por eso, tiene el valor de una consagración, produciendo beneficio y salvación para el obediente mismo y para los demás. La obediencia, por tanto, tiene también valor apostólico, porque gracias a la obediencia, muchos otros gozarán de sus buenos frutos.

b.2. Pelear con las bestias

Se decía de abba Juan, que fue discípulo de abba Pablo, que era un monje de gran obediencia. En cierto lugar, había una tumba y en ella vivía una hiena muy feroz. El anciano vio por los alrededores los excrementos de la hiena y dijo a Juan: «Ve y trae esos excrementos». Y este le preguntó: «¿Y qué hago, abba, si me encuentro con la hiena?». El anciano le dijo en

⁹⁰ *Apotegmas*, XIV, 4.

broma: «Si te ataca, ácala y la traes aquí». Al atardecer, salió el hermano y la hiena fue sobre él. De acuerdo con la orden del anciano, Juan la atacó para sujetarla. La hiena huyó y él la persiguió diciendo: «Espera, que mi abba me ha dicho que te ate». Y después de atraparla la ató. Mientras tanto, el anciano estaba esperándole y al darse cuenta de su tardanza empezó a inquietarse. Y Juan llegó muy tarde con la hiena atada. Al verlo el anciano se admiró, pero quiso humillarle y le reprendió severamente: «Idiota, ¿para qué me traes ese perro tonto?». Luego soltó a la hiena y la dejó escapar a su guarida⁹¹.

La historia suena un poco absurda cuando Juan toma serio la broma del anciano y hace exactamente lo que le dice. Capturar y atar un lobo es peligroso e inútil. Pero la historia destaca lo que significa dejar de lado toda voluntad y juicio personal en la obediencia. Juan simplemente obedeció al anciano sin cuestionar el motivo de la orden. La historia también quiere mostrar el poder de la obediencia. Con la obediencia, se puede someter a bestias feroces sin hacerse daño. La obediencia lleva así al hombre al estado antes del pecado original de los primeros padres, cuando el hombre todavía tenía armonía con toda la creación y ejercía el derecho que le dio el Creador de dominar a todas las especies, sometiéndolas a él. La obediencia tiene también la dimensión escatológica porque se rompe el peligro y la distancia entre el hombre y los animales salvajes o las bestias, y se restaura la paz y la reconciliación entre ellos, como dice el profeta Isaías: «El niño de pecho retoza junto al escondrijo de la serpiente y el recién destetado extiende la mano hacia la madriguera del áspid» (Is 11,8).

b.3. Resucitar al muerto

Dos hermanos carnales fueron a vivir en un monasterio. Uno de ellos era notable por su continencia. El otro por su perfecta obediencia [...] El asceta se fue al abba del monasterio y le dijo: «Deja que mi hermano me acompañe para ir a tal sitio». Y el abba le dejó ir [...] Llegaron a un río, en el que había gran número de cocodrilos, y le dijo: «Baja y atraviesa el río». El otro bajó enseguida. Los cocodrilos lamieron su cuerpo, pero no le hicieron daño alguno. Al verlo su hermano le dijo: «Sal del río». Continuaron su camino y encontraron en él un cadáver. Y dijo el asceta a su hermano: «Si tuviésemos algunos vestidos podríamos cubrirle con ellos». Pero el obediente respondió: «Mejor será que hagamos oración y tal vez resucitará». Se pusieron a orar intensamente y el muerto resucitó. Y el hermano asceta se glorió de ello diciendo: «A causa de mi austeridad ha resucitado este muerto». Dios reveló todo al abba del monasterio, cómo había tentado a su hermano con los cocodrilos y cómo

⁹¹ *Apotegmas*, XIV, 5.

había resucitado el muerto. Y a su llegada al monasterio el abba dijo al asceta: «¿Por qué te has portado así con tu hermano? Por su obediencia ha resucitado aquel muerto»⁹².

La historia muestra la gran diferencia entre la mortificación exterior (la continencia) y la mortificación interior (la obediencia), y por supuesto sostiene que es la renuncia interior lo más valioso y ayuda a superar los peligros externos (cocodrilos) y también puede resucitar a los muertos, que es algo que sólo Dios puede hacer. De hecho, las mortificaciones externas pueden dar a las personas la ilusión de que han alcanzado un alto nivel en la vida espiritual, pero en realidad no son lo suficientemente fuertes para suprimir los vicios que se esconden en el fondo (como la envidia en la historia anterior). Mientras tanto, la obediencia es un medio eficaz para remover la envidia, la falsa gloria, y hace que Dios esté de su parte.

3. La obediencia en algunos maestros espirituales

a. Juan Casiano⁹³ (360/365 – 435)

Casiano presenta la doctrina de su obediencia principalmente en *Instituciones* y *Colaciones*, donde vemos el carácter formativo de la obediencia de la zona egipcia y Palestina. Las descripciones de obediencia de Casiano no están dirigidas a la comunidad, es decir, no tienen como objetivo mantener la unidad en la comunidad o la dimensión jerárquica. Conviene señalar que aquellos que viven la vida monástica aquí son mayoritariamente «los hombres rudos y fuertes, sencillos, de poca cultura, algunos de ellos convertidos al cristianismo en la edad adulta, tal vez después de una vida un tanto azarosa en la milicia o en la esclavitud»⁹⁴. Por lo tanto, los monjes, especialmente los jóvenes, necesitan la guía de los ancianos, también conocidos como los padres espirituales que son los que «participan del Espíritu Santo, llenos, por tanto, de caridad y de discreción»⁹⁵. La obediencia por lo tanto tiene una relación muy cercana con la dirección espiritual.

En la obra *Colación XVIII, De tribus generibus monachorum*, Casiano menciona los cenobitas (los que viven bajo el gobierno de un anciano), los anacoretas (eligieron la soledad después de algunos años de formados en el cenobio), los sarabaítas (un tipo de monje reprensible porque no quieren vivir bajo el acompañamiento de un anciano), y último, los falsos anacoretas (los que quieren vivir en soledad para huir el yugo de los ancianos)⁹⁶.

⁹² *Apotegmas*, XIV, 27.

⁹³ Un estudio completo de la obediencia según Casiano se puede encontrar aquí: Víctor Codina. «La obediencia monástica según Casiano». *Manresa* 39 (1967): 195-212.

⁹⁴ *Ibid.*, 208.

⁹⁵ *Ibid.*, 207.

⁹⁶ Cf. *Ibid.*, 201.

Casiano aprecia a los cenobitas porque «viven crucificados al mundo y en un constante martirio»⁹⁷. Casiano también estima mucho la vida cenobítica porque en la comunidad hay los mayores con mucha experiencia, que funcionan como sabios guiando a los nuevos, lo que es muy necesario en la vida espiritual. Sin la ayuda del padre espiritual, el joven monje encontraría muchas dificultades y muchos fracasos en la vía que conduce a la unión con Dios, ya que «la ciencia espiritual, de la cual los ancianos son maestros, se aprende más obedeciendo que discutiendo»⁹⁸.

Para poder obedecer a un anciano, lo primero que se debe hacer es hacerse niño, debe esforzarse por vencer su propia voluntad antes de aprender otras cosas. Y para eso, tiene que «manifestar sus pensamientos al anciano, de modo que no confíen en su propio juicio o parecer, sino en el juicio y discreción del anciano»⁹⁹, «hasta los más íntimos pensamientos»¹⁰⁰. No tiene que examinar o razonar las órdenes, sino simplemente obedecer con una actitud sencilla y con la fe¹⁰¹. Casiano dice que la obediencia es el medio para alcanzar otras virtudes, para remover otros vicios, como gula, avaricia, acedia, especialmente soberbia¹⁰².

Para progresar en la vida contemplativa, el monje joven necesita saber discernir. Pero como es joven e inexperto, discernir por sí mismo puede ser difícil. Por lo tanto, necesita aprender a dejar de lado sus propios juicios, para escuchar el juicio del anciano. Además, «no solamente hay que seguir el parecer de los ancianos, sino en general el de los demás hermanos, sirviéndoles»¹⁰³. Con la obediencia, el monje es considerado muerto al mundo y se vuelve como Cristo que ha obedecido hasta la muerte.

b. San Benito (480 – 547)

San Benito nació en la ciudad de Nursia, Italia alrededor del año 480, y vivió hasta el año 547. En su juventud, san Benito fue a Roma a estudiar, pero en esta ciudad solo encontró caos y corrupción. Dejó Roma y todo para vivir en soledad, en el monte Subiaco, la austera vida eremítica. Después de vivir tres años en soledad como un anacoreta, san Benito, con otros monjes reunidos a su alrededor, hizo su primer intento de comunidad monástica y estableció en el Monte Subiaco doce diferentes monasterios. Alrededor de 528, en los

⁹⁷ *Colación XVIII*, 7, 7. (Citaremos por: Juan Casiano. *Colaciones*, vol.2. Madrid: Rialp, 1998).

⁹⁸ *Colación XVIII*, 3.

⁹⁹ *Instituciones IV*, 9. (Citaremos por: Juan Casiano. *Instituciones*. Madrid: Rialp, 2017).

¹⁰⁰ Cf. *Ibid.*, 199.

¹⁰¹ Cf. *Ibid.*, 198.

¹⁰² Cf. *Ibid.*

¹⁰³ *Colación XVI*, 6.

últimos años de su vida, fue a Monte Cassino, fundó un monasterio y escribió la *Santa Regla*. ¿Qué dice san Benito sobre la obediencia?¹⁰⁴

En el capítulo V de su *Santa Regla*, Benito menciona la obediencia al tratar del primer grado de humildad: «El primer grado de humildad es una obediencia sin demora» (V, 1). Es Dios quien da las órdenes a través del superior (V, 4). Por lo tanto, tan pronto como se reciba una orden del superior, se debe dejar «al punto sus cosas y abandonando la propia voluntad, desocupando sus manos y dejando inacabado lo que estaban haciendo, siguen con hechos, en alas de la obediencia, la voz del que manda» (V, 7-8). Hay que obedecer con prontitud porque es el camino que lleva a la vida eterna (V, 9-11), en todo, deben dejarse gobernar por el abad, según el ejemplo de Cristo que no vino a hacer su voluntad, sino la de Aquel que le ha enviado (Jn 6,38) (V, 12-13).

Además, la obediencia solo es aceptada por Dios y amada por todos «si se ejecuta lo mandado sin vacilación, sin tardanza, sin tibieza, sin murmuración y sin réplica de resistencia» (V, 14), «es preciso que los discípulos obedezcan de buen grado, porque *Dios ama al que da con alegría* (2Co 9,7), porque «si el discípulo obedece con repugnancia y murmura, no ya con la boca, sino aun en su corazón, aunque cumpla el mandato no será ya grato a Dios que ve su corazón que murmura» (V, 16-18). En el capítulo VII, una vez más, san Benito habla del tercer grado de humildad: «que se someta el monje al superior por amor de Dios con una obediencia sin límites, imitando al Señor, de quien dice el Apóstol: hízose obediente hasta la muerte (Flp 2,8)».

El capítulo LXVIII trata de qué hacer en caso de que el súbdito sienta las órdenes del superior «pesadas o imposibles». Enseña que «reciba la orden del que manda con toda mansedumbre y obediencia. Pero si viere que el peso de lo ordenado sobrepuja en absoluto la medida de sus fuerzas, insinúe a su superior las causas de su imposibilidad con paciencia y oportunamente, no con altivez, resistencia o contradicción», y continua «si después de esta sugerencia persistiere el superior en su opinión y mandato, tenga el súbdito por cierto que así le conviene. Y confiando por la caridad en el auxilio de Dios, obedezca». Se trata de una actitud de indiferencia de representar al superior sus propios sentimientos, dejando al juicio del superior, y aceptar el mandato final con confianza en la ayuda de Dios¹⁰⁵.

El capítulo LXXI enseña que «la virtud de la obediencia no sólo debe tributarse por todos al abad, sino que también deben los monjes obedecerse mutuamente» (LXXI, 1). En

¹⁰⁴ Citaremos por: Dom Garcia M. Colombas, Dom Leon M. Sansegundo y Dom Odilon M. Cunill, eds. *San Benito. Su vida y su Regla*. Madrid: BAC, 1954.

¹⁰⁵ San Ignacio de Loyola también trata de la representación al hablar de la obediencia en las *Constituciones* de la Compañía de Jesús y especialmente en algunas cartas con la guía muy detallada sobre cómo se hace.

efecto, como virtud, la obediencia se dirige también a los hermanos, es decir, a los iguales a uno mismo, y no sólo al abad. No existe ningún tipo de obediencia en el sentido legal o normativo entre hermanos de la comunidad, como la de un súbdito a su superior, pero san Benito promueve el diálogo, la escucha mutua y la apertura del corazón en la confianza de que, a través de las conversaciones espirituales, puedan ayudarse mutuamente a avanzar en la vida diaria en general y en la vida espiritual en particular. Y finalmente, en cuanto a la actitud, san Benito dice: «obedezcan, por lo demás, todos los jóvenes a sus mayores con toda caridad y solicitud» (LXXI, 4).

c. Juan Clímaco (575-649)

Sabemos muy poco de su vida. Fue abad del monasterio de la Zarza Ardiente en el Sinaí. Su famosa obra es «Escala del paraíso» (*EP*), en la que describe el viaje de la vida espiritual hacia el paraíso. Estas son las escalas por las que hay que subir (de ahí que Juan reciba el sobrenombre de «Clímaco» (*climacus*, de *clímax*, la cumbre de la escala)¹⁰⁶. En esta obra, Juan Clímaco menciona la obediencia en el cuarto escalón. Valdría la pena repasar algunos puntos claves sobre la obediencia en el pensamiento de Juan Clímaco¹⁰⁷.

Según Clímaco, la esencia de la obediencia es la renuncia o la mortificación al nivel más profundo. Clímaco habla de la obediencia como muerte, es decir, un completo abandono de uno mismo, aunque todavía se esté vivo. Dice que: «Obediencia es la renuncia total de nuestra vida, expresada claramente por la manera de actuar. Obediencia es mortificación, como muerte de los miembros, mientras que la mente está viva» (*EP* 4,3). Además, dice que «obediencia es actuar sin preguntar por qué, muerte gustosamente aceptada, vivir con sencillez, afrontar el peligro sin precisarse, no presentar excusas ante Dios [...]. Obediencia es sepulcro de la voluntad y resurrección de la humildad» (*EP* 4,3). Así pues, Clímaco, aunque se refiere a la muerte en la obediencia, apunta siempre a su dimensión gloriosa y mira al buen fruto obtenido tras la obediencia.

La obediencia es verdaderamente una muerte por que «hace desconfiar de sí mismo hasta el día de la muerte, sea sobre lo que fuere, incluso el bien» (*EP* 4,5). Clímaco toma como ejemplo un cadáver que «no contradice, ni discute ni lo bueno ni lo que parece malo» (*EP* 4,3). Una persona obediente debe confiar en su superior y en el director espiritual que

¹⁰⁶ Más información: cf. Angelo di Berardino-Giorgio, Fedalto-Manlio Simonetti, eds. *Literatura Patristica*. Madrid: San Pablo, 2010, 985-988.

¹⁰⁷ Citaremos por: San Juan Clímaco. *Escala Espiritual*, ed. Teodoro H. Martín. Salamanca: Sígueme, 1998.

son representantes de Dios para guiarlo, y entonces, debe «dejar de lado, con plena conciencia, la capacidad de juzgar por sí mismo» (EP 4,3).

Clímaco cita las enseñanzas de los padres diciendo que «cantar salmos es un arma; la oración, un muro; las lágrimas honradas, un baño. Para ellos, la santa obediencia es confesión de fe, sin la cual ninguno que esté esclavizado por las pasiones verá al Señor» (EP 4,9). Así pues, la obediencia libera al obediente de la esclavitud de las pasiones y así le ayuda a ver a Dios. Por «librarse de la esclavitud», entiende vencer los ataques de enemigo (EP 4,23). Por «ver a Dios», se refiere a la vida divina, la resurrección, la nueva vida que viene después de la muerte del sacrificio de su propia voluntad.

Según Clímaco, quien quiera ser siervo de Cristo debe ser hombre obediente (EP 4,62). La obediencia es el camino más breve para llegar a Dios, especialmente para los principiantes, porque «de la obediencia... nace la humildad, y de la humildad la impasibilidad del alma» (EP 4,78). En otro lugar, dice Clímaco que «de la obediencia nace la humildad. De la humildad, la discreción [...] De la discreción viene la luz interior que capacita para prever el futuro» (EP 4, 113). Así pues, la obediencia, la renuncia a la propia voluntad y al propio juicio, no es una eliminación de la capacidad de discernimiento, sino que ayuda al obediente a adquirir la luz interior para discernir.

Los enemigos a menudo tientan a las personas a desobedecer, haciéndolas confiar en su propia voluntad y juicio, lo que genera orgullo. Clímaco menciona una trampa muy sutil del enemigo sobre la obediencia: algunos, aprovechándose de la bondad y confianza de su superior, tratan de persuadirle a que se conforme a su voluntad y creen que esto es la obediencia. Clímaco dice que ellos pierden la corona de la obediencia, porque «la obediencia es ajena a la hipocresía y a la terquedad» (EP 4,115). No es que Clímaco desconozca que el superior es hombre como nosotros, y tiene «cierto defectos» (EP 4,6). Sin embargo, obedecemos a nuestro superior no porque sea perfecto o santo, sino porque vemos a Cristo en él. Es el Señor quien guía el monje través del superior.

d. San Bernardo (1090-1153)

Bernardo nació en Borgoña, cerca de Suiza, hacia 1090. Después de tres años de formación espiritual, se le ordenó establecer un nuevo monasterio en Clairvaux para evitar las multitudes en Citeaux. Contribuyó a la reforma del clero y los laicos, ayudó a acabar con la herejía en la Iglesia defendiendo los derechos del Papa Inocencio II contra la disputa de Anacleto II. Compuso la *Apología* en defensa de la reforma cisterciense, y muchas obras: unas 500 cartas y 332 sermones y el famoso comentario sobre *el Cantar de los Cantares*.

En cuanto a la obediencia, dice que debemos practicar esta virtud para vencer la tendencia a querer ser superiores a los demás, o querer dominar a los demás mientras que todos los seres humanos son esencialmente iguales. Es la codicia de la vanagloria la que da lugar a la envidia y al sufrimiento por ser igual a otras personas. Leemos en sus palabras:

«hay que domar con el yugo de la disciplina y de la obediencia la altivez e insolencia de las costumbres, hasta que pulverizada y destruida con los mandatos de los mayores, duros y continuos, se humille y se cure la caprichosa y rebelde voluntad, y aquel bien de su creación y natural que había perdido ensoberbeciéndose, lo vuelva a recobrar humillándose y obedeciendo»¹⁰⁸.

Hay una relación muy íntima entre la obediencia y la humildad que son dos virtudes que ayudan a vencer la tendencia a sentirse superior a los demás. De hecho, de todas las virtudes que hay que adquirir, vale la pena fomentar la humildad, y la humildad consiste en someterse por completo a la divina voluntad, que es la esencia de la obediencia. Según Bernardo, debemos obedecer a Dios presente en el superior, en lo que no sea contrario a la conciencia, pues de lo contrario no es el mandato de Dios. Él escribe: «Si el hombre puesto por Dios sobre nuestras cabezas piensa de manera distinta y tiene las tinieblas por luz y la luz por tinieblas, o manda abandonar esos bienes que hemos citado y practicar el mal, se deben rechazar enérgicamente sus órdenes y proclamar abiertamente: Es preciso obedecer a Dios antes que a los hombres»¹⁰⁹.

En el sermón 41, san Bernardo presenta los grados de la obediencia en orden como siguiente: obedecer con gusto, someterse con sencillez, obedecer con alegría, obedecer con rapidez, realizar la obediencia varonilmente, obedecer humildemente, obedecer con perseverancia¹¹⁰. Todos estos grados están relacionados entre sí y es necesario que los vivamos con suma atención porque omitir un solo grado es perder la recompensa de todos los demás, aunque san Bernardo sabe muy bien que «es un camino muy duro, lleno de rodeos tortuosos y sembrado de trampas»¹¹¹.

La obediencia, por supuesto, debe provenir del abandono total de la voluntad personal del súbdito para seguir lo que el superior le ha mandado, y no al revés, es decir, buscar por todos los medios manipular la voluntad del superior a la suya. San Bernardo dijo

¹⁰⁸ *In Cantica Cantic*, Serm.23, n. 6 (PL 183.887) (Citaremos por: Los Monjes Cistercienses de España, eds. *Obras Completas de san Bernardo. Edición bilingüe V. Sermones sobre el Cantar de los Cantares*. Madrid: BAC, 1987).

¹⁰⁹ *De diversis*, serm. 41, n. 3 (PL 183.655) (Citaremos por: Los Monjes Cistercienses de España, eds. *Obras completas de San Bernardo. Edición bilingüe VI, Sermones varios*. Madrid: BAC, 1988).

¹¹⁰ Cf. *Ibid.*, 301-308.

¹¹¹ *Ibid.*, 309.

que «el que intenta conseguir directa o indirectamente, que su padre espiritual le mande lo que él quiere, se engaña a sí mismo si presume de ser obediente. En ese caso, no es él quien obedece al superior, sino el superior a él»¹¹². Así pues, la verdadera obediencia no se manifiesta solo exteriormente, es decir, en la ejecución del mandato del superior cuando aparentemente hay una conformidad entre el súbdito y el superior, sino también en una renuncia interior de la voluntad, a la que luego Ignacio llama el segundo grado de la obediencia, del que hablaremos más adelante.

e. San Francisco de Asís (1181/1182 – 1226)

Al hablar de san Francisco de Asís se suele pensar en la pobreza, sin saber que el Santo también fue famoso por sus enseñanzas sobre la obediencia. En efecto, en el fondo, la pobreza y la obediencia se encuentran en la entrega todo para poder pertenecer totalmente a Dios: la pobreza en la entrega de los bienes materiales, la obediencia en la entrega de la propia voluntad. La doctrina de Ignacio sobre la obediencia se inspira en gran medida en san Francisco, por lo que vale la pena exponer a lo que san Francisco enseña sobre la obediencia.

Como otros escritores espirituales, Francisco alaba la obediencia y la llama santa obediencia. Enseña que los frailes deben tratarse con el espíritu de caridad y con buena voluntad, deben servirse y obedecerse unos a otros, siguiendo el ejemplo de la «verdadera y santa obediencia de Nuestro Señor Jesucristo»¹¹³, porque hay que seguir los preceptos del Señor cuyo mandamiento supremo es el amor, y vivir este mandamiento significa vivir en la verdadera obediencia y ser bendito del Señor¹¹⁴.

La obediencia es aún más valiosa que pasar muchas horas en oración. Se cuenta una historia sobre Fray Gil que dice que la verdadera oración es hacer la voluntad del Prelado¹¹⁵. Es soberbia cuando se dan todo tipo de excusas, aunque parezcan muy buenas, para negarse a obedecer. También enfatiza que «si un hombre tuviese tanta devoción y elevación de espíritu que hablase con los ángeles, y ocupado en eso le llamase su prelado, debería dejar

¹¹² *De diversis*, serm. 35, n. 4 (PL 183.636) (cf. Citaremos por: Los Monjes Cistercienses de España, eds. *Obras completas de San Bernardo. Edición bilingüe IV, Sermones litúrgicos (2^o)*. Madrid: BAC, 1988).

¹¹³ *Regla no bulada de los Hermanos Menores*, c. V (sobre la corrección fraterna) (Citaremos por: Antonio Guerra, José, ed. *San Francisco de Asís. Escritos. Biografías. Documentos de la época*. Madrid: BAC, 2003).

¹¹⁴ *Ibid.* Cuenta san Buenaventura de san Francisco que «con el fin de aprovechar de mil variadas formas y hacer meritorios todos los momentos de la vida presente, este mercader evangélico [san Francisco] prefirió ser súbdito que presidir, obedecer antes que mandar» (San Buenaventura. *Leyenda mayor*, c. 6, n. 4).

¹¹⁵ *Floreçillas de San Francisco*, parte IV. *Vida de fray Gil*, c. IV. (cf. Juan R. De Legisima, O.F.M., Lino Gómez Canedo, O.F.M., eds. *San Francisco de Asís. Sus Escritos. Las Floreçillas. Biografías del Santo por Celano, san Buenaventura y los tres compañeros. Espejo de perfección*. Madrid: BAC, 1965, 225).

inmediatamente el coloquio de los ángeles y obedecer al Prelado»¹¹⁶. La obediencia es preciosa y se considera auténtica oración porque es signo de una verdadera abnegación y, por tanto, de unión con Dios; mientras tanto, pasar muchas horas en oración, incluso tener visiones o dones sublimes (hablar con los ángeles) a veces es solo una ilusión, y no tiene valor ninguno.

Francisco define verdadera obediencia «todo cuanto hace o dice, si sabe que no es contra la voluntad del prelado, y mientras sea bueno lo que hace»¹¹⁷. Incluso cuando el súbdito piensa que su opinión es mejor, debe renunciar a su propia voluntad y juicio para seguir lo que el superior ha ordenado. Esto es la «obediencia verdadera y caritativa (cf. 1 Pe 1,22), porque da lo que debe a Dios y al prójimo»¹¹⁸. El súbdito está exento de obedecer las órdenes de sus superiores solo en el caso de que tales órdenes son «contra nuestra vida o contra su alma»¹¹⁹, o dicho de otra manera, en esos mandatos se manifiesta un pecado o delito.

Otra cosa que hace que la obediencia sea valiosa es la prontitud en obedecer. San Francisco enseña a sus discípulos a hacer inmediatamente lo que se les mandaba, a no dejar que el superior tenga que repetir la orden. San Francisco menciona el principio de la obediencia, que más tarde, san Ignacio repite: «El súbdito debe mirar a su prelado no como hombre, sino como a Dios, por amor del cual se somete a la obediencia de aquél»¹²⁰.

Además, Francisco dice que «es tan verdadera obediencia la que ha sido proferida o expresada como la que no ha sido más que pensada; igual cuando es mandamiento como cuando es deseo»¹²¹. Se trata de tener actitud alegre y activa en la obediencia. Los súbditos no solo no se oponen a los preceptos del superior, sino que incluso cuando el superior no ha terminado todavía de ordenar, ellos ya ponen en ejecución lo ordenado, sin la menor vacilación o demora. En otras palabras, hay que «someterse inmediatamente todo él a la obediencia y hacer lo que por cualquier indicio ha comprendido que quiere el hermano prelado; no solamente cuando ha escuchado la voz de éste, sino incluso cuando ha conocido su deseo»¹²².

¹¹⁶ *Ibid.*

¹¹⁷ *Avisos espirituales. Admoniciones*, 3.

¹¹⁸ *Ibid.*

¹¹⁹ *Regla no bulada de los Hermanos Menores*, c. V.

¹²⁰ *Espejo de perfección*, 46.

¹²¹ *Celano. Vida de San Francisco, Vida primera, Parte I, c.17, n. 45.*

¹²² *Ibid.*

Otra enseñanza muy interesante de san Francisco sobre la obediencia que luego retoma san Ignacio es «la perfecta y suma obediencia» como «cuerpo muerto»¹²³. Se cuenta que el Santo decía que tristemente muy pocos religiosos alcanzaban la obediencia perfecta. Sus compañeros le preguntaron qué era. Respondió tomando el ejemplo de un cadáver:

«Toma un cuerpo sin vida y colócalo donde mejor te pareciere. Verás que no se resiste a ser movido, ni a que le cambien de sitio, ni reclama el que ha dejado. Si es sentado en una cátedra, no mira altanero, sino hacia el suelo; si se lo rodea de púrpura, resalta el doble su palidez. El verdadero obediente es aquel que no juzga por qué se le cambia, ni se preocupa del lugar donde le coloquen, ni insiste en que lo trasladen. Si es promovido a algún cargo, se mantiene en su habitual humildad, y cuanto más es ensalzado, más indigno se reconoce del honor»¹²⁴.

Se trata de una renuncia total y una gran disposición a ser utilizado por Dios, a través de los superiores sin resistencia ni oposición. El súbdito simple y felizmente obedece sin cuestionar, ni averiguar las razones de esas órdenes, ni pide ninguna condición al superior. Esta es la verdadera humildad y la pobreza interior que Dios quiere en los religiosos.

f. Tomás de Aquino (1225 – 1274)

En su famosa *Suma teológica*, Tomás también trata de la obediencia. Para Tomás, Dios da al hombre la libertad para poder «obrar por libre elección y deliberación propia, no coaccionado por una necesidad natural como las criaturas irracionales»¹²⁵. Por lo tanto, la obediencia también debe provenir de un acto libre que ayude al hombre a llegar a la perfección. En cuanto a la obediencia, hay que obedecer primero la voluntad divina; y después la voluntad del hombre. En cuanto a la actitud de la obediencia, «si uno obedece prontamente, no disminuye por esto el mérito, máxime ante Dios, que ve no sólo la acción externa, sino también la disposición interior»¹²⁶.

Obedecer al superior es un deber establecido por Dios, por lo tanto, es un bien y al mismo tiempo es una virtud especial, pero no es una virtud teologal, sino una virtud moral, porque su objeto no es propiamente Dios, sino el mandato explícito o implícito de cualquier

¹²³ San Ignacio también utiliza esta imagen al hablar de la obediencia en las *Constituciones*: «[...] haciendo cuenta que cada uno de los que viven en obediencia se debe dejar llevar y regir de la divina Providencia por medio del Superior, como si fuese un cuerpo muerto, que se deja llevar adondequiera y tratar como quiera [...]» [Co 547].

¹²⁴ *Espejo de perfección*, 48; cf. San Buenaventura. *Leyenda mayor*, c. 6, n. 4.

¹²⁵ *ST II-II q.104 a.1 ad.1* (Citaremos por: Tomás de Aquino. *Suma Teológica*, eds. Francisco Barbado Viejo y Santiago Ramírez. Madrid: BAC, 1955).

¹²⁶ *ST II-II q.104 a.1 ad.3*.

superior. El objeto propio de la obediencia es el mandato de otra persona. Cuanto más difícil es la orden y más rápidamente se obedece, la obediencia es mayor y muestra el respeto del súbdito a los superiores. Tomás estima la virtud de la obediencia diciendo que «la obediencia comprende todos los actos de las virtudes en cuanto están preceptuados. Luego en tanto se dice que la obediencia causa y conserva en el alma todas las virtudes, en cuanto los actos de las mismas se realizan como causa de la generación de las virtudes y como disposiciones para su conservación»¹²⁷. Sin embargo, la obediencia no es la primera entre las virtudes, porque puede haber otras virtudes que la precedan. Finalmente, Tomás dice que el hombre debe obedecer a Dios en todas las cosas porque su voluntad es absolutamente buena y trae la salvación al hombre, mientras que hay que obedecer al superior en lo determinado según la Regla de la Orden. Dice que «esta es la obediencia suficiente para la vida eterna. Pero, si quieren obedecerles en otros casos, será cuestión de mayor perfección, mientras que no sea contra Dios o contra la profesión de la Regla, porque tal obediencia sería ilícita»¹²⁸.

En cuanto a la obediencia al poder secular, Tomás sigue la doctrina de Pablo, diciendo que «la fe en Cristo es principio y causa de nuestra justificación [...]. Por consiguiente, la fe en Cristo no destruye el orden de la justicia, sino que más bien lo confirma [...] La fe en Jesucristo no exime a los fieles de la obediencia a los poderes seculares»¹²⁹. Se supone que no hay antagonismo entre la ley divina y la ley civil, porque todas derivan de la misma fuente que es Dios mismo. Por tanto, la obediencia es necesaria para construir la sociedad. En el caso de que la ley civil se oponga a la ley divina, es cierto que los creyentes deben someterse a Dios antes que a los hombres¹³⁰. Además, «los súbditos pueden desobedecer cuando el poder es ilegítimo o manda cosas injustas, exceptuados algunos casos para evitar el escándalo o algún mal mayor»¹³¹.

Tomás también trata de la desobediencia. Según Tomás, la desobediencia es un pecado mortal. La razón es que un pecado mortal se entiende como un acto contra la caridad, en particular contrario a los demás y al amor a Dios, desobedeciendo sus mandamientos. Dios ha ordenado obedecer al superior, por lo que, si no se obedece al superior, se actúa en contra del mandato de Dios y, por lo tanto, está cometiendo un pecado mortal¹³². Sin embargo, la desobediencia no es el pecado más grave. La gravedad de la desobediencia depende primero del que manda. Afirma Tomás: «aunque ese debe procurar obedecer por

¹²⁷ *ST II-II q.104 a.3 ad.3.*

¹²⁸ *ST II-II q.104 a.5 ad.3.*

¹²⁹ *ST II-II q.104 a.6 in c.*

¹³⁰ *ST II-II q.105 a.6 ad.2.*

¹³¹ *ST II-II q.105 a.6 ad.3.*

¹³² *ST II-II q.105 a.1 in c.*

igual a todo superior, es deber más grave obedecer antes al poder supremo que al inferior»¹³³. Depende también del fin pretendido por el que manda: «Es más grave la desobediencia de una orden especialmente dada y buscada por el superior»¹³⁴.

¹³³ *ST II-II q.105 a.2 in c.*

¹³⁴ *Ibid.*

CAPÍTULO 2

LA OBEDIENCIA EN LA *AUTOBIOGRAFÍA*, EN LOS *EJERCICIOS* Y EN LAS *CONSTITUCIONES*

Habiendo estudiado la obediencia en la Biblia y en la tradición monástica a lo largo de la historia de la Iglesia con las enseñanzas de autores famosos, ahora estudiaremos la obediencia según Ignacio de Loyola. El Santo Padre Pío XI, al recordar a Ignacio y Francisco Javier en el tercer centenario de su canonización, afirma en su carta apostólica que uno de los aspectos más destacados de Ignacio es su distinguido espíritu de obediencia¹³⁵. Si entendemos la obediencia como abandono total de uno mismo y entrega total a Dios para hacer su voluntad, Ignacio no tiene este espíritu hasta después de mucho tiempo siendo formado por Dios a través de experiencias espirituales y de diversos altibajos en su vida.

En un artículo, el padre Luis Mendizábal se pregunta «¿por qué los hijos de la Compañía son “hijos de obediencia” (1Pet 1,14), es decir, hombres que en la plena madurez de su espíritu se entregan de corazón, sin reserva alguna, como niños, a las prescripciones visibles de Cristo invisible?»¹³⁶. Y sigue «en ningún documento público [Ignacio] ha dado razón de este “por qué”»¹³⁷, y luego concluye que solo podemos encontrar la respuesta «reflexionando sobre la *Autobiografía* de san Ignacio... ya que sabemos que la obediencia no fue el primer paso de la idea ignaciana, sino que apareció al final, después de 17 años de una formación espiritual que se desarrollaba a grandes pasos bajo la guía del Señor»¹³⁸.

Por eso, antes de entrar en los detalles de la doctrina ignaciana sobre la obediencia, es necesario profundizar en las experiencias espirituales que transforman a un Íñigo que quería seguir al mundo en un Ignacio que busca siempre la voluntad de Dios para cumplirla como se narra en la *Autobiografía*. En los *Ejercicios Espirituales*, aprenderemos cómo

¹³⁵ Pío XI, *Epist. Ap.* «Meditantibus nobis», 3.12.1922; cf. https://www.vatican.va/content/pius-xi/it/apost_letters/documents/hf_p-xi_apl_19221203_meditantibus-nobis.html (último acceso: 21 de octubre 2022).

¹³⁶ Luis Mendizábal. «Sentido íntimo de la obediencia ignaciana». *Manresa* 37 (1965): 53.

¹³⁷ *Ibid.*

¹³⁸ *Ibid.*

Ignacio forma al ejercitante para adquirir la obediencia a Dios. Al final, estudiaremos la doctrina de Ignacio sobre la obediencia en las *Constituciones*.

I. La experiencia de Ignacio sobre la obediencia en la *Autobiografía*

1. Un hombre de fuerte carácter

Ignacio, con el nombre de nacimiento Íñigo López de Loyola¹³⁹, no es una persona obediente de nacimiento. La historia de su vida, que él mismo contó a los compañeros, especialmente al padre Cámara, después de mucho tiempo de ponderar sus peticiones, no es una mera recopilación de hechos o datos históricos, sino más bien una reflexión del modo como Dios le había dirigido desde el principio de su conversión¹⁴⁰. Esta conversión es esencialmente una transformación radical de Ignacio en muchos aspectos, de los cuales, el más notorio, es el proceso de formación de Dios a Ignacio, transformándolo de un hombre que quería controlar su vida según sus propios planes y proyectos en una persona que deja que Dios disponga de él como instrumento eficaz para su obra salvífica.

La *Autobiografía* de Ignacio, escrita por Cámara, comienza con una frase que resume todo el pasado no tan edificante del Santo: «Hasta los 26 años de su edad, fue hombre dado a las vanidades del mundo y principalmente se deleitaba en ejercicio de armas con un grande y vano deseo de ganar honra» [*Au* 1] y luego viene la batalla desigual de Ignacio y unos pocos caballeros contra el poderoso ejército francés bien armado¹⁴¹. Hay un detalle en esta narración que nos muestra el carácter de Ignacio: era un hombre de carácter muy fuerte, nunca quería someterse a los demás, sino que prefería hacer su voluntad. La *Autobiografía* dice que «siendo todos de parecer que se rindiesen, salvadas las vidas, por ver claramente que

¹³⁹ Durante su estancia en París, Íñigo cambió su nombre a Ignacio, quizás porque pensó que estaba latinizado el nombre Íñigo, pero hay otra teoría que dice que es porque él tenía una devoción especial a San Ignacio de Antioquía y quería llevar este nombre (cf. *Epp* I, 529; Ignacio Cacho. «Ignacio de Loyola». En *DEI* II, 975). Hernán piensa que Íñigo «se adoptó Ignacio en 1531, alternó los dos hasta 1546, año en que se decantó por el último [Ignacio]. Aunque, contra lo que comúnmente se piensa, se trata de dos nombres distintos, es probable que él mismo creyera que Ignacio era la versión latina de Íñigo... En los primeros documentos oficiales que manejamos (1503, 1509, 1510), se le conoce simplemente como “Loyola”» (Enrique García Hernán. *Ignacio de Loyola*. Madrid: Taurus, 2013, 30).

¹⁴⁰ Cf. El prólogo del padre Nadal (cf. *Obras*, 23).

¹⁴¹ Existe todavía controversia entre los estudiosos con respecto a los datos de «26 años» en *Au* 1 y el año de nacimiento de Ignacio. Si en el momento de la batalla de Pamplona (1521) Ignacio tenía 26 años, significa que nació en 1495. En *Au* 30, sin embargo, se refiere a su edad actual como «sesenta y dos años», que fue alrededor de 1555, por lo que debió nacer en 1493. Hoy en día, los historiadores se inclinan por la teoría de que nació en 1491, basándose principalmente en el testimonio de su ama de leche, que crió a Íñigo en sus primeros años de infancia y en un testimonio en la venta de un caballo en el año 1505, que menciona a un hombre llamado Ynego de Loyola. De acuerdo con la ley en ese momento, una persona debe tener 14 años para ser el testigo. Entonces, si tal hombre llamado Ynego de Loyola es san Ignacio, debió nacer en 1491 (cf. *Obras*, LXV; *FD*, n.32).

no se podían defender, él dio tantas razones al alcaide, que todavía lo persuadió a defenderse» [Au 1]. Según cuenta el padre Polanco, en la batalla de Pamplona, para Ignacio rendirse era una vergüenza¹⁴².

Esta valentía y también obstinación de Ignacio probablemente fueron heredadas de su familia. Los antepasados de Ignacio a lo largo de los siglos siempre estuvieron asociados con las guerras internas y externas del país, en parte por la lealtad de esta familia a la corte, y en parte para fortalecer y aumentar su estatus social y económico. Citando de varios autores, Coupeau y García Mateo muestran que la gente vasca en general es «noble, valiente, sincera», que tiene el carácter de «concentración individual, espíritu reflexivo, la expansión lenta pero audaz, tan segura de sí como pobre de expresión colorista y cual fruto de todo ello, aquella formidable firmeza de voluntad». Afirman también: «[los vascos] son taciturnos, cuando hablan suelen ser directos, como hombres sin doblez, francos, nada dados a la retórica»¹⁴³.

Íñigo vivió en diferentes entornos educativos. Durante sus primeros siete años, el período tan importante en la formación de la personalidad de un niño, estuvo al cuidado de una nodriza que se llamaba María de Garín, la esposa del herrero. Durante este tiempo, la niñera enseñó a Íñigo a hablar vasco, y las actividades religiosas populares¹⁴⁴. Después de los siete años, Íñigo volvió al castillo de Loyola y fue educado por su cuñada, Magdalena de Araoz¹⁴⁵, la mujer de su hermano Martín García. A través de esta mujer, Íñigo aprendió a vivir el estilo de vida de la aristocracia. Cuando tenía quince años, fue enviado a la casa del contador mayor de Castilla, Juan Velásquez de Cuéllar en Arévalo¹⁴⁶ y vivió allí un mínimo de once años. En este periodo, Íñigo aprendió el comportamiento de un gentilhombre, el dominio de las armas y otras muchas cosas¹⁴⁷. No se puede negar el coraje y la valentía de Ignacio, pero se debe reconocer que era un hombre muy terco que nunca se daba por vencido hasta haber hecho lo que quería. En otras palabras, era una persona que quería que los demás hiciesen su voluntad y no al revés.

¹⁴² Cf. *FNI*, 155: «... Íñigo, avergonzándose de salir porque no pareciese huir, no quiso seguirle...».

¹⁴³ J. Carlos Coupeau y Rogelio García Mateo. «Loyola». En *DEI* II, 1146.

¹⁴⁴ Quizá de ahí se formó en el niño Íñigo la devoción a María y especialmente, a san Pedro [cf. *Au* 3].

¹⁴⁵ Esta cuñada hizo una fuerte impresión en Ignacio. Una vez, Ignacio compartió con un novicio que le recordaba a ella al mirar una imagen de la Virgen María y tenía que doblarla para que no le distrajera (*MScripta* II, 434-435).

¹⁴⁶ Arévalo fue considerada el corazón de Castilla, una ciudad frecuentada por reyes, reinas y personajes importantes. También fue un activo lugar de comercio y tuvo una posición económica y política estratégicamente importante en la España del siglo XVI (cf. Íñigo Arranz. «Arévalo». En *DEI* I, 192-195).

¹⁴⁷ Para más información de la infancia de Ignacio: Rogelio García Mateo. «La formación castellana de Ignacio de Loyola y su espiritualidad». *Manresa* 58 (1986): 375-383; *Obras*, LXV – LXVI.

Esto se ve todavía más claramente en Loyola durante las cirugías en la pierna rota por la bala. Ya fuera de peligro por su vida, Ignacio no quedó satisfecho de su pierna, pues tenía un hueso encabalgado sobre otro que la afeaba mucho. Prostrado en cama, todavía tenía el deseo de «seguir el mundo» [Au 4], por lo que a pesar de todos los consejos de su hermano y de los médicos, seguía decidido a operarse a pesar de que los dolores serían «mayores que todos los que habían pasado», como un martirio (*ibid.*). El hecho de que su hermano, después de ver los cambios de Ignacio, tratase de persuadirle para que cambiara de opinión, pero fracasase también es un ejemplo de que Ignacio no era una persona que se diese por persuadido fácilmente [cf. Au 12].

Durante su convalecencia en Loyola, como una providencia de Dios, leyó la *Vida de Cristo* del cartujo Ludolfo de Sajonia y la *Legenda aurea* del dominico Jacobo de Vorágine, en vez de las novelas de caballería que quería. Estos dos libros atrajeron a Ignacio, haciéndole pensar en cosas santas, por ejemplo, en ir en peregrinación a Jerusalén, hacer grandes disciplinas o vivir una vida ascética e incluso imitar a los santos. Intercalados con estos pensamientos surgían las afecciones de la vida anterior. Apareció una luz espiritual: poco a poco se dio cuenta del sentimiento de vacío al pensar en su estilo de vida anterior y la alegría persistente al pensar en seguir la vida de los santos [Au 8]. Incluso tuvo el deseo de entrar en un monasterio pobre para que nadie le reconociera, de hacer penitencia y expresar libremente el odio hacia sí mismo [Au 9-12]. Dentro de Ignacio se produjo un cambio: en lugar de buscar cosas mundanas (fama, gratificaciones, mujeres...), empezó a pensar en cosas espirituales (ayuno, mortificación, penitencia ...). Parecen señales positivas, pero ¿es lo que Dios quiere de él?

Al determinarse a hacer lo que hicieron los santos, Ignacio fantasea con hacerse un santo en el futuro a través de esta imitación. Ignacio es una persona tan obstinada que una vez que decide hacer algo, lo hace a toda costa. Cuando se recuperó completamente, Ignacio hizo lo que había decidido, a pesar de las objeciones de su hermano [Au 12]. Dedicó toda su energía a practicar las virtudes, imitando lo que hacían los santos, e incluso querría hacer más, para agradar a Dios [Au 14]. Durante su estancia en Manresa, trató de mantener disciplinas muy estrictas: mendigar y ayunar, castigarse, imitando a los santos ermitaños. No se cortó las uñas ni el cabello como antes, sino que los dejó crecer, iba a confesarse todos los domingos, asistía a las misas y rezaba siete horas al día [Au 19-23]. Se esforzó mucho en su determinación de cambiar de estilo de vida. Era muy auto-disciplinado y diligente en la oración, en recibir los sacramentos, abriendo su corazón a los confesores ...

2. Ser dócil a la guía de Dios

Pensaba que eran inspiraciones santas, pero Ignacio estaba equivocado. Fue la experiencia de confusión y oscuridad en el corazón la que le enseñó a Ignacio una valiosa lección. Ignacio se encontraba en tal crisis que deseaba la muerte. Ignacio trató de hacer todo lo posible para liberarse, incluso «ni comería ni bebería hasta que Dios le proveyese o que viese ya del todo cercana la muerte», pero eso tampoco lo ayudó [Au 24-25]. Ignacio tuvo que recurrir a Dios, admitiendo su debilidad: «Socórreme, Señor, que no hallo ningún remedio en los hombres, ni en ninguna criatura; que si yo pensase de poderlo hallar; que aunque sea menester ir en pos de un perrillo para que me dé el remedio, yo lo haré» [Au 23]. En lo más profundo de la oscuridad, Ignacio es ayudado por la misericordia de Dios a darse cuenta de que hasta que no se convirtiera en un verdadero «alumno» del «maestro» que es Dios¹⁴⁸, Dios no podría enseñarle el camino espiritual: tenía que renunciar a su propia voluntad y juicio y dejarse llevar por Dios. Así, aprendió Ignacio a ser obediente.

Aunque las enseñanzas de Dios para Ignacio sobre la obediencia apenas habían comenzado y necesitaría aún mucho más tiempo para alcanzar su madurez, sin embargo, como podemos ver a través de las páginas de la *Autobiografía*, Ignacio gradualmente aprendió a no absolutizar su propia voluntad y juicio. Se dio cuenta de que lo más importante era buscar la voluntad de Dios y obedecerla. De su experiencia espiritual en Manresa, Ignacio aprendió que lo que le permitía salir de sus confusiones no eran las grandes mortificaciones voluntaristas, sino la obediencia. Reconoció que obedeciendo al confesor se halló de un día al otro libre de los escrúpulos [Au 25]. A partir de aquí, cuando estaba confundido y no sabía cuál era la voluntad de Dios, se dirigía a los representantes de Dios como los confesores [cf. Au 36], los profesores [cf. Au 56, 84] o las personas espirituales [cf. Au 21]. Ignacio ya no confiaba en su propia voluntad y juicio.

La obediencia nunca es fácil, especialmente cuando el representante de Dios y de la Iglesia enseña algo que es completamente contrario al propio juicio, como muestra la experiencia de Ignacio en Tierra Santa. El deseo de ir a Jerusalén, de vivir y morir aquí, rondaba en la mente de Ignacio desde su convalecía en Loyola¹⁴⁹, pero este deseo no fue

¹⁴⁸ Ignacio dice en la *Autobiografía* que «en este tiempo le trataba Dios de la misma manera que trata un maestro de escuela a un niño, enseñándole» [Au 27]. El abad Antonio, según lo que cuenta san Atanasio, también es instruido por Dios: «Poseía también este don: sentado solo en la montaña, si tenía alguna duda sobre algo que indagaba, esto le era revelado por la Providencia en la oración. Como dice la Escritura, aquel bienaventurado era instruido por Dios...» (*Vida de Antonio*, n.66).

¹⁴⁹ El deseo de ir a Tierra Santa para servir y morir allí quedó en el corazón de Ignacio, y lo transmitió a sus amigos de París, expresado en los votos de Montmartre. Cuando se hizo imposible hacerlo, los compañeros

aprobado por el padre Provincial de Jerusalén. Esta negativa del superior religioso fue para Ignacio la «voluntad de Dios» [Au 47], iniciando una serie de problemas con la Inquisición¹⁵⁰, haciendo que Ignacio decidiera estudiar. En París, Ignacio también encontró muchos obstáculos, pero aquí, se formó el grupo de amigos que más tarde se convirtió en la Compañía de Jesús. En aquel momento, Ignacio estaba mucho más dispuesto a obedecer la voluntad de Dios a través de los acontecimientos de la vida y de las decisiones de los representantes de Dios¹⁵¹.

Se puede decir que lo que Dios le enseñó a Ignacio durante su conversión fue la lección de dejar de lado su propia voluntad y juicio para seguir la voluntad de Dios. Tanto el camino de «abnegación interior» como el de «buscar la voluntad de Dios» no son fáciles. Desde su conversión, Ignacio ha buscado constantemente la voluntad de Dios a través de muchos proyectos que le parecían todos muy buenos, pero que no eran lo que Dios quería. Ignacio recibió mucho consuelo e iluminación directamente de Dios, pero saber lo que Dios quería de él requirió un largo proceso de búsqueda, discernimiento y buscar la confirmación de Dios.

No se puede olvidar un detalle que, si bien desde el momento que recibió la gracia de la transformación en Manresa, Ignacio comenzó a vivir el espíritu de obediencia, renunciando a propia voluntad y buscando la de Dios, sin embargo, Ignacio nunca había pensado en el tipo de obediencia de una orden religiosa, hasta que él y sus amigos tuvieron que realizar un discernimiento en 1539 ante el peligro de que el grupo se desintegrara a causa de las diferentes misiones dadas por el Santo Padre. La obediencia de Ignacio a los confesores o a la autoridad eclesiástica era la propia de todos los cristianos. El apostolado que hacía era también completamente espontáneo, movido por su deseo de ayudar a las almas, no por obediencia a nadie.

Su intento de reunir un grupo de amigos¹⁵² no era con la intención de formar una orden religiosa, sino simplemente para ayudarse unos a otros en el estudio o en la vida

fueron a Roma y se pusieron a la disposición del Santo Padre. Lécivain dice que, en el grupo, sólo Ignacio, Laínez y Javier querían quedarse en Tierra Santa si fuese posible, los otros querían volver a Europa para ponerse a la disposición del Santo Padre (cf. Philippe Lécivain. «Montmartre». En *DEI* II, 1289).

¹⁵⁰ cf. Au 58-61.65.67-69.78.81.92-93 (cf. Rafael Ma Sanz de Diego. «Inquisición y San Ignacio». En *DEI* II, 1023-1027.

¹⁵¹ Nadal dice que «Ignacio seguía al Espíritu, no se le adelantaba. De ese modo era conducido con suavidad a donde no sabía. Poco a poco se le abría el camino y lo iba recorriendo. Sabiamente ignorante, puesto sencillamente su corazón en Cristo» [*FN* II, 252].

¹⁵² El primer grupo de amigos de Ignacio se formó durante su estancia en Barcelona y Alcalá, pero se disolvieron en 1528 cuando Ignacio se fue a París. Por «los primeros compañeros», se entiende el grupo que Ignacio formó durante su estancia en París [cf. José García de Castro. «Los primeros de París. Amistad, carisma y pauta». *Manresa* 78 (2006): 253-275].

espiritual y trabajar juntos en el apostolado de modo más eficaz. Entre ellos había un líder que a menudo se turnaba para dirigir el grupo, pero espiritualmente y como amigos, no como superior¹⁵³. Incluso cuando el grupo de amigos hizo sus votos en Montmartre, mencionaron el voto de castidad¹⁵⁴, pobreza e ir a Jerusalén, y no el de obediencia. Se puede decir que, durante mucho tiempo, Ignacio caminaba en el camino de la perfección sin estar ligado por la obediencia a ninguna persona¹⁵⁵. Pero quizás, ni el mismo Ignacio pensó nunca que los valores esenciales de la obediencia -entregarse a hacer la voluntad de Dios- se institucionalizaran en el voto de obediencia en el momento que Dios quiere.

3. Ser siervo de Cristo

En la experiencia espiritual de Ignacio hay un acontecimiento tan significativo e importante que no podemos dejar de mencionarlo. Fue la gracia de confirmación de Dios en la pequeña capilla de *La Storta*¹⁵⁶, relacionado para Ignacio con el deseo de ser el siervo de Cristo. En la *Autobiografía* escrita por Câmara, Ignacio no menciona mucho este evento porque no recuerda los detalles, solo que mientras oraba, sintió una transformación en su corazón y vio claramente a Dios Padre que le ponía con Cristo, su Hijo, e Ignacio nunca dudó [cf. *Au 96*]¹⁵⁷. Los demás compañeros de Ignacio siempre se refieren a este acontecimiento al hablar de las grandes gracias que Ignacio recibió de Dios y al explicar el carisma de la Orden¹⁵⁸.

Hay un gran significado histórico y espiritual en esta confirmación de *La Storta*, no solo para Ignacio sino para toda la Compañía de Jesús. En particular, en cuanto al tema que estamos investigando, el hecho de que Dios confirme el plan apostólico del grupo en Roma y acepte a Ignacio como su siervo¹⁵⁹ ciertamente influye en la doctrina de la obediencia de

¹⁵³ Cf. Cándido de Dalmases. *El Padre Maestro Ignacio*. Madrid: BAC, 1982, 214.

¹⁵⁴ Más bien el voto de celibato. Según García Madariaga, el voto de castidad es el menos citado en los documentos sobre el contenido de los votos en Montmartre [cf. José M.^a García Madariaga. «Contenido de la cláusula papal del voto de Montmartre». *Manresa* 48 (1976): 231]. En *FN* II 309, se escribe: «modo de vivir con pobreza y castidad»; en *MBro* 457: «vt sese omnes voto obstringerent paupertatis, castitatis».

¹⁵⁵ Cf. Luis Mendizábal. «Sentido íntimo de la obediencia ignaciana». *Manresa* 37 (1965): 54-56.

¹⁵⁶ *La Storta* es el nombre de una pequeña capilla situada en *Via Cassia*, a unos 15 kilómetros de Roma.

¹⁵⁷ La *Au 96* se escribe en italiano: «Et essendo un giorno, alcune miglia prima che arrivasse a Roma, in una chiesa, et facendo oratione, ha sentita tal mutatione nell'anima sua, et ha visto tanto chiaramente che Iddio Padre lo metteva con Cristo, suo figliuolo, che non gli basterebbe l'animo di dubitare di questo, senonchè Iddio Padre lo metteva col suo figliuolo». En cuanto a la diferencia del mensaje que Dios Padre gravó en el corazón de Ignacio «*Ego ero vobis Romae propitius*» o «*ego vobiscum ero*», véase en: Herbert Alphonso. «La Storta». En *DEI* II, 1091-1100). Ignacio mencionaba también esta célebre experiencia en su *Diario Espiritual* cuando hace un discernimiento sobre la pobreza de la Orden [cf. *De* 66-67].

¹⁵⁸ Además de la *Autobiografía* y el *Diario Espiritual*, hay también otras muchas fuentes que se refieren a este evento. Se cuenta dieciséis fuentes. cf. Santiago Thió de Pol. *La intimidad del Peregrino. Diario espiritual de San Ignacio de Loyola*. Bilbao - Mensajero: Santander - Sal Terrae, 2021, 110, nota 106.

¹⁵⁹ Como se puede ver en el triple coloquio de la meditación de las «Dos Banderas» en los *Ejercicios Espirituales* [cf. *Ej* 147].

Ignacio. En primer lugar, no debemos olvidar que fue en Roma donde Ignacio y sus compañeros se pusieron bajo el Santo Padre, y así nació la obediencia relacionada con la misión que se considera como «nuestro principio y principal fundamento»¹⁶⁰ en la Compañía. También en Roma tuvo lugar el discernimiento sobre la obediencia que llamamos la Deliberación 1539. La promesa de Dios de estar con su grupo y de serles propicio en Roma se refiere, por supuesto, no solo al proyecto apostólico, sino también a todas las actividades implicadas, incluida esta decisión de obediencia.

El significado más importante es la afirmación de la Santísima Trinidad respecto a la identidad de Ignacio y sus compañeros de ser servidores de Jesús. Cabe recordar que incluso antes de la visión de *La Storta*, en Vicenza, el grupo ya estaba convencido de que Cristo era el único prepósito entre ellos y por eso el grupo se hacía llamar «Compañía de Jesús»¹⁶¹. Esta intención se mantuvo sin cambios, incluso cuando el grupo decidió hacer el voto de obediencia a uno de ellos formando una orden religiosa con la aprobación del Santo Padre.

Desde esta perspectiva, veremos que la decisión de ir a Roma para ponerse a disposición del Santo Padre sigue esta línea. Además hay que tener en cuenta el hecho de que el Santo Padre, como cabeza suprema de la Iglesia, tiene una visión universal y sabe dónde hay más necesidad de misión y al mismo tiempo tiene autoridad para enviarles, porque él es el «Vicario de Cristo en la tierra»¹⁶². Asimismo, la obediencia al superior en la Orden es debida también al hecho de que es el representante de Jesús¹⁶³. El principio es que no obedecemos a una persona, sino a Jesús presente en esa persona. Así pues, la idea de que el superior es el representante de Dios, que ya ha sido confirmada por muchos santos como hemos visto más arriba, se hace más viva para Ignacio y sus amigos gracias a la visión de *La Storta*, porque Dios mismo oficialmente los acepta como siervos en su obra salvadora¹⁶⁴, es decir, acepta ser su guía. Como veremos más adelante, con respecto a la obediencia en la Compañía de Jesús, si bien Ignacio no niega que los jesuitas deben seguir el ejemplo de Jesús que obedece hasta la muerte en la cruz, enfatiza más la dimensión de la obediencia a Jesús porque Él es nuestra cabeza.

¹⁶⁰ *MCo* I, 162; *MCo* II, 214.

¹⁶¹ «Visto que no tenían cabeza alguna entre sí ni otro prepósito sino a Jesucristo, a quien sólo deseaban servir, les pareció que tomasen nombre del que tenían por cabeza, diciéndose la Compañía de Jesús» [*FN* I, 204; *FN* II, 377; *MCo* I, 104].

¹⁶² Cf. *FI* 1.

¹⁶³ Cf. *Epp* IV, 671; *Epp* III, 510; *Co* 85, 284, 342, 424, 434, 618, 619, 661, 765.

¹⁶⁴ Según lo que cuenta el padre Laínez, «un'altra volta disse che gli pareva di vedere Christo con la croce in spalla, et il Padre Eterno appresso che gli diceva: Io voglio che Tu pigli questo per servitore tuo. Et così Gesù lo pigliava, et diceva: Io voglio che tu ci serva» [*FN* II, 133].

Hay otro detalle interesante relacionado con esta visión que también tuvo una gran influencia en la doctrina ignaciana sobre la obediencia en particular y en su espiritualidad en general. Por esta gracia recibida en *La Storta*, Ignacio se convenció aún más de su vocación y la de su grupo de seguir a Cristo llevando la cruz¹⁶⁵, haciéndole imaginar que los del grupo serían «crocifissi» en Roma¹⁶⁶. Al igual que los primeros cristianos de la Iglesia, Ignacio aspiraba identificarse con Cristo en su pasión y resurrección¹⁶⁷. Para Ignacio, lo que hace que una persona verdaderamente se entregue por completo y se asemeje a un mártir que muere por Cristo es la obediencia. El padre Luis Mendizábal habla de la conexión entre la visión de *La Storta*, el martirio y la obediencia en la experiencia de Ignacio, diciendo que «aquí aparece la íntima persuasión de Ignacio y su deseo de morir por Cristo: el futuro romano lo mira en la perspectiva jerosolimitana de la crucifixión con Cristo. Todavía no comprende que en Roma se le prepara una cruz y total crucifixión: a saber, una vida de total obediencia»¹⁶⁸.

Así pues, si al inicio de la *Autobiografía*, Ignacio soportó tenazmente el terrible «martirio» de la pierna rota por seguir al mundo [cf. *Au* 2-5], a través de un largo proceso de formación de Dios con varios altibajos, al final de la *Autobiografía*, con la confirmación de Dios, Ignacio se convirtió en un hombre que anhelaba pasar por un verdadero martirio por querer seguir a Cristo como servidor. Este camino no es más que un abandono total de voluntad y juicio para entregarse completamente a Dios y seguir Su plan. Ignacio encontraba un medio eficaz de morir a sí mismo para ser identificado con Cristo: la obediencia, que llama «santa» y en palabras del padre de Nadal, «en la Compañía no hay otro compendio para la perfección que obedecer perfectamente»¹⁶⁹ y «la obediencia en la Compañía es la abreviatura que conduce a la perfección de la manera más breve y fácil»¹⁷⁰. Quizás esta es una de las razones por las que Ignacio exigió tanto a los jesuitas sobre la obediencia.

¹⁶⁵ Es la imagen de Cristo que Ignacio vio en la visión, según cuenta el padre Laínez («vedere Christo con la croce in spalla» – *FN* II, 133).

¹⁶⁶ El Padre Nadal dijo lo siguiente sobre el carisma de la Orden: «Seguimos a Jesucristo que lleva aún su cruz en la Iglesia militante, a quien nos ha dado por siervos su Padre eterno, para que le sigamos con nuestras cruces, y no queramos más del mundo que lo que él quiso y tomó, *scilicet* (es decir), pobreza, oprobios, trabajos, dolores hasta la muerte, ejercitando la misión para que Dios a él le había mandado al mundo, que era salvar y perfeccionar las ánimas, con toda obediencia y perfección en todas las virtudes. Mas es muy gustosa nuestra cruz; porque tiene ya el resplandor y gloria de la victoria de la muerte, resurrección y ascensión de Jesús [*MNad* IV, 678].

¹⁶⁷ Como se ve en el ejercicio del Reino: «quien quisiere venir conmigo, ha de trabajar conmigo, porque siguiéndome en la pena, también me siga en la gloria» [*Ej* 95].

¹⁶⁸ Luis Mendizábal. «Sentido íntimo de la obediencia ignaciana», 62.

¹⁶⁹ *Pláticas*, 92.

¹⁷⁰ *Pláticas*, 93.

II. La mistagogía de la obediencia en los *Ejercicios*

1. En el «Principio y Fundamento»

Los *Ejercicios* comienzan con una presentación de Ignacio sobre «el principio y fundamento» [*Ej* 23]. Según dice Ignacio en el principio y fundamento, el hombre es creado para «alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor, y mediante esto, salvar su ánima»¹⁷¹. Los tres verbos «alabar, hacer reverencia y servir» no son tres acciones aisladas una de la otra, sino representan un itinerario espiritual. Es que no somos dignos de «alabar» a Dios, en tanto que una actitud meramente gratuita, lo cual nos conduce a una actitud de reverencia que respeta la Alteridad de Dios, y en definitiva a servirle. Esto es lo que nos prepara para la obediencia. Mientras que los dos primeros verbos parecen tener que ver con la actitud del corazón, el último apunta a una acción específica. Dios se ha humillado para recibir el servicio del hombre, aceptándole como su servidor, y el hombre debe estar siempre dispuesto a escuchar el mandato de Dios para servirle dignamente como es debido.

El hecho de «ser creado» del hombre indica que existe por Dios y tiene una relación existencial con Él. El hombre, puesto que ha sido creado por el Creador, debe depender siempre de Él, y es incapaz de existir separado de Él. Por eso, debe acudir siempre a Él y «alabar, hacer reverencia y servir a Dios» y así alcanzar la salvación. El problema surge cuando entre las criaturas que Dios creó para ayudar al hombre a llegar al fin de su vida, hay criaturas que no ayudan, incluso ponen impedimentos, y originan en el hombre las afecciones desordenadas¹⁷². Por eso, Ignacio dice que hay que tener indiferencia, es decir, mantenerse a una cierta distancia de las criaturas para no ser afectado por ninguna de ellas, de modo que pueda desear y elegir lo que más le conduce para el fin que somos criados, que es ciertamente elegir la voluntad de Dios. De hecho, como dice Arzubialde, la indiferencia no es «una actitud dirigida exclusivamente a la elección concreta de estado, sino una «disposición fundamental que afecta a todas las dimensiones del ser humano frente a Dios, frente a sí mismo y frente a todas las cosas»¹⁷³. La indiferencia, pues, incluye la

¹⁷¹ Puede verse: Francisco José Ruiz Pérez. «Hombre». En *DEI* II, 942-947. Los estudiosos han cuestionado si hay una cristología en el Principio y Fundamento, o en otras palabras, si podemos interpretar a «Dios nuestro Señor» como una alusión a Cristo. Se ha sugerido que esto podría entenderse ya que, en algunos lugares de los *Ejercicios*, Ignacio ha usado «nuestro Señor» para referirse a Cristo, por ejemplo, en *Ej* 232 o 234 [cf. Luis Armendáriz. «Juntamente contemplando su vida...». La cristología de los *Ejercicios Espirituales*. *Manresa* 63 (1991): 126; M. Ruiz Jurado. «Dios “Padre Eterno” en la espiritualidad de san Ignacio». *Manresa* 72 (2000): 366; Victor Codina. «Jesucristo». En *DEI* II, 1074].

¹⁷² Véase: Luis M^a García Domínguez. *Las afecciones desordenadas. Influjo del subconsciente en la vida espiritual*. Bilbao – Santander - Madrid: Mensajero - Sal Terrae - UPC, 2020.

¹⁷³ Santiago Arzubialde. *Ejercicios espirituales de San Ignacio. Historia y análisis*. Bilbao - Santander: Mensajero - Sal Terrae, 2009, 120.

disponibilidad para someterse y obedecer a Dios y «evoca más bien la obediencia original reconquistada por Cristo»¹⁷⁴.

En cuanto a la obediencia, es necesario tener la indiferencia ante las propias voluntades y juicios para poder elegir lo que Dios quiere por mandato del superior, es decir, «no querer más una cosa que otra, sino cuanto el superior le mandare, aquello tener por mejor»¹⁷⁵. Así pues, ser indiferente para elegir la voluntad de Dios es la actitud básica que el hombre debe tener en relación con Dios. La falta de esta indiferencia llevará al hombre fuera del camino de la perfección como vemos en la primera semana de los *Ejercicios Espirituales*.

2. En la Primera Semana

La primera semana es «consideración y contemplación de los pecados» [Ej 4] pero el propósito profundo es ayudar al ejercitante a sentir el perdón y la misericordia de Dios¹⁷⁶. En efecto, la misericordia de Dios se demuestra profundamente en el hecho de que Él «no me ha dexado caer en ninguna destas, acabando mi vida» [Ej 71]. La malvada realidad del pecado fue descrita por Ignacio a través de algunas imágenes de la meditación del infierno: grandes fuegos, y las ánimas como en cuerpos ígneos [Ej 66], «llantos, alaridos, voces, blasfemias contra Christo nuestro Señor y contra todos sus santos» [Ej 67], «sentina (lugar llena de mal olor) y cosas pútridas» [Ej 68], «los fuegos tocan y abrasan las ánimas» [Ej 70]. Es la consecuencia de que las personas no vivan conforme al «principio y fundamento». En otras palabras, no alaban, hacen reverencia ni sirven a Dios, y por eso, no tienen salvación. No tienen la indiferencia ante las criaturas y por eso no eligen lo que los lleva al fin, sino solo lo que les gusta. En una palabra, no obedecen a Dios.

Esta idea queda demostrada en el primer ejercicio que es la meditación con las tres potencias. Al hablar del primer pecado, el de los ángeles, Ignacio dice que estos ángeles son criados «en gracia, no se queriendo ayudar con su libertad para hacer reverencia y obediencia a su Criador y Señor, viniendo en superbia, fueron convertidos de gracia en malicia y lanzados el cielo al infierno» [Ej 50]. Así que, la desobediencia significa perder el estado de gracia, ser excluido del gozo eterno y ser arrojado al infierno. Aunque Ignacio no lo especifica explícitamente, en cuanto al segundo pecado (de Adán y Eva – Ej 52) sabemos por la revelación bíblica que implica desobedecer el mandato de Dios, y el tercer pecado (el

¹⁷⁴ Pierre Emonet. «Indiferencia». En *DEI* II, 1017.

¹⁷⁵ *Epp* XII, 662.

¹⁷⁶ Como dice san Pablo: «donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia» (Rm 5,20).

pecado particular de cada uno – *Ej 53*) es un pecado «contra su Criador y Señor», que no es otra cosa que una rebelión o una desobediencia a Dios.

Después de considerar estos tres pecados y darse cuenta de haber pecado y obrado «contra la bondad infinita» y merecer de la eterna condenación, el ejercitante está llamado a contemplar al «Cristo nuestro Señor delante y puesto en cruz» [*Ej 53*] para entender por qué es amado y salvado. Al contrario de la desobediencia del hombre que le lleva a la muerte es la obediencia hasta la muerte en la cruz de Jesús lo que trae a la humanidad la vida y salvación.

A través de la presentación de los tres pecados, así como los pasos y métodos de oración para lograr lo que se espera de la primera semana, vemos la dinámica opuesta entre el pecado y la gracia. La dinámica del pecado comienza con la soberbia (el pecado de los ángeles) que nos conduce a querer determinar por uno mismo lo que es el bien y el mal (el pecado de Adán y Eva de comer del fruto de del conocimiento del árbol del bien y del mal), es decir, querer imponer nuestra propia ley, y no obedecer la ley de Dios. La consecuencia es que nuestra vida se convierte en un infierno. A la dinámica humana de «subir» se contrapone la dinámica de «bajar» de Dios, como podemos ver en el coloquio con el crucificado: «cómo de Criador es venido a hacerse hombre y de vida eterna a muerte temporal y así a morir por mis pecados» [*Ej 53*]. Por eso, el ejercitante es invitado a «mirar quién soy yo, disminuyéndome ...» [*Ej 58*] para no vivir con soberbia sino ser humilde y obediente a Dios.

3. En la Segunda Semana

A partir de la segunda semana de los *Ejercicios*, el ejercitante está llamado a reconstruir su vida según el ejemplo de Jesús, cuyos misterios contemplará a su vez. Comienza con un ejercicio llamado «el llamamiento del rey temporal ayuda a contemplar la vida del rey eternal» [*Ej 91-100*]. Se le invita al ejercitante a ponerse delante un rey a quien «hacen reverencia y obedecen todos los príncipes y todos hombres cristianos» [*Ej 92*]. Ya que es un rey a quien todos deben obedecer, la gracia que el ejercitante va a pedir es que «no sea sordo a su llamamiento, mas presto y diligente para cumplir su santísima voluntad» [*Ej 91*]. Esto es exactamente pedir la gracia de obedecer a Dios, porque como sabemos, «ser sordo al llamamiento de Dios» es desobedecer, y es el pecado mortal; mientras que, la obediencia (*hypakouein*) es «no ser sordo», es escuchar.

En la dinámica de la segunda semana, que pertenece a la vida iluminativa [cf. *Ej* 10], la obediencia exigida aquí al ejercitante ya no es un asunto personal, es decir, a nivel moral, sino que implica algo más relacionado con conformarse con Cristo en el camino de abajamiento y de construir el reino de Dios, como se expresa en las palabras del rey: «mi voluntad es de conquistar toda la tierra de infieles» [*Ej* 93], o «mi voluntad es de conquistar todo el mundo y todos los enemigos y así entrar en la gloria de mi Padre» [*Ej* 95]. Por eso, el ejercitante debe pedir siempre la gracia de no «ser sordo» o la gracia de la obediencia a la llamada de Dios en el camino restante de los *Ejercicios* e incluso en su vida cotidiana.

Después de este ejercicio que sirve de transición e introducción, Ignacio lleva al ejercitante a contemplar el camino de humillaciones del Verbo, a partir de la contemplación de la encarnación [*Ej* 101-109], y después, la contemplación del nacimiento [*Ej* 110-117]. El hilo conductor que recorre todas estas contemplaciones es el abajamiento de Dios, como se puede ver en las descripciones de Ignacio. El Verbo se encarna en el seno de «nuestra Señora humillándose y haciendo gracias a la divina Majestad» [*Ej* 108], es nacido en una «espelunca»¹⁷⁷, «en suma pobreza, y al cabo de tantos trabajos de hambre, de sed, de calor y de frío, de injurias y afrentas, para morir en cruz, y todo esto por mí» [*Ej* 116]. En particular, Ignacio invita al ejercitante a contemplar el auto-vaciamiento de Dios a través del misterio de «Jesús obediente a sus padres en Nazaret» [*Ej* 134; cf. *Ej* 271], y lo repite en el número siguiente, al hablar del preámbulo para considerar estados [*Ej* 135].

En la meditación de las «Dos Banderas» [cf. *Ej* 136-148], uno de los ejercicios más importantes en los *Ejercicios* que juega un papel esencial para entender la espiritualidad ignaciana, se encuentran las profundas intenciones de Ignacio respecto al abajamiento de Dios, así como su enseñanza sobre la obediencia¹⁷⁸. Ignacio describe en esta meditación la oposición de dos frentes: el de Cristo en uno y el de Lucifer en el otro. Cada líder tiene un campo, ambos llaman a sus subordinados y los envían a transmitir su mensaje para atraer gente a su bandera. La táctica que utilizan Lucifer y sus subordinados para atraer a los humanos comienza con la riqueza, luego con el honor y después con la soberbia y otros vicios; mientras que Cristo comienza con la pobreza, el menosprecio y luego la humildad y otras virtudes¹⁷⁹.

¹⁷⁷ Ignacio tachó la palabra «diuersorio» y escribió al margen «el lugar o espelunca del nacimiento» (cf. Arzubialde, 313).

¹⁷⁸ El padre Nadal dice que esta meditación, junto con la de Rey, son frutos de la gran gracia que recibió en Manresa en la iluminación del Cardoner [*FN* I, 307; *MNad* V, 40.220-488.789-790].

¹⁷⁹ No entramos aquí el contenido concreto de la meditación. Para más detalles, se puede leer: Maurizio Costa. «Banderas». En *DEI* I, 211.

Estos tres valores de Jesús nos recuerdan también los tres votos. El voto de pobreza es el arma contra la ambición del tener; el voto de castidad es el arma contra el deseo tan fuerte de ser querido y respetado por los demás que uno actúa en actitud posesiva con respecto a ellos (además del significado sexual que pueda tener); y finalmente, el voto de obediencia es el arma contra el orgullo o la soberbia. En efecto, la obediencia y la humildad están íntimamente relacionadas. Ambas por su naturaleza están relacionadas con el más alto grado de renuncia del que nacen otras muchas virtudes. Los tres estados del camino de Cristo son los pasos de la purificación radical del tener, del valer y del ser. Así pues, la obediencia toca el ser de la persona.

La renuncia del ser, no en el sentido de auto-destrucción sino de renuncia de lo más profundo de una persona, se demuestra otra vez y de modo más claro en el ejercicio de las «Tres maneras de humildad» [Ej 164-168], donde el nivel más alto es identificarse con Cristo, que va mucho más allá de una mera obediencia a la ley, o la indiferencia del «principio y fundamento» [Ej 23]: «quiero y elijo más pobreza con Christo pobre que riqueza, oprobrios con Christo lleno dellos que honores, y desear más de ser estimado por vano y loco por Christo que primero fue tenido por tal, que por sabio ni prudente en este mundo» [Ej 167]. El Cristo tenido por loco que aquí se menciona es el Cristo muerto en la cruz que el ejercitante contempló en la primera semana y se preguntó «qué he hecho por Cristo, qué hago por Cristo y qué debo hacer por Cristo» [Ej 53], un Cristo loco por amor al Padre y la humanidad y por obedecer hasta el extremo aceptando la muerte; un Cristo que ya no se reserva nada para sí mismo.

En esta meditación, Ignacio invita al ejercitante a pedir el don del discernimiento [cf. Ej 139] para poder imitar a Jesús en la humillación y la humildad, y al mismo tiempo pedir gracia que «sea recibido debaxo de su bandera, y primero en summa pobreza espiritual, y si su divina majestad fuere servido y me quisiere elegir y rescibir, no menos en la pobreza actual» [Ej 147]. Ignacio quiere precisamente que el ejercitante erradique las semillas del orgullo, cuya esencia es separarse de Dios, para que pueda vivir la humildad y la obediencia cuya naturaleza es ser consciente de la propia inferioridad para confiar siempre en Dios y obedecer a sus mandatos.

En otra perspectiva, vemos también la advertencia de Ignacio para aquellos que no siguen el camino de la renuncia, sino siempre buscan la riqueza. Ignacio no solo se refiere a posesiones materiales, por supuesto, sino también a otros tipos de «tener» que existen, de una forma muy sutil, como la riqueza de conocimiento o de experiencia de vida, de experiencia espiritual. Renunciar a los bienes materiales no es fácil, pero ciertamente es

mucho más fácil que renunciar a la propia voluntad y al propio juicio, por eso, es la renuncia verdaderamente valiosa y necesaria, como lo demuestra su propia experiencia. Así como Jesús obedece hasta la muerte en la cruz en la humillación de la gente y se le considera «loco», la renuncia del religioso, culminando en la renuncia a su propia voluntad y juicio en la obediencia, es también una locura a los ojos de los hombres, pero es muy agradable a Dios. Así pues, a la luz de la meditación de las «Dos Banderas», la obediencia, cuya esencia es la humildad y la renuncia radical, es altamente cristológica; o dicho de otra manera, es Cristo y su camino los que dan a la obediencia el verdadero valor.

Muchos estudiosos han sugerido que la meditación de las «Dos Banderas», junto con el ejercicio del llamamiento del Rey ofrece la inspiración para la espiritualidad de Ignacio de «buscar y encontrar a Dios en todas las cosas», es decir, una espiritualidad centrada en la misión de ayudar a las almas¹⁸⁰. Ignacio no aboga por una especie de activismo, sino que, para Ignacio, una íntima unión con Cristo en el camino de la misión es una oración en el sentido más auténtico de esta palabra. Esa unión implica una identificación con Jesús en un compromiso de servicio y obediencia, como afirmó una vez Ignacio: «no hallen (si es posible) menos devoción en cualquier obra de caridad y obediencia que en la oración o meditación»¹⁸¹. Así pues, la «caridad» y la «obediencia» no están separadas. En la obediencia de la misión (cuya esencia es la caridad), se encuentra a Dios.

4. En el proceso de hacer elección

Al final de la segunda semana hay instrucciones para hacer la elección. Ignacio tiene mucho cuidado cuando escribe el preámbulo entre el tercer y cuarto día de la segunda semana [*Ej* 135] y otras instrucciones [*Ej* 169-174] antes de guiar los pasos necesarios para realizar la elección. Estas instrucciones son absolutamente necesarias e indispensables, para que la elección alcance el resultado deseado. En esas instrucciones, Ignacio menciona muchas veces la actitud del elector. Debe tener la intención simple «solamente mirando para lo que soy criado, es a saber, para alabanza de Dios nuestro Señor y salvación de mi ánima» [*Ej* 169]. En otras palabras, lo que busca la persona que hace la elección es la voluntad de Dios, y para poder hacerlo, debe abandonar todas sus ideas preconcebidas. La indiferencia mencionada en el «principio y fundamento» se repite aquí. Por lo tanto, el requisito previo

¹⁸⁰ Ignacio quiere que los jesuitas, desde noviciado, aprendan a orar de modo de buscar a Dios en todas las cosas [cf. *Co* 288]; «se pueden ejercitar en buscar la presencia de nuestro Señor en todas las cosas...» [*Epp* III, 510].

¹⁸¹ La carta al padre Urbano Fernández, 1 de junio de 1551 [*Epp* III, 502; cf. *Obras*, 812].

para una elección correcta y sana es una actitud siempre orientada a Dios, dispuesta a aceptar Su voluntad y hacerla. Esta no es más que una actitud obediencial a Dios.

Ignacio trata de «tres tiempos para hacer sana y buena elección» y «dos modos para hacer sana y buena elección». En el primer modo, Ignacio da instrucciones sobre los pasos a seguir: ser consciente del principio y fundamento de nuestra vida [Ej 179], pedir la gracia y ayuda de Dios [Ej 180], considerar racionando los pros y contras de cada opción [Ej 181], mirar dónde se inclina más la razón, según la moción racional y no moción sensual [Ej 182], y al final, presenta la decisión delante de Dios para que Él la reciba y confirme [Ej 183]. Este último paso es de nuestro interés ya que se relaciona con el tema que estamos investigando.

¿Por qué Ignacio considera tan importante la confirmación de Dios en todas sus decisiones? Es porque, para Ignacio, nada es más importante que hacer la voluntad de Dios. Por supuesto, no se debe entender la voluntad de Dios como algo predestinado, oculto, y que el hombre debe esforzarse por descubrir, sino que es el resultado de la cooperación de Dios y el hombre para construir juntos el camino de la vida¹⁸². La confirmación de Dios, que puede tener lugar bajo diferentes formas¹⁸³, ayuda a saber si la decisión es verdaderamente sana y buena, es decir, está orientada a alabar, hacer reverencia y servir a Dios, y no está afectada por las afecciones desordenadas. Así pues, la confirmación de Dios revela si el que hace la elección ha renunciado a su propia voluntad y está siguiendo la voluntad de Dios, buscando obedecer a Dios.

Apoyando esta idea están algunos puntos que presenta Ignacio en el segundo modo. Ignacio invita al ejercitante a «mirar a un hombre que nunca he visto ni conocido, y deseando yo toda su perfección» [Ej 185]. Ponerse en el lugar de otra persona ayuda a objetivar el asunto al que se enfrenta para poder hacer una sana elección, ayudando al ejercitante a salir de su voluntad y juicio subjetivo para poder ver el asunto desde otras perspectivas. La propia

¹⁸² Ignacio habla de la cooperación entre Dios y el hombre en varios lugares en los *Ejercicios*. Por ejemplo, en las oblaciones de mayor estima y mayor momento, el ejercitante escucha la llamada del Rey que lo ha invitado a trabajar con él para conquistar todo el mundo, pero el mismo ejercitante debe elegir esta forma de vida también («queriéndome vuestra santísima majestad elegir y recibir en tal vida y estado» – Ej 98). En el preámbulo para considerar estados [Ej 135], Ignacio muestra «cómo nos debemos disponer para venir en perfección en cualquier estado o vida que Dios nuestro Señor nos diere para elegir». En el ejercicio de «Tres maneras de Humildad», el ejercitante está invitado a elegir la tercera para identificarse con Cristo, pero él debe pedir a Dios que lo elija: «pidiendo que el Señor nuestro le quiera elegir en esta tercera, mayor y mejor humildad, para más le imitar y servir» [Ej 168]. Para más detalles sobre este tema, se puede hacer referencia a: Carlos Palmés. *La obediencia religiosa ignaciana*. Barcelona: Eugenio Subirana, 1963, 16-22.

¹⁸³ La confirmación de Dios puede ser interna como: la consolación espiritual, la moción de la razón [Epp XI, 184-185], el argumento poderoso que viene a la mente [De 66], una mayor moción de la voluntad [De 8]..., o a través de los signos externos como: una situación favorable, la confirmación de la autoridad legítimamente competente... (cf. Alfredo Sampaio Costa. «Confirmación». En *DEI I*, 389-392).

voluntad y juicio pueden confinar al hombre en un espacio reducido, haciéndolo incapaz de ver cosas nuevas y como tal, le hace propenso a cometer errores¹⁸⁴. Considerar como si estuviese en el artículo de la muerte [Ej 186] o en el día del juicio [Ej 187] ayuda a despertar en el ejercitante el sentido escatológico presentado en el «principio y fundamento», eliminando así los apegos para orientarse a Dios y hacer una buena elección.

En el número 189 de los *Ejercicios*, referente a emendar y reformar la propia vida y estado, está la «regla de oro» para la vida espiritual: «porque piense cada uno que tanto se aprovechará en todas las cosas espirituales, cuanto saliere de su propio amor, querer e interese» [Ej 169]. Ignacio, por experiencia propia, se está refiriendo a un éxodo espiritual, a un salir de sí mismo: cuanto menos confía una persona en su propia voluntad y juicio, más avanza en el camino hacia la perfección. Así pues, la obediencia también es un «éxodo», un salir de sí mismo¹⁸⁵.

No se trata de heroísmo ni de temeridad, ni de promover un camino sin sentido, sino un camino de dejarse llevar por Dios para «entrar en su Creador y Señor». Este es el camino de abajamiento hacia la humildad mencionada en la meditación de las «Dos Banderas», que hace que el hombre se entregue por completo a Dios en una absoluta obediencia hacia Él. Esta «regla de oro», que funciona como un resumen de la segunda semana de los *Ejercicios*, así como del proceso de hacer la elección, es también una introducción a la siguiente fase de los *Ejercicios*, invitando al ejercitante a contemplar el ejemplo perfecto de este camino de «salir de sí»: Jesucristo en su pasión y resurrección.

5. En la Tercera y Cuarta Semana

Como hemos dicho antes, el éxodo de «salir de sí» sería vago y no tendría ningún sentido si no hay alguien que lo hubiera hecho y atestiguado su valor. Contemplar la pasión de Jesús ayuda a ver cómo salir de sí mismo, y al contemplar su resurrección se puede ver por qué es necesario hacer ese éxodo. La tercera y cuarta semana de los *Ejercicios* no son un apéndice para completar las contemplaciones de toda la vida de Jesús, sino que tienen un lugar importante que no puede pasarse por alto para alcanzar el propósito de los *Ejercicios* que es

¹⁸⁴ En la carta a los padre y hermanos de Portugal (26 de marzo de 1553 – *Epp* IV, 669-681), Ignacio cita una frase del libro de los Proverbios que dice que «no estribes en tu prudencia», y después, comenta que «y así, aun en las otras cosas humanas, comúnmente lo sienten los sabios, que es prudencia verdadera no fiarse de su propia prudencia, y en especial en las cosas propias, donde no son los hombres comúnmente buenos jueces por la pasión» [*Obras*, 853].

¹⁸⁵ En la carta al Francisco de Borja (finales de 1545), Ignacio repite esta idea [cf. *Epp* I, 339-340].

«vencer a sí mismo y ordenar su vida sin determinarse por afección alguna que desordenada sea» [Ej 21]¹⁸⁶.

A diferencia de la primera y segunda semanas donde Ignacio invita al ejercitante a contemplar solo un misterio de la vida de Jesús, en la tercera semana, el ejercitante contempla una escena. Por ejemplo, el primer día, el ejercitante contempla «desde Betania para Jerusalén a la última cena» [Ej 190-199], la segunda contemplación es «desde la cena al huerto» [Ej 200-207]... La tercera semana se vuelve así muy dinámica, como si el ejercitante estuviera con Cristo haciendo un camino hacia el momento crucial y decisivo de la obra de salvación. La persona de Jesús, que ha estado en el centro de las contemplaciones desde la segunda semana, adquiere aquí mayor relieve, especialmente en «las reglas para ordenarse en el comer para adelante» [Ej 210-217], donde el punto principal es ver «a Cristo nuestro Señor comer con sus apóstoles, cómo...» [Ej 214]. Se le invita a ver o contemplar a Jesús para poder seguirle e imitarle [cf. Ej 109].

Sin duda, la pasión de Jesús es el ejemplo más claro de obediencia. Seguir a Jesús es imitarle a obedecer hasta el extremo como Él ha obedecido a su Padre. En la meditación de las «Dos Banderas», Ignacio habla de la doctrina de Jesús como el camino de abajamiento, es decir, el camino de abandonar todo. En esta tercera semana, toda esa doctrina se encarna en la persona de Jesús. El ejercitante está llamado a contemplar a la divinidad de Jesús escondiéndose [cf. Ej 196]. La muerte en la cruz es la culminación de la entrega total a Dios. El ejercitante se da cuenta de que los sufrimientos que Jesús sufrió durante su pasión se deben a sus pecados, y como en la primera semana [cf. Ej 53], se pregunta «qué debo yo hacer y padecer por él» [Ej 197]. No se trata de los sufrimientos que el ejercitante cree deber sufrir como una compensación por lo que Jesús sufrió por él,

¹⁸⁶ Ha habido un debate entre los estudiosos sobre el fin de los *Ejercicios*: ¿Los *Ejercicios* son para ayudar a hacer una elección o para obtener la unión con Dios? Si los *Ejercicios* son para la elección, entonces ¿para qué nos sirven la tercera y cuarta semana, así como la contemplación para alcanzar el amor? Pero no se puede negar que los *Ejercicios* son una herramienta muy buena para ayudar a elegir el estado de vida, como el *Memorial* del padre Cámara dice que «los ejercicios son mejores para quien no está determinado en el estado de vida, porque entonces hay más variedad de espíritus; y también cuando alguno se viene a tentar y está atribulado, por la misma razón» [FNI, 676]. Hoy en día, todo el mundo está de acuerdo con la opinión de que los *Ejercicios* tienen ambos valores. En la tercera y cuarta semana es donde el ejercitante continúa pidiendo a Dios que confirme su elección. En otras palabras, en estas dos semanas, se ofrece la decisión hecha a Dios, contemplando al mismo tiempo los misterios de la muerte y resurrección de Jesús para saber si Dios le elige en la elección que ha hecho. Entrar en la pasión y resurrección de Jesús supone también una unión íntima con Él. Y además, se une con Dios a través de las elecciones en su vida. Para más detalles: cf. Luis Peeters. «¿Cuál es el fin principal de los Ejercicios?». *Manresa* 2 (1926): 306-321; Jesús M. Fernández. «¿Cuál es el fin de los Ejercicios de San Ignacio?». *Manresa* 20 (1948): 25-46.111-124; *Ibid.* «¿Cuál es el fin de los Ejercicios de San Ignacio?». *Manresa* 21 (1949): 225-256; Carlos Palmés. *La obediencia religiosa ignaciana*, 17, nota 21.

sino como una relación cercana y mística, una identificación con Jesús. El ejercitante ciertamente se encuentra llamado a seguir e imitar la obediencia amorosa de Jesús.

La obediencia es morir a sí mismo, y al mismo tiempo entregarse completamente a Dios. Este es el precioso sacrificio al que nada se puede comparar porque es vivir el amor en el nivel más alto. Otros sacrificios a Dios se refieren a las cosas «exteriores», lo que uno «tiene», mientras que la obediencia es ofrecerse a sí mismo, lo que uno «es», o sea, al obedecer no se retiene nada, es un camino para llegar al «no-ser», descrito por la muerte. El mundo la considera como una locura, pero es la sabiduría de Dios, del Reino de Dios, expresando la paradoja de la salvación que Jesús enseña repetidamente y de la que habla san Pablo¹⁸⁷.

La obediencia de Jesús es un acto totalmente voluntario, motivado por el amor al Padre y a la humanidad. Si en el pasado el diablo había derrotado a los primeros hombres en el jardín del Edén cuando los indujo a desobedecer a Dios, ahora con la obediencia, Jesús lo ha vencido (cf. Jn 16,33). Gracias a esa obediencia, la humanidad recibe la salvación y Jesús es exaltado sobre toda la creación en el cielo y en la tierra e incluso en el infierno (cf. Flp 2, 9-11). Por lo tanto, la obediencia es, por su misma naturaleza, fecunda y lleva a la vida, no a la destrucción de los hombres. A los ojos de Ignacio, la renuncia en la obediencia no es una negación de las capacidades del individuo, sino que es un holocausto, una ofrenda a Dios.

La obediencia no se queda en la muerte, sino que pasa por la muerte para llegar a la resurrección. Es una transformación de nuestro pobre cuerpo en cuerpo glorioso, semejante al de Resucitado. Ignacio dedica pocas palabras a la cuarta semana de los *Ejercicios*. La describe muy brevemente, solo una contemplación de la aparición de Cristo nuestro Señor a nuestra Señora [cf. *Ej* 218-225] y las 4 notas que son indicaciones para ayudar a la oración. Ciertamente, el contenido de la cuarta semana no puede separarse del de la tercera semana, porque la pasión, la muerte y la resurrección de Jesús deben ir siempre de la mano. De lo contrario, la fe cristiana sería muerta y no tendría ningún sentido, y la obediencia sería absurda.

En la primera contemplación de la cuarta semana, Ignacio invita al ejercitante a contemplar la divinidad que parecía esconderse en la pasión, ahora se muestra tan miraculosamente en la resurrección [cf. *Ej* 223]. Esto significa que el Resucitado es el que murió. No es uno el que muere y otro el que resucita. Jesús resucitado aún conserva en su

¹⁸⁷ Cf. Jn 12, 24; 1Cr 1,18.22-23.25.

cuerpo las cicatrices de las heridas causadas por los clavos y la lanza (cf. Jn 20,20). Las tinieblas de la muerte parecen tener un poder aterrador, pero no pueden vencer el amor y la obediencia. Hay una recompensa para el que obedece y, a través de él, beneficios para los demás. En efecto, el Resucitado aparece ahora no para exhibir su gloria como una forma de narcisismo, sino para ejercer el oficio de consolar [cf. *Ej* 224]. El que obedece no solo no se destruye a sí mismo, sino que está tan lleno de la consolación de Dios que se convierte en la encarnación de esa gracia para comunicarla a los demás.

Al tratar de la obediencia, Ignacio quiere que los jesuitas realmente mueran completamente a sí mismos en obediencia, como un martirio, pidiéndoles que renuncien no solo a su voluntad sino también a su juicio. No hay martirio sin dolor, lo mismo ocurre con la obediencia. Pero siguiendo el ejemplo de Jesús que acepta voluntariamente la muerte, Ignacio desea también que los jesuitas, en la obediencia del entendimiento, lleguen a «la perfección de la obediencia, que está en obedecer con amor y alegría»¹⁸⁸, expresados a través de la prontitud, presteza, simplicidad, humildad, fortaleza¹⁸⁹, y que no se obedezca, al contrario, con «descontento, pena, tardanza, flojedad, murmuraciones, excusas y otras imperfecciones y inconvenientes grandes»¹⁹⁰.

La perfecta obediencia no destruye al que obedece, sino que le permite vivir más plenamente su vida y su vocación. Recibirá muchos beneficios espirituales para sí mismo y para los demás. Tendrá un gran consuelo en el alma, como decía Nadal: «entre todas las virtudes morales una de las que más quietud y tranquilidad dan al alma es la obediencia»¹⁹¹. La quietud y tranquilidad del alma es la gracia que se da a la persona que se atreve a morir a su propia voluntad y juicio. Son señales de que uno va por el camino recto de Dios y por tanto no es perturbado por la confusión o ansiedad del enemigo. Si lo leemos a la luz de la meditación de las «Dos Banderas», ya que la obediencia está íntimamente relacionada con la humildad, es también una virtud fecunda, es decir, engendra otras virtudes. Son los frutos del Espíritu, que hace renacer a los que obedecen a la vida nueva de Dios¹⁹². La tercera y cuarta semana de los *Ejercicios* llevan al ejercitante a la unión mística con Cristo en el nivel más profundo. El ejercitante se configura con Cristo obediente hasta la muerte de cruz para

¹⁸⁸ La carta al padre Andrés Oviedo (27 de marzo de 1548); *Epp* II, 62.

¹⁸⁹ *Ibid.*

¹⁹⁰ *Ibid.*

¹⁹¹ *Pláticas*, 258.

¹⁹² En algunas cartas, Ignacio menciona la práctica de las virtudes, especialmente la obediencia, como remedio para superar la sequedad en la vida (cf. *Epp* VII, 270; *Epp* VIII, 328-329).

poder ser ensalzado en la gloria de Dios, como expresa Pablo en el himno cristológico de Filipenses (cf. Flp 2,6-11).

6. En la «Contemplación para alcanzar amor»

Después de los ejercicios de la cuarta semana, encontramos la «Contemplación para alcanzar amor». Es un ejercicio que contiene muchos puntos esenciales de la espiritualidad mística ignaciana que «condensa en una forma superior trascendente lo más vital de los *Ejercicios*»¹⁹³. Hay muchos debates entre los estudiosos sobre este ejercicio, por ejemplo, se pregunta si es una parte de la dinámica de la cuarta semana de los *Ejercicios*¹⁹⁴ o es una contemplación independiente de otros ejercicios. Algunos autores relacionan este ejercicio con Pentecostés para enfatizar la dimensión pneumática de los *Ejercicios* y al mismo tiempo referirse a la dimensión misionera, es decir, llevar al ejercitante del retiro a la vida cotidiana cambiado por la transformación del Espíritu Santo¹⁹⁵.

Ignacio pone esta contemplación después de la cuarta semana de los *Ejercicios*. Por el título y las dos notas al comienzo de la contemplación, sabemos que apunta al «amor». Dice que el amor tiene dos características principales: primero, el amor se pone más en las obras que en las palabras [*Ej* 230] y el amor consiste en comunicación de las dos partes [*Ej* 231]. Los siguientes cuatro puntos son desarrollos relacionados con el amor por los cuales, a través de esa contemplación hecha en profundidad, el ejercitante comprenderá interiormente que, con un amor verdadero, podrá amar y servir a Dios en todas las cosas [cf. *Ej* 233].

Nos llama la atención el primer punto de este ejercicio que es traer a la memoria los beneficios recibidos de Dios. Lo que se pretende no es hacer una larga lista de los dones de Dios sino sentir el amor de Dios en cada momento y en cada aspecto de tu vida. Estos dones se pueden ver a lo largo de la primera y segunda semana. Pero Ignacio no se detiene ahí sino continúa invitando al ejercitante a contemplar cómo Dios se complace no solo en darle sus bendiciones sino desea darse a sí mismo, algo que el ejercitante experimentó durante la tercera y cuarta semana de los *Ejercicios*. Y el ejercitante se mueve a entregarse a Dios por sentir que Dios mismo se ha entregado primero gratuitamente a él [cf. *Ej* 234].

¹⁹³ Ignacio Iparraguirre. *Líneas directivas de los ejercicios ignacianos*. Bilbao: Mensajero, 1949, 59.

¹⁹⁴ George Ganss, siguiendo la idea de Nadal, Polanco, Gil González Dávila y el *Directorio* de 1559, dice que esta contemplación pertenece a la vía unitiva y forma parte de la Cuarta Semana. Cf. George Ganss. *The Spiritual Exercises of Saint Ignatius. A translation and Commentary*. Saint Louis: IJS, 1992, 183.

¹⁹⁵ Cf. José María Lera. «La contemplación para alcanzar amor, el pentecostés ignaciano». *Manresa* 63 (1991): 163-190.

Dios, que es el Amor, ha expresado el amor a través de las obras y de la comunicación completa de Sí mismo al hombre. Ahora el ejercitante, sintiéndolo, también desea hacer lo mismo por Dios, ofreciéndole no cosas exteriores, sino a sí mismo, y anhela pedir a Dios: «Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad, todo mi haber y mi poseer; Vos me lo distes; a Vos, Señor, lo torno; todo es vuestro, disponed a toda vuestra voluntad; dadme vuestro amor y gracia, que ésta me basta» [Ej 234]. Es la culminación de la vida espiritual y el objetivo de la mistagogía de los *Ejercicios*, cuando el ejercitante llega a darlo todo a Dios, sin que le quede nada. Esta entrega no está inspirada en el heroísmo, sino que está motivada por una experiencia personal del amor profundo y misterioso de Dios por él, que todo viene «de arriba» [Ej 237]. Quiere estar en perfecta comunión con Dios, que siempre ha deseado entregarse a él. Lo único que busca el ejercitante es amor y gracia, y esto no es otra cosa que el mismo Dios, para poder servirle.

Lo que llama la atención son las cosas que el ejercitante quiere entregar a Dios: libertad, memoria, entendimiento, voluntad, todo el haber y tener. Son palabras relacionadas con la obediencia. Por lo tanto, obedecer no es quitar o eliminar estas cosas, sino devolverlas al Señor. Una vez más se nos recuerda la dimensión sacrificial de la obediencia. El que obedece sacrifica todo lo que tiene y todo lo que es, que son dones de Dios para él, y se lo devuelve a Dios. Es la actitud que Ignacio considera esencial en la vida espiritual¹⁹⁶.

Para ser un sacrificio precioso y apreciado por Dios, debe ser una entrega total. El adjetivo «todo» se repite muchas veces para enfatizar la totalidad del sacrificio que el ejercitante ofrece a Dios. Asimismo, la obediencia exige toda la persona. Por eso Ignacio quiere que los jesuitas lleguen al tercer grado de obediencia -obediencia del juicio- porque llegar a este punto es morir completamente y ofrecerse completamente a Dios¹⁹⁷. Sin una entrega completa a Dios, no es digno de lo que Dios ha hecho por él y por lo tanto todavía no ha entrado en las profundidades del verdadero amor. También en la obediencia, si uno conserva su propia voluntad y juicio, ofrece a Dios solo lo que tiene y no todo su ser, por lo que su ofrenda sigue siendo defectuosa y no completamente pura. Por eso, se califica la obediencia a partir del amor: es una ofrenda de amor.

¹⁹⁶ En una carta, Polanco escribe, por comisión de Ignacio, que Ignacio tiene mucha devoción a la obediencia, porque «dándose esta en el hombre a Dios, y no a hombre por sí, se tiene por obligado de tornar por lo que a su gloria y honra siente en el Señor nuestro convenir» [Epp II, 64].

¹⁹⁷ En la carta a Enrique de la Cueva (28 de noviembre de 1555), Ignacio dice que una persona que todavía tiene su propia voluntad y sigue su propio juicio es como querer tornar «a tomar en esto la principal parte de lo que habían ya entregado a Dios N.S. por manos de sus superiores» [Epp X, 224].

Además, hay otro detalle que también merece la pena destacar. En la petición al inicio de la contemplación, el ejercitante pide la gracia de «en todo amar y servir a su divina majestad» [Ej 233], aquí pide «amor y gracia» [Ej 234]. Así pues, la gracia basada en el amor es para servir a su divina majestad. La entrega total a Dios, es decir, su obediencia absoluta, no se dirige solo a la perfección personal, sino a servir a Dios, a laborar y trabajar con Dios [cf. Ej 236], o dicho de otra manera, a la misión. Si los *Ejercicios* terminan con la «Contemplación para alcanzar amor», podemos ver que la meta que Ignacio pretende y aspira que alcance el ejercitante no es más que la entrega total, devolviendo a Dios todo lo que de Él ha recibido. Esta es precisamente la esencia de la obediencia.

III. Las enseñanzas sobre la obediencia en las *Constituciones*

Todas esas experiencias espirituales deben ser comprendidas en un contexto específico, de lo contrario, se vuelven solo teorías abstractas y no se encarnan en la realidad. La obediencia en la *Autobiografía* y los *Ejercicios* toma forma en las *Constituciones*, que es también una valiosa fuente para estudiar la espiritualidad ignaciana. Aquí, Ignacio da instrucciones sobre la obediencia, dirigidas a los jesuitas en contextos concretos de la vida cotidiana. Si en la *Autobiografía* y los *Ejercicios Espirituales* vemos el «espíritu» de la obediencia, en las *Constituciones* vemos su «forma corporal» concreta. En otras palabras, es a través de las *Constituciones* que aprendemos a vivir la obediencia. Pero antes de entrar en el contenido principal de la obediencia, nos parece necesario ofrecer algunos antecedentes históricos que llevaron a la fundación de la Orden porque a nuestro juicio también tienen un significado importante para el nacimiento de la doctrina ignaciana sobre la obediencia, así como para una correcta comprensión de esta doctrina.

1. Observaciones Preliminares

El 16 de agosto de 1534, Ignacio y sus amigos de París¹⁹⁸, en una Misa celebrada por Fabro -el único sacerdote del grupo- hicieron el voto de pobreza, de celibato (orientado al sacerdocio) y de ir a Jerusalén y, en caso de que no fuera posible ir a Jerusalén, irían a Roma poniéndose bajo la disposición del Santo Padre¹⁹⁹.

¹⁹⁸ Son Pedro Fabro, Francisco Javier, Laínez, Simón Rodríguez, Bobadilla, Salmerón (Más información: Philippe Lécrivain. *París. En tiempos de Ignacio de Loyola (1528-1535)*, Bilbao-Santander-Madrid: Mensajero-Sal Terrae-UPC, 2018, 154-157).

¹⁹⁹ Cuenta Rodríguez: «si el viaje a Jerusalén se revelaba imposible, a pesar de toda diligencia, en el año que seguiría a la llegada a Venecia, se postrarían a los pies del Santo Padre, le informarían de sus pensamientos, le declararían que habían consagrado su vida a la salvación de los hombres...» [MBr 23-25].

Sucedió que después de esperar un año el barco, a causa de la guerra no pudieron ir a Jerusalén así que fueron a Roma según esta cláusula papal. Habiéndose puesto a disposición del Santo Padre, pensaron que los enviaría a todos juntos a realizar la misión en un cierto lugar, pero no fue así²⁰⁰. Ante la posibilidad de que cada uno de ellos podría ser enviado a diferentes partes del mundo con la misión asignada por el Santo Padre, Ignacio y los primeros compañeros se preocuparon por la amistad que les unía. No queriendo que esta amistad tuviese fin, decidieron hacer un discernimiento para ver si debían hacer el voto de obediencia a alguno del grupo para formar una orden religiosa. Ya habían hecho los votos de pobreza y de castidad, ahora su principal preocupación es la obediencia²⁰¹. Por eso, por así decirlo, la obediencia a uno del grupo está íntimamente ligada al nacimiento de la Compañía de Jesús como si en su mente, las dos cosas pareciesen ser uno.

La deliberación duró de marzo a junio, siguiendo los pasos de los *Ejercicios* con los que todos ellos estaban familiarizados. También hubo momentos de dificultades, pero todos estaban dispuestos a encontrar la voluntad de Dios para el grupo. Después de muchas horas de oración privada, de exponer unos a otros sus movimientos interiores, de considerar cuidadosamente los pros y los contras, todos llegaron al consenso de que se someterían a una persona en el grupo familiar y así formar una orden religiosa, si fuese aprobada por la Santa Sede²⁰²:

«Pasados, pues, muchos días en que por una y por otra parte ventilamos largamente la resolución de la duda, pesando y examinando las razones de mayor momento y eficacia; vacando a los ejercicios acostumbrados de la oración, meditación y consideración: favorecidos, finalmente, del auxilio divino, concluimos (no por pluralidad de votos, sino por total concordia de dictámenes) sernos más expediente y necesario dar la obediencia a alguno

²⁰⁰ Antes del nacimiento de la Compañía de Jesús, los primeros compañeros ya recibieron varias misiones del Santo Padre: Fabro y Láinez fueron enviados al norte de Italia, Bobadilla al Reino de Nápoles, Pascasio Broët y otro compañero de su elección al Siena [*MBr* 201-203]...

²⁰¹ «Es a saber, si después que todos habíamos hecho voto de castidad perpetua y voto de pobreza en manos del reverendísimo legado de Su Santidad, cuando estábamos en Venecia, sería expediente hacer otro tercer voto, a saber, el de obediencia a alguno de nosotros, para que con mayor sinceridad, alabanza y mérito pudiésemos en todo y por todo hacer la voluntad de Dios N.S...» (cf. *Deliberatio primorum padrum*, n. 4; *MCo* I, 4; cf. Grupo de Espiritualidad Ignaciana, eds. *Escritos Esenciales de los primeros Jesuitas. De Ignacio a Ribadeneria*, 2ª ed. Bilbao-Santander-Madrid: Mensajero-Sal Terrae-PUC, 2017, 46-47.

²⁰² A través de las firmas reservadas, sabemos que los que participaron en la deliberación fueron Juan Conduri, Diego Láinez, Alfonso Salmerón, Nicolás Bobadilla, Pascasio Broët, Pedro Fabro, Francisco Javier, Ignacio Loyola, Simón Rodríguez y Claudio Jayo. Además, también había un tal llamado Cáceres pero parece que abandonó el grupo según lo que cuenta Polanco: «él dejó el propósito de la perfección y el mundo no lo trató suavemente» [*MCo* I, XLI-XLII]. Además, estaban en Roma en ese momento Francisco de Rojas, Antonio Araoz, Bartolomé Ferrao y Estrada, pero no vemos sus firmas, probablemente no participaron en este discernimiento [cf. Luis Gonzales. «La deliberación de los primeros compañeros». *Manresa* 61 (1989): 236].

de nosotros para mejor y más exactamente poder ejecutar nuestros primeros deseos de cumplir en todo la voluntad divina, para más seguramente conservar la Compañía y, en fin, para poder dar decente providencia a los negocios particulares ocurrentes, así espirituales como temporales»²⁰³.

En estas líneas encontramos tres razones por las que los compañeros decidieron hacer el voto de obediencia a uno del grupo: (1) para mejor y más exactamente poder ejecutar nuestros primeros deseos de cumplir en todo la voluntad divina, (2) para más seguramente conservar la Compañía, y (3) para poder dar decente providencia a los negocios particulares ocurrentes, así espirituales como temporales.

Al tomar esta decisión, el grupo debe redactar un documento describiendo los elementos esenciales de la orden religiosa que desean establecer y presentarlo al Santo Padre para su aprobación. Así nació el *Cinco Capítulo* (o *Suma del Instituto*) (1539), presentado al Papa Paulo III por el cardenal Contarini. El Santo Padre se mostró muy complacido y aprobó el documento *vivae vocis oráculo* con las palabras *Digitus Dei est hic* («El dedo de Dios está aquí») ²⁰⁴. Sin embargo, no fue hasta un año después, el 27 de septiembre de 1540, que aprobó oficialmente por escrito la Fórmula del Instituto de la Compañía de Jesús (la versión 1540) en la Bula *Regimini Militantis Ecclesiae*²⁰⁵. Y así nació la Compañía de Jesús.

Lo siguiente que deben hacer es elegir a una persona entre ellos para ser el superior, al que todos obedezcan como habían decidido anteriormente. En aquel momento, hay algunos compañeros que ya estaban en misiones lejanas y no podían estar presentes en esta elección. Una vez más, sin embargo, acordaron que nadie más que Ignacio era digno de este papel. Ignacio rechazó el cargo y quiso rehacer la elección, pero el resultado se mantuvo sin cambios. Finalmente, después de tres días de oración y consulta con su confesor, el franciscano Teodosio Lodi, Ignacio aceptó²⁰⁶.

Ignacio, con su delicada salud, tuvo que asumir muchas tareas al mismo tiempo, cuyo objetivo principal era ayudar a los miembros de la Orden a cumplir los tres objetivos que se habían propuesto para vivir en la Compañía. Una de las primeras y más importantes

²⁰³ *Deliberatio primorum padrum* 1539, n.8 [cf. *MCo* I, 7].

²⁰⁴ *FN* IV, 308. Según Nadal, Paulo III dice: «El espíritu de Dios está aquí» [*FN* I, 312], nota 33. Cf. Sebastià, Miguel Lop, ed., *Relatos Ignacianos. Hablan los testigos*, Bilbao: Mensajero, 2017, 105.

²⁰⁵ Diez años más tarde, el 21 de julio de 1550, Julio III aprobó la *Fórmula* de la Compañía en la Bula *Exposcit debitum*. Hubo algunas modificaciones y adiciones del *Quinque Capitula* a la *Fórmula* 1540 y la *Fórmula* 1550, por cambios de circunstancias. Para más informaciones, se puede hacer referencia a: Jesús Corella. «¿Qué es la Fórmula del Instituto y cómo se hizo?». En *Constituciones de la Compañía de Jesús. Introducción y notas para su lectura*. Bilbao-Santander: Mensajero-Sal Terrae, 1993, 13-23.

²⁰⁶ C. de Dalmasas y J. Escalera. «Generales de la SJ. Ignacio de Loyola». En *DHSJ*, 1599.

tareas que Ignacio debía llevar a cabo como superior general era redactar las *Constituciones*, en base a la *Fórmula* elaborada por el grupo y aprobada por el Santo Padre. De hecho, desde el pequeño grupo unido por un vínculo espiritual, hasta la decisión de obedecer a uno de los grupos con la aprobación de la Santa Sede, este vínculo se ha institucionalizado. Además, a medida que aumentaba el número de miembros de la Orden y surgían más necesidades, se hacía más urgente la necesidad de una Regla que ayudara a orientar el modo de vida de la Orden²⁰⁷.

Ignacio dedicó mucho tiempo y esfuerzo para hacerlo. El trabajo fue muy lento, hasta que Ignacio nombró a Polanco²⁰⁸ su secretario. Ignacio también consultó a muchos otros jesuitas cuando fue posible para mejorar las *Constituciones*. La redacción de las *Constituciones* se completó básicamente cuando Ignacio murió en 1556, y la primera Congregación General de la Orden (1558) las aprobó oficialmente²⁰⁹. Durante aquel tiempo, el padre Jerónimo Nadal ayudó a Ignacio a difundir el espíritu de la Orden a través de las pláticas dadas en lugares donde había comunidades de jesuitas.

Nos preguntamos, ¿qué tiene que hacer Ignacio -como superior- para ayudar a conseguir lo que los compañeros habían propuesto? ¿Qué dicen las *Constituciones* sobre la obediencia para que los jesuitas puedan vivir de acuerdo con su identidad y carisma?

2. La obediencia, la voluntad de Dios y la misión

a. La «misión» en la Compañía de Jesús

Vemos en su *Diario Espiritual* que después de dedicar un tiempo a discernir la pobreza de la Compañía debido a los cambios en los deseos y estilos de vida de los primeros compañeros, Ignacio trató inmediatamente de la misión, que luego se convertiría en uno de los puntos principales de la Parte VII de las *Constituciones*: «Aquí comencé a prepararme y

²⁰⁷ Escribe Ignacio: «más que ninguna exterior constitución, la interior ley de la caridad y amor que el Espíritu Santo escribe e imprime en los corazones ha de ayudar para ello; todavía porque la suave disposición de la divina providencia pide cooperación de sus criaturas, y porque así lo ordenó el Vicario de Cristo nuestro Señor nuestro, tenemos por necesario se escriban Constituciones que ayuden para mejor proceder conforme a nuestro Instituto en la vía comenzada del divino servicio» [Co 134].

²⁰⁸ Juan Alonso de Polanco (1517-1576) se desempeñó como secretario de Ignacio desde 1547. Con la ayuda de Polanco, el gobierno de la Orden de Ignacio fue mucho más fácil. La contribución de Polanco a la redacción de las *Constituciones* y otros documentos fue tan grande que según los estudiosos es muy difícil distinguir qué parte fue escrita por Ignacio y cuál fue escrita por Polanco [Más informaciones: José García de Castro. *Polanco. El humanismo de los jesuitas (1517-1576)*. Bilbao - Santander - Madrid: Mensajero - Sal Terrae - UPC, 2012].

²⁰⁹ Sobre la composición de las *Constituciones*: Antonio de Aldama. «La composición de las Constituciones de la Compañía de Jesús». En *AHSI*, vol. 42. Roma, 1973, 201-245.

a mirar en primer lugar las Constituciones sobre las misiones»²¹⁰. Todos los demás temas tratados en las *Constituciones* giran en torno y están al servicio de la misión: la admisión, la formación, el comportamiento, el modo de gobierno... Se puede decir que la misión es lo que constituye el núcleo de la razón de ser de la Orden, así como de la identidad de un jesuita.

Por «misión», o «*missio*» en latín, Ignacio entiende un «envío»²¹¹, un desplazamiento, o el envío de una persona a algún lugar para ayudar a las almas. Por ser enviados, los jesuitas normalmente viajan mucho, tanto que son llamados *preti pellegrini*²¹². El padre Nadal habla de *peregrinatio* como un tipo de *domus* de los jesuitas. Su afirmación «¡Nosotros no somos monjes!»²¹³ se considera como una ruptura de los jesuitas con la tradición religiosa de la Iglesia hasta entonces. La diferencia expresada por Nadal entre un jesuita y un monje es que el monje quiere «huir la compañía de otros seres humanos», mientras que el jesuita busca su compañía «para ayudarles»²¹⁴. De hecho, según Kempis, los monjes deben quedarse en sus celdas porque «aquellos que viajan mucho raramente logran la santidad»²¹⁵, mientras que los jesuitas son hombres que viajan por misión. La famosa frase del padre Nadal «el mundo es nuestra casa»²¹⁶ sorprendió a muchas personas acerca de esta Orden religiosa recién nacida. Además, por las necesidades de la misión, los jesuitas están exentos de algunas actividades religiosas tradicionales: no llevan hábito, no pasan largas horas de oración, no tienen coro, no ayunan ni practican graves mortificación, etc. Por eso, la gente cuestionó su identidad religiosa.

Con la misión y el envío como fundamento, como explica Nadal, Ignacio devolvió a los jesuitas el espíritu de los apóstoles, es decir, el estilo de vida de los jesuitas es como el de los apóstoles: «Los apóstoles no llevaban hábito monástico [...] No gastaban su tiempo (en el coro) cantando salmos e himnos»²¹⁷. Efectivamente, la imagen de Jesús y de los apóstoles es una gran inspiración para Ignacio y traza el modo de vida de la Orden basando en este modelo. Al comparar a los jesuitas con los Apóstoles, Ignacio subraya la gran gracia que el Señor ha concedido a la Orden a través de Ignacio en la visión de *La Storta*, que el mismo Jesús es el único superior de todos los jesuitas, y los jesuitas, como siervos de Cristo

²¹⁰ *De* 161. Cf. Santiago Thió de Pol, 185, nota 198.

²¹¹ Cf. Antonio de Aldama. *An Introductory Commentary on the Constitutions*. St. Luis: The Institute of Jesuit Sources, 1989, 249.

²¹² *MXav* I, 69.

²¹³ *MNad* 5, 413.608.

²¹⁴ Cf. John O'Malley. *Los primeros jesuitas*. Bilbao - Santander: Mensajero - Sal Terrae, 1993, 93.

²¹⁵ *La imitación de Cristo*, I, 23.

²¹⁶ *MNad* V, 54. 364-365. 469-470. 773-774.

²¹⁷ *Orat. obs.*, 379. Ver también: *MNad* V, 125-127.

llevando la cruz, no tienen otra misión que la del Cristo, y nadie más, sino Cristo, les confiere la misión. Sin embargo, Cristo no dará la misión a los jesuitas directamente sino a través de su representante, el Santo Padre. Por eso los primeros compañeros cuando no sabían adónde ir a servir²¹⁸ decidieron encomendarse al Santo Padre para que él decidiera su misión.

b. La autoridad de enviar en misión

Dado que no hay ningún documento oficial que lo mencione, no sabemos con certeza si los primeros compañeros hicieron el voto especial de obediencia ante al Santo Padre. En las *Deliberaciones* solo se menciona ponerse a disposición del Papa²¹⁹ y en la fórmula de votos de Ignacio y de los compañeros en una capilla de la Basílica de san Pablo extramuros – Roma el 22 de abril de 1541: «...Y también prometo especial obediencia al Sumo Pontífice cuanto a las misiones en las mismas bulas contenidas...»²²⁰. Sin embargo, aunque los compañeros decidieron ponerse bajo el envío directo del Santo Padre, también tenían cierta intuición de que el Santo Padre no podía ordenar la misión de cada persona. En el documento *Determinationes Societatis* vemos varias ideas sobre el papel del superior general en la Orden, a quien se hace el voto de obediencia²²¹.

En el año 1542, el Papa Paulo III, por el cardenal Guidiccioni, dio al superior general de la Compañía, la autoridad de enviar a los jesuitas a las misiones en los países cristianos²²². Y el año 1549, el Papa con la Bula *Licet debitum* (18 octubre 1549) concedió al superior general la facultad de enviar a los jesuitas a los países no cristianos²²³. Así pues, la autoridad de Cristo de enviar, que es transmitida al Santo Padre como pastor supremo de todos los cristianos y representante del Señor en la tierra, ahora también se le da al superior de la Orden. Desde entonces, dada esta autoridad de enviar, también el superior es considerado el

²¹⁸ Ignacio dice que el grupo decide ponerse a la disposición del Santo Padre: «porque como fuésemos de diversos reinos y provincias, o sabiendo en qué regiones andar o parar entre fieles o infieles, por no errar *in via domini* [...] hicimos la tal promesa y voto para que Su Santidad hiciera nuestra división o misión a mayor gloria de Dios nuestra promesa e intención de discurrir por el mundo» [*MCo* I, 160; *Co* 605].

²¹⁹ cf. *Deliberatio primorum padrum* 1539, n.3,7; *MCo* I, 3.5.

²²⁰ cf. *Obras*, 258, nota 15; *MCo* I, 8.

²²¹ Cf. *Determinationes Societatis* 1539, 1.7; cf. *MCo* I, 10.11.

²²² *MScripta* I, 550; *MCo* I, 162.

²²³ *MCo* I, 358. En el texto *a*, parte VII, c.2, se menciona la autoridad del superior general: «... el superior de la Compañía pudiese “inbiar” entre fieles cristianos y también entre infieles...» [*MCo* II, 214-215]. Laínez, Salmerón y Araoz se preocuparon diciendo que «donde se dize que el general tenga autoridad de mandar entre fieles e infieles, mírese bien si este artículo será mejor reseruarlo solamente [al papa], como hasta agora se ha usado. Esto mismo se dize en [la séptima pa]tre» [*MCo* I 395]. Cf. André de Jaer. *Formar un cuerpo para la misión. Lectura sapiencial de las Constituciones de la Compañía de Jesús*. Bilbao – Santander: Mensajero – Sal Terrae, 1998), 162; Jesús Iturrioz. «Dos líneas de obediencia en la Compañía de Jesús». *Manresa* 43 (1971): 69-72.

representante de Dios para enviar a los súbditos en misión. Los superiores locales reciben la autoridad del superior mayor y delegan la misión a los miembros bajo su autoridad [cf. *Co* 745]. Ignacio muestra que si bien los jesuitas obedecen a sus superiores, en realidad obedecen a Dios. Y la obediencia está íntimamente relacionada con la misión.

Para complementar este argumento, citamos un caso ocurrido en la Compañía relativo a un jesuita llamado Juliano Vincent que vivió en el colegio de Burdeos (Francia). Por tener problemas con su superior, se le ordenaron hacer la penitencia de ir en peregrinación a Santiago de Compostela. Aceptó hacerlo con sinceridad. Pero cuando llegó a España, cambió de opinión y decidió ir a Roma sin avisar a los superiores. El padre General lo envió al noviciado de San Andrés (Roma). Pero entresacó de la carta de obediencia²²⁴ y de las *Constituciones* doce proposiciones que en su opinión eran falsas y hasta heréticas y las denunció al Santo Oficio como falsas. También hizo muchas otras cosas contra el superior general y la Orden.

El Santo Padre Sixto V quiso que el padre General le diera una respuesta adecuada. El padre Aquaviva ordenó a Belarmino que redactase por escrito una explicación de la carta. Todo terminó resolviéndose y Vincent acabó sus días en el castillo de Sant'Angelo. En esta explicación de Belarmino hay un pasaje sobre la autoridad del superior: «El nombre de Vicario o lugarteniente de Jesucristo con relación a toda la Iglesia, no puede aplicarse más que al Soberano Pontífice. Sin embargo, por lo que se refiere a cada inferior en particular, este nombre conviene a todos los superiores, porque todos ellos mandan en lugar de Jesucristo y a todos ellos ha dicho Él: El que a vosotros oye a mí me oye»²²⁵.

Como hemos dicho antes, los jesuitas no buscan ni inventan su propia misión, sino que la reciben de Cristo. Saber cuál es la misión que Dios le ha encomendado es una parte esencial de la vocación del jesuita. Los jesuitas encuentran la voluntad de Dios a través del Papa y del superior después de un diálogo en oración y discernimiento²²⁶. La actitud de dejarse regir por Dios a través del santo Padre y del superior se muestra a través del «no procurar ni tentar mediata o inmediatamente con el Papa o sus ministros para que haya de residir o ser enviado más a una parte que en otra» [*Co* 606], «sin entremeterse para ir o

²²⁴ *Epp* IV, 669-681 (La carta a los padres y hermanos de Portugal, 26 marzo 1553). Estudiaremos esta carta en detalle en la siguiente parte.

²²⁵ cf. Manuel María Espinosa Polit. *La obediencia perfecta...*, 55-57; cf. Juan Esteban. «Un texto de San Lucas sobre la obediencia». *Manresa* 34 (1962), 32.

²²⁶ En la carta a los padres que se envían a ministerios (8 de octubre de 1552), después de dar instrucciones relativas a uno mismo y a los demás, Ignacio les escribe: «respecto a lo tercero, es decir, hacia la cabeza y cuerpo de la Compañía, primeramente, debe dejarse regir del superior, dándole aviso de toda cosa que convenga, y siendo obediente a las órdenes que le serán dadas» [*Epp* XII, 253].

quedar en lugar más que otro, dejar total y muy libremente la disposición de sí mismo al superior» [Co 618], tampoco se permite «que alguno mueva algún príncipe o comunidad o persona de respeto para que escriba al superior» [Co 628], «no se entremeter directa o indirectamente en las misiones de su persona» [Co 633]. Incluso, aquellos que tienen mala salud en algún lugar y necesitan ser trasladados a otro lugar, «no será de ninguno de los enfermos demandar la tal mutación ni mostrarse a ella inclinado, dejando este cuidado al superior» [Co 304].

Ignacio enseña que «a los particulares también es más seguro ir con obediencia de sus superiores, que si fuesen de suyo aunque pudiesen, y no enviados de quien tiene de regirlos en lugar de Cristo nuestro Señor, como intérprete de su divina voluntad» [Co 619]. La expresión «más seguro» mencionada por Ignacio se refiere al más seguro medio para la persona enviada y a la eficacia apostólica, es decir, a los beneficios para los demás y para la Orden. Esa seguridad no proviene de la sabiduría del superior, sino de Dios de quien el superior es su intérprete. Estas enseñanzas de Ignacio están claramente trazadas desde su propia experiencia y la pedagogía de los *Ejercicios* que hemos estudiado anteriormente. Es una entrega total a Dios, dejando que Dios le guíe en lugar de dominar su propia vida según sus propios planes.

c. La obediencia y la misión

La obediencia a la misión, según Ignacio, se expresa a través de la disponibilidad y prontitud en aceptar la misión encomendada. Ignacio dice que los jesuitas deben aceptar la misión del Santo Padre «sin excusación alguna» [Co 603]²²⁷, aunque sean misiones muy difíciles de realizar o se tengan que hacer en un lugar muy remoto. Ignacio también enfatiza que «el que fuere por su Santidad señalado para ir alguna parte ofrezca su persona liberalmente, sin que pida para el viático ni haga pedir cosa temporal alguna, sino que así le mande enviar Su Santidad» [Co 609].

Se expresa también en el hecho de que el enviado no cumple la misión pasivamente, sino que toma activamente iniciativas apostólicas eficaces, en la medida de lo permitido y sin ir en contra de la voluntad del Santo Padre o del superior. En efecto, Ignacio valora mucho el discernimiento apostólico y el espíritu de *magis*. Dice que «asimismo en la tierra

²²⁷ La *Fórmula Instituto* también menciona esta idea: «sin subterfugio ni excusa alguna, inmediatamente, en cuanto de nosotros dependía» [FI 2].

donde reside, ultra de lo que se le ha encargado especialmente, a lo cual debe atender con especial cuidado, y no lo dejar por otras ocasiones, aunque buenas, como está dicho, en qué otras cosas que sean a gloria de Dios nuestro Señor y bien de las ánimas pueda emplearse, no perdiendo la oportunidad que de esto Dios le enviare, en cuanto le parecerá en el mismo convenir» [Co 616]. En particular, en el capítulo 3 de la parte VII, al hablar de realizar la misión en un lugar lejano, Ignacio promueve mucho el discernimiento personal en considerar de «detenerse más y menos en un lugar o en otro, discurrir por donde, miradas unas cosas y otras, hallándose indiferente cuanto a su voluntad y hecha oración, juzgare ser más expediente a gloria de Dios nuestro Señor» [Co 633], manteniendo el espíritu de consultar siempre al superior para estar «más seguro».

Para Ignacio, la obediencia está íntimamente relacionada con la misión. Dice que «los que se envían fuera para trabajar in agro dominico de las Casas, en cuanto se pueda, sean personas ejercitadas en ella [...] Y así, quien no tuviese dada tanta experiencia de esta virtud, a lo menos debería ir en compañía de quien la tuviese dada. Porque en general ayudará el compañero más aprovechado en ella al que menos lo fuese, con el favor divino» [Co 659]. Añade que «cuando se viese por experiencia que no andan derechamente en la obediencia algunos enviados, o deben revocarse, o enviárseles compañero aprovechado en ella» [Co 660].

Si bien Ignacio no niega que el talento juega un papel importante para el buen desempeño de una determinada misión, debe necesariamente ponerse en manos de Dios, es decir, que lo use según la voluntad de Dios, no la suya, «moviéndose de sí mismo»²²⁸, según los impulsos distorsionados del amor propio. Dicho esto, Ignacio identifica la obediencia del enviado con la actitud de abandono y de volverse un verdadero instrumento en manos de Dios. El desobediente, aunque tenga muchos talentos, no obtiene mucho fruto de su apostolado. Dicho de otra manera, la obediencia determina el fruto del apostolado de la Orden, por lo que cuanto más se obedezca, más provechoso será²²⁹.

En definitiva, por lo que se acaba de decir, podemos entender por qué los primeros compañeros pensaron que obedecer a uno del grupo podría ayudar a ejecutar sus primeros deseos de cumplir en toda la voluntad divina «mejor y más exactamente». Todos quieren comprometerse en el servicio de Dios, y creen conocer con mayor precisión y facilidad la

²²⁸ *Epp* IV, 562 (la carta al padre Diego Miró – 17 diciembre 1552 – sobre el tema de despedir a quien no obedece).

²²⁹ Por ejemplo, en el caso de Antonio Soldevila (cf. La carta de 19 de abril 4 de 1556, *Epp* XI, 275-277), o de Enrique de la Cueva (cf. La carta de 28 de noviembre 11 de 1555, *Epp* X, 222-224).

voluntad de Dios para ellos en relación con la misión a través del representante de Dios. Mientras que el Santo Padre, el vicario supremo del Señor, difícilmente puede asignar una misión y dar instrucciones específicas a cada persona, el superior de la Orden, a quien eligen para hacer el voto de obediencia, les ayuda a buscar la voluntad de Dios y la cumplen. Cuanto más se obedece, más se entrega al Señor y, por eso, obtiene más frutos apostólicos.

3. La obediencia y la unión de la Compañía

a. La obediencia como medio «de gran parte»

Los primeros compañeros desearon llevar a cabo la misión dondequiera que fueran enviados en el mundo a través del Santo Padre y el superior general según la voluntad de Dios. Esto también conlleva el riesgo de que la amistad espiritual entre ellos desaparezca. La distancia en el espacio y el ajetreo relacionado con la misión probablemente harán que cada uno de ellos ya no se acuerde de sus compañeros, o incluso si lo hacen, no haya forma de mantenerse en contacto entre sí. Por eso deciden hacer voto de obediencia a uno de ellos y ven esto como una forma de «para más probablemente conservar la Compañía». Entonces, ¿cuál es la relación entre la obediencia y la unión? ¿Qué enseñanzas ofrece Ignacio para ayudar a mantener la unión?

Inspirado por san Pablo, Ignacio utiliza la imagen del cuerpo para resaltar la riqueza, diversidad y unión de la Orden (cf. 1Cor 12,12-31)²³⁰, en el que el papel del superior (la cabeza) es muy importante: cada miembro debe siempre estar unido con la cabeza, y los miembros pueden conectarse entre sí gracias a la cabeza²³¹. Ese vínculo se obtiene gracias a la obediencia. La parte VIII de las *Constituciones*, que está dedicada a los medios para mantener la unión, trata directamente este tema.

Hay muchas maneras de mantener la unión de ánimos y la obediencia es una de ellas, no solo en igual grado sino «en gran parte». Dice Ignacio «porque esta unión se hace en gran parte con el vínculo de la obediencia, manténganse siempre ésta en su vigor» [Co 659].

²³⁰ Cf. *Epp* XI,437-438.

²³¹ Dice Ignacio en la carta a los jesuitas de la comunidad de Gandía (29 julio 1547): «es así que ninguna multitud puede en un cuerpo conservarse sin estar unida, ni puede unirse sin orden, ni puede haber orden si una cabeza no hay» (*Obras*, 741). El número de jesuitas en Gandía en aquella época iba en aumento y comenzaban a formar comunidad. Sin embargo, su vida comunitaria era difícil porque no había nadie que desempeñara el papel de regir y gobernar la comunidad. En la carta, Ignacio habla primero de la importancia de la institución de un superior y de la importancia de la obediencia, y luego enseña los pasos que deben seguir los jesuitas en el proceso de elección de un superior. El padre Andrés Oviedo fue elegido rector en esta elección. Esta fue la primera y única vez que Ignacio permitió la realización del sistema de elección directa del superior por los moradores del colegio [cf. *Obras*, 738.743], porque, en adelante, según las *Constituciones*, los superiores locales son nombrados por el superior general, no por elección [cf. *Co* 740.745].

En el número 821 de las *Constituciones*, después de enumerar algunos medios para mantener la unión tales como «el vínculo de las voluntades, que es la caridad y amor de unos con otros, al cual sirve el tener noticia y nuevas unos de otros y mucha comunicación, y usar una misma doctrina y ser uniformes en todo cuanto es posible», Ignacio dice que «en primer lugar el vínculo de la obediencia». Aquí vemos la importancia de la obediencia a los ojos de Ignacio para conservar el bienestar de la Compañía.

Especialmente, en el número 671, escribe Ignacio «el vínculo principal de entrambas partes, para la unión de los miembros entre sí y con la cabeza, es el amor de Dios nuestro Señor». La obediencia al superior, por tanto, tiene como base el amor a Dios. El amor a Dios es lo que motiva una verdadera obediencia; otros medios como la comunicación o las visitas del superior [cf. *Co* 668-670]... son expresiones exteriores. Son también de gran ayuda, pero no tan determinantes como el amor de Dios. Por eso, Ignacio habla de «la unión de ánimos», es decir, del corazón, del amor, más que un tipo de unión física. Por tanto, para conservar la unión, lo primero que se debe hacer es que cada uno se esfuerce por construir una estrecha relación de amor con Dios y al mismo tiempo estrechar la obediencia al superior.

Además, Ignacio también habla de la subordinación en la obediencia [cf. *Co* 662]²³². La subordinación se refiere a la dimensión vertical de la obediencia. Cada persona tiene un solo superior inmediato al que debe obedecer. Cuando necesita algo, tiene que acudir al superior que está a cargo de él, no a cualquier superior que él quiera. También está obligado a obedecer sólo a su superior, no a todos los superiores de la Orden. La unión se mantiene cuando todo, incluida la obediencia, se pone en su orden.

b. Quitar los impedimentos de la unión

Además de usar los medios necesarios para mantener la unión por la obediencia, también es necesario eliminar lo que la daña por la desobediencia. Por eso, Ignacio no duda en decir que «quien se viese ser autor de división de los que viven juntos, entre sí o con su cabeza, se debe apartar con mucha diligencia de la tal congregación, como peste que la puede inficionar mucho, si presto no se remedia» [*Co* 664]. Al tratar de razones de despedir, Ignacio menciona la siguiente razón: «cuando no pudiese el que se aceptó a probación disponerse para vivir en obediencia y hacerse al modo de proceder de la Compañía, por no poder o no querer quebrar su propio juicio, o por otros naturales o habituales impedimentos»

²³² Cf. *Co* 206.

[Co 216]. Así pues, la obediencia es para Ignacio una de las condiciones más importantes para saber si un candidato tiene vocación a la Compañía. Si uno no la tiene, no puede ser admitido en la Orden; y si ya está admitido, debe ser despedido, por su bien y el de la Orden.

Ribadeneira cuenta en *De ratione S. Ignatii In Gubernando* la historia del padre Leonardo Kessel, una persona muy santa, que despidió ocho jesuitas de quince que había en el colegio porque se habían amotinado, y por persuasión de Gerardo, el holandés, no querían obedecer. Luego, se sintió mal y le escribió al padre Ignacio para pedir una penitencia por ello. Ignacio respondió que «no tuviese escrúpulo de lo que auía hecho, porque estaua bien hecho, sino que despidiesse los siete que quedauan, si no eran quietos y obedientes, y tales, que pudiessen seruir en la Compañía a Dios N.S.».²³³ Continúa Ribadeneria: «y el mismo Padre el año de 1555, en la pascua del Espíritu santo, despidió juntos once ó doze del collegio de Roma, y entre ellos á vn primo del duque de Biuona, que se auía casado con una hija de Juan de Vega, virrey de Sicilia, á quien la Compañía tenía muy grande obligación, y nuestro Padre no menos respeto»²³⁴.

Ignacio aprecia mucho la vocación y es también muy cuidadoso en las relaciones diplomáticas para el beneficio del apostolado de la Orden. Pero no por eso, descuida e ignora la responsabilidad encomendada por los primeros compañeros, la necesidad de preservar la unión de la Orden. No duda en despedir a los que no han progresado en la obediencia, no para consolidar su poder, sino para el bien de la Compañía y sus actividades misioneras, y evitar que el mal ejemplo de desobediencia afecte a los demás. En muchas cartas, Ignacio menciona la necesidad de despedir a los jesuitas desobedientes. Por ejemplo, en la carta al padre Diego Miró (17 diciembre 1552), Ignacio escribe «cuánto fuera mejor apartar del cuerpo de la Compañía algún miembro estragado, y asegurar los sanos, que dejar inficionar de tan grande mal otros muchos con el ejemplo y conversación dellos»²³⁵.

Ignacio enfatiza la humildad y la obediencia, que están íntimamente ligadas y son elementos indispensables y relevantes para nuestro Instituto. Una persona sin humildad y

²³³ *MScripta* I, 457- 458.

²³⁴ *MScripta* I, 458. Francisco Javier, en su camino misionero, también despidió a algunos jesuitas desobedientes. En la carta al Pablo (Cocino 4.2.1552), despidió a Manuel de Moraes y Francisco Gonsalvez porque no obedecen. En esta carta Javier también se queja de la falta de obediencia aquí [*MXav* I, 702]. Además, en la *Instrucción* para el novicio João Bravo (Malaca, 23.6.1549), escribe que «solamente no sufre la Compañía hombres soberbios, arrogantes y amigos de su juicio y honra propia, porque es gente que nunca se acompañó bien con ninguno» (Felix Zubillaga, ed. *Cartas y Escritos de San Francisco Javier*. Madrid: BAC 1979, 347).

²³⁵ *Epp* IV, 560-561. Cf. *Epp* VIII, 151-152. Ignacio dice lo mismo en la carta a los jesuitas en Gandía: ««quien no se dispusiese a obedecer y dejarse regir al modo dicho [...], dispóngase a tomar otra vía, dejando vuestra congregación y común vivir en ella, en la cual ninguno conviene ser, que no pueda o no quiera sojuzgarse a la obediencia así declarada» [*Obras*, 743].

obediencia es aquella que aún no ha asimilado el espíritu de la llamada del Rey, de las «Dos Banderas» y los «Tres grados de humildad», es decir, todavía es sordo la llamada de Dios y por lo tanto no puede llevar a cabo la misión del Señor según el carisma de la Orden. Una persona desobediente es también aquella que aún no se ha negado a sí misma, no le ha ofrecido a Dios su libertad, su memoria y su entendimiento, aún no se deja guiar por Dios a través del superior, y por lo tanto no tiene verdadero amor de Dios y puede dañar a la unión en la Compañía. Es un peligro para el bien de los miembros de la Orden, para la Orden y para toda la misión de la Orden. Por lo tanto, o la persona cambia, o debe ser despedida de la Compañía.

4. La obediencia y el crecimiento espiritual y corporal de los miembros

a. La obediencia y el desarrollo integral de los miembros

Después de hablar de la relación entre la obediencia y la misión, así como la unión de la Orden, los primeros compañeros no olvidaron la dimensión más necesaria y relacionada con la vida interna de la Orden, es decir, «dar decente providencia a los negocios particulares ocurrentes, así espirituales como temporales». Se trata del avance espiritual y corporal de cada miembro en la Orden. En efecto, aunque el fin de la Orden es ayudar a los demás, no se puede descuidar la perfección y la salvación de cada jesuita en particular [cf. *Co* 3]. Lo que nos llama la atención es que, a los ojos de los primeros compañeros, la obediencia tiene un efecto positivo tanto en la dimensión espiritual como en la física, es decir, en la persona del jesuita en su totalidad. ¿Por qué la obediencia ayuda a este crecimiento?

Comenzamos con el Examen General que es un documento de ocho capítulos colocados al inicio de las *Constituciones* y contiene instrucciones y preguntas para ayudar al examinador a comprender al candidato que quiere entrar en la Orden, así como para informar al candidato sobre la Orden para que, después de un conocimiento mutuo suficiente, se determine si el candidato es apto para la vocación a la Compañía. De hecho, no todos los que quieren vivir bajo la obediencia en la Orden son admitidos, sino que la Compañía admite solo a aquellos que la Orden considera adecuados y puede ayudarlos a crecer hacia la perfección en el carisma de la Orden. En otras palabras, la Compañía admite solo a aquellos para quienes la Compañía «es camino», ayudándoles a ir hacia a Dios [*FI* 1] y es donde ellos «pretenden obedecer, humillarse y ganar la vida eterna» [*Co* 90.102]. Por lo tanto, dice Ignacio que después de un período de prueba, si no muestran la capacidad para la obediencia, la Compañía no los admita [*Co* 98].

Como sabemos, la esencia de la obediencia es la entrega total a Dios. Esta renuncia tiene lugar en un proceso que comienza con la renuncia material externa que el joven jesuita debe practicar desde los primeros pasos en la Orden. En concreto, invita a los que quieren entrar en la Orden a dar su dinero a los pobres, y no a sus parientes [cf. *Co* 54], y si él tiene dudas sobre si usar el dinero que tiene para ayudar a los pobres o a su familia, debe dejar el asunto a juicio de las personas sabias designadas por el superior para tomar la decisión con mayor perfección [*Co* 55. 258]. Aquí vemos que Ignacio menciona una doble renuncia: por una parte, del dinero que tiene, por otra parte, de su propia voluntad y juicio para poder buscar y hacer la voluntad de Dios expresada a través de su representante en la Orden.

Es importante también entender el principio de la obediencia, es decir, «se obedece solo a Dios y por solo Dios nuestro Criador y Señor» (que Ignacio siempre repite cuando habla de la obediencia). «Dios nuestro Criador y Señor» está presente no solo en el superior sino también en cualquiera persona enviada por Dios a guiarnos. A estas personas, se debe también obedecer. Por ejemplo, Ignacio invita a los jesuitas a obedecer al cocinero, hasta el punto de que quiere que el cocinero no «ruegue» sino «mande» al jesuita. Solo entonces se abandonará verdaderamente a sí mismo [cf. *Co* 84-85.286]. La obediencia es más valiosa cuando se hace con gusto lo que se le manda, aun cuando sea difícil y según la sensualidad repugnante [*Co* 284]. El superior puede poner pruebas (según las fuerzas de cada uno) para ayudarle a crecer en la obediencia [*Co* 285]. Estas ciertamente no son para humillar al jesuita, sino para ayudarlo en su progreso espiritual. A través de la obediencia adquirirán la humildad y muchas otras virtudes y, por supuesto, se sentirán más libres de todos los impedimentos en la vida espiritual.

La obediencia está presente en todos los estados y aspectos de la vida de los jesuitas. Los escolares están llamados a estudiar, aunque no utilicen lo aprendido, pero si estudian con buena intención, por amor y por obediencia, ya agradan a Dios [*Co* 361]. Las prácticas espirituales deben seguir siempre las instrucciones del director espiritual y superior [*Co* 300. 432. 582] para evitar ser engañados por el mal espíritu disfrazado del ángel de luz. En cuanto al estado de vida en la Orden, los jesuitas también deben aceptar y obedecer la decisión de los superiores, creyendo que esta es la voluntad de Dios para ellos [*Co* 130]. Si lo aceptan con amor y obediencia, dondequiera que vivan, harán la voluntad de Dios y su vida dará mucho fruto. Incluso en la enfermedad, están llamados a obedecer al médico y al que les cuida. La obediencia al que es responsable de cuidarles durante la enfermedad es una

muestra de abnegación y de ver la enfermedad como un don de Dios²³⁶. La obediencia entonces tiene un valor tanto físico como espiritual. Incluso el superior general, que tiene la autoridad en toda la Compañía, debe tener una actitud de obediencia a los asistentes designados por la Orden para cuidarlo [cf. *Co* 768.769].

Esto implica la responsabilidad del superior de cuidar bien a sus súbditos, pues el avance espiritual debe ir acompañado de una buena condición física. Posiblemente influenciado por movimiento de la época de desprecio del cuerpo o por falta de la experiencia espiritual, Ignacio había tenido pensamientos negativos sobre el cuerpo y considerado el cuerpo en oposición a la vida espiritual. Durante su estancia en Manresa, se sometió a rigurosas prácticas ascéticas como dormir poco, ayunar, dejarse crecer el pelo y las uñas ... [cf. *Au* 23-27]. Pero más tarde se dio cuenta de su error y empezó a prestar más atención al aspecto físico²³⁷. Hay muchos números en las *Constituciones* en los que Ignacio muestra su preocupación por la salud de los jesuitas²³⁸. La preocupación de Ignacio por sus hermanos en la Orden no solo por el amor paterno a sus hijos, sino también por cumplir lo que los primeros compañeros le han encomendado desde el principio. La obediencia que cada uno debe tener al superior, por supuesto, ayuda a que el superior dé «decente providencia a los negocios particulares ocurridos, así espirituales como temporales de cada miembro»²³⁹.

b. Las enseñanzas de Ignacio sobre la obediencia

Ignacio quiere que los jesuitas se señalen en la obediencia. En cada etapa, el jesuita debe volverse más obediente, es decir, más abnegado para poder avanzar más en el camino espiritual. Cuando se le preguntó qué cualidades debe tener un jesuita admitido oficialmente en la Compañía, Polanco, por comisión de Ignacio, en la carta a Urbano Fernández (1 junio 1551) menciona la obediencia como el factor más importante²⁴⁰. Especialmente, los que son más principales en la Compañía deben dar buen ejemplo sobre la obediencia a los demás especialmente a los jóvenes [cf. *Co* 659]. Pero ¿cómo se obedece, específicamente?

²³⁶ Cf. *Co* 89.272.304.580.

²³⁷ En la carta a Sor Teresa Rejadell, Ignacio escribe: «Con el cuerpo sano podréis hacer mucho, con él enfermo no sé qué podréis» [*Epp* I, 107-109; Obras, 667].

²³⁸ Cf. *Co* 8, 292, 296, 298, 300, 303, 339, 384, 580, 826, 827...cf. *Epp* III, 534: Cuando se entera que la salud del padre Araoz se ha deteriorado a causa de los muchos apostolados que está haciendo, Ignacio le escribe y le ordena descansar.

²³⁹ *Deliberatio primorum padrum* 1539, n.8 [cf. *MCo* I, 7].

²⁴⁰ «Con los ya admitidos observo que lo que más de veras procura se guarde, y más siente que deje de guardarse (no hablo de pecados mortales, que se presupone no los haya), es la obediencia» (La carta a Urbano Fernandes, 1.6.1551; *Epp* III,501).

En el número 284 (para los novicios) y en el número 547 (para los que han terminado su formación y son formalmente admitidos en la Compañía), encontramos una doctrina de Ignacio sobre la obediencia en toda su quintaesencia y sus rasgos más distintivos.

En el número 284, Ignacio dice que «es muy expediente para aprovecharse y mucho necesario que se den todos a la entera obediencia». La entera obediencia se expresa principalmente en reconocer al superior (cualquier que sea) como la imagen de Cristo, nuestro único y supremo superior, y tener reverencia y amor interiormente a él. Sobre esta base, se ejecuta exteriormente todo lo que manda con la prontitud, la fortaleza y humildad debidas, sin excusas ni murmuraciones, e interiormente, debe esforzarse en «tener la resignación y abnegación verdadera de sus propias voluntades y juicios, conformando totalmente el querer y sentir suyo con lo que su superior quiere y siente en todas cosas, donde no se viese pecado».

En el número 547, después de una breve enseñanza sobre la castidad, Ignacio repite las ideas principales mencionadas en el número 284, y añade luego algunos detalles más para aclarar los requisitos relacionados con la obediencia²⁴¹. Una vez más, Ignacio expresa su deseo de que todos los jesuitas deben observar y señalarse en la obediencia. Para eso, se debe reconocer a Dios presente en el superior, tenerle reverencia y obedecerle no con miedo, sino con amor²⁴². Este amor le ayudará a tener el mismo sentimiento que el superior hasta el punto de poder realizar con rapidez «no solamente en las cosas de obligación, pero aun en las otras, aunque no se viese sino la señal de la voluntad del superior sin expreso mandamiento» [Co 547]²⁴³.

Ignacio menciona a aquellos a quienes los jesuitas admitidos deben obedecer: el Santo Padre, el superior general y todos los superiores de la Orden. La referencia de Ignacio a la obediencia al Sumo Pontífice puede ser una alusión a la misión²⁴⁴. En cuanto a la actitud

²⁴¹ Este número probablemente fue redactado alrededor de 1544-1546 (cf. *Determinatio antiqua* – MCo I, 216) y hubo muchos cambios hasta que salió la versión final en 1556 como tenemos ahora, especialmente en el estilo, a veces se usa «nosotros», a veces «ellos», incluso se escribe en la forma impersonal («teniendo entre los ojos...») (cf. André de Jaer. *Formar un cuerpo para la misión...*, 132).

²⁴² En una carta a Ignacio (12 enero 1549), Francisco Xavier escribe que «por me parecer que Compañía de Jesús quiere decir Compañía de amor y conformidad de ánimos, y no de rigor ni temor servil» (Felix Zubillaga, ed. *Cartas y Escritos...*, 268; MXav I, 476).

²⁴³ En *Documenta Circa Obedientiam*, se escribe sobre tres maneras de obedecer: vna quando me mandan por virtud de obediencia, y es buena: 2ª. Quanto me ordenan que hago esto ó aquello; y esta es mejor: 3ª. Quando hago esto o aquello sintiendo alguna señal del superior, aunque no me mande ni ordene, y esta es mucho más perfecta [Epp XII, 660].

²⁴⁴ Los admitidos pueden ser los profesos (los que hacen el cuarto voto) o también pueden ser los coadjutores espirituales y temporales. Está claro la obediencia de los profesos al Santo Padre en cuanto a la misión, pero ¿qué tiene que ver con los coadjutores? El padre Nadal, en una plática sobre la obediencia en España el año 1554, dice que aun cuando solos los profesos hagan el cuarto voto de obediencia, todos están a ello obligados, porque eso pretende la Compañía (cf. *Pláticas*, 95).

de la obediencia, Ignacio enfatiza la prontitud, es decir, al escuchar la voz de la obediencia que es la voz de Cristo, hay que dejar «por acabar cualquiera letra o cosa nuestra comenzada, poniendo toda la intención y fuerzas en el Señor de todos» [Co 547]²⁴⁵. Se debe obedecer «con mucha presteza y gozo espiritual y perseverancia» [*ibid.*].

Quizá lo más llamativo de la descripción de Ignacio sobre la obediencia son los tres grados de obediencia: la obediencia de ejecución (cumplir lo que es mandado), de voluntad (querer lo mismo que el superior) y de entendimiento (sentir lo mismo que el superior, pareciéndole bien lo que se manda)²⁴⁶. El que no obedece con el entendimiento, según Ignacio no obedece [cf. Co 550]. En cuanto a la obediencia de entendimiento, Ignacio explica que «persuadiéndonos ser todo justo, y negando con obediencia ciega todo nuestro parecer y juicio contrario en todas cosas que el Superior ordena, donde no se pueda determinar (como es dicho) que haya alguna especie de pecado» [Co 547].

Encontramos las detalladas explicaciones de Ignacio sobre los tres grados de obediencia en la carta redactada por Polanco (por comisión de Ignacio) el 26 de marzo de 1553²⁴⁷. Para Ignacio, el simple cumplimiento del mandamiento es solo el primer y más bajo grado de la obediencia, incluso no merece tal nombre, es decir, no es una verdadera obediencia²⁴⁸. Ignacio quiere que los jesuitas alcancen el nivel más alto, es decir, no solo hacer lo mandado, sino que deben tener la misma voluntad que el superior, es decir, cumplir el mandato como si fuera su propia voluntad²⁴⁹.

Todavía no es suficiente. Ignacio sigue dando una sugerencia para «quien pretende hacer entera y perfecta oblación de sí mismo, además de la voluntad es menester que ofrezca el entendimiento (que es otro grado y supremo de obediencia)»²⁵⁰. En caso de que la ordenada no sea claramente correcta o incorrecta, y la mente puede inclinarse a esto o aquello, el súbdito debe utilizar la voluntad para inclinar la mente hacia el lado del superior para tener el mismo juicio o entendimiento con él. Ignacio compara la obediencia con un

²⁴⁵ En la carta a las casas de Roma (24 agosto 1550), Ignacio también repite esta idea [*Epp* III, 113; cf. *Obras*, 798].

²⁴⁶ En algunos lugares, Ignacio usa la palabra «la obediencia de juicio» en vez de «la obediencia de entendimiento». Por ejemplo, en la carta al padre Oviedo (27 marzo 1548), usó estos dos términos como si no hubiera diferencia entre ellos [*Epp* II, 58-59] [Cf. Carlos Palmés. «Obediencia de juicio y obediencia ciega». *Manresa* 34 (1962), 140-141].

²⁴⁷ Como hemos dicho anteriormente, se considera esta carta como un resumen del pensamiento de Ignacio sobre la obediencia. El tono de la carta es muy duro, pero no porque Ignacio sea un hombre duro, sino porque en ese momento la comunidad estaba en una grave crisis en muchos asuntos, especialmente en la obediencia (Más informaciones: *Obras*, 848).

²⁴⁸ Cf. *Obras*, 851.

²⁴⁹ Cf. Co 550.

²⁵⁰ *Ibid.*

holocausto ofrecido a Dios que debe ser perfecto y total. La obediencia que se limita en solo a cumplir el mandamiento o incluso tener la misma voluntad que el superior sin tener el mismo juicio con él no es todavía un holocausto completo.

La obediencia de entendimiento ayuda a evitar errores, porque la sabiduría también enseña que es propio de «la prudencia verdadera no fiarse de su propia prudencia, y en especial en las cosas propias, donde no son los hombres comúnmente buenos jueces por la pasión»²⁵¹. Los seres humanos, por muy inteligentes y conocedores que sean, no pueden evitar tener juicios erróneos. Es de gran ayuda escuchar las opiniones de otras personas. Si esto es cierto para cualquiera persona, entonces «¿cuánto más el parecer de su superior, que en lugar de Dios ha tomado para regirse por él, como intérprete de la divina voluntad?»²⁵².

Además, la obediencia de juicio también ayuda mucho con la obediencia de voluntad y la de ejecución. Si uno no tiene el mismo juicio con el superior, aunque al principio quiere hacer lo mandado, poco a poco surgirán conflictos dentro su corazón, especialmente cuando se deben cumplir órdenes difíciles, le harán perder la perseverancia, el amor y alegría, la prontitud y presteza, la simplicidad, la humildad, la fortaleza..., produciendo otras reacciones negativas como la tardanza, flojedad, murmuración, excusas y otras imperfecciones e inconvenientes grandes... y así, se le quita la paz y la tranquilidad del que obedece. La obediencia de juicio ayuda a vincular estrechamente al que manda con el que obedece, conectando así también los dos con Dios.

Además de esta interpretación, en estos tres grados de obediencia podemos ver también un proceso de madurez antropológica espiritual. La obediencia de ejecución es absolutamente esencial a la obediencia, sin embargo, si se detiene solo aquí, la obediencia puede tener el riesgo de convertirse en una especie de activismo, en el sentido de que el superior es un autócrata y los súbditos unos autómatas. La obediencia de voluntad requiere que el súbdito no solo haga lo que se le ordena, sino que también tenga la misma voluntad que el superior. Hacer lo que el superior quiera hará que la ejecución de las órdenes sea más rápida y fácil. Sin embargo, también existe el peligro de voluntarismo: el súbdito busca hacer solo lo que el superior quiere y a él le gusta.

Mientras que, el tercer grado hace que el súbdito no solo alcance las alturas de la renuncia y se conforme a la voluntad de Dios, sino que también le permite llegar a ser un hombre completamente libre y maduro en la obediencia. Con la obediencia de

²⁵¹ *Obras*, 853.

²⁵² *Ibid.*

entendimiento, el súbdito «entiende lo que debe hacer». Después de un diálogo con su superior en espíritu de discernimiento, recibe una orden y se siente llamado a cumplir esa orden como si él mismo la entendiera y la eligiera, aunque todavía puede haber muchas cosas que tanto él como su superior no pueden predecir al momento de realizar el diálogo. La obediencia de entendimiento se convierte así al mismo tiempo en su propia elección, libre y madura, plenamente responsable de ella.

En resumen, lo que Ignacio pretende es «dejarse llevar y regir de la divina Providencia por medio del Superior [...] alegremente emplearse, teniendo por cierto que se conforma en aquello con la divina Voluntad, más que en otra cosa de las que él podría hacer siguiendo su propia voluntad y juicio diferente». Para ilustrar esta idea, Ignacio utiliza dos imágenes tradicionales que son «un cuerpo muerto²⁵³, que se deja llevar adondequiera y tratar como quiera», y «un bastón de hombre viejo²⁵⁴, que en dondequiera y en cualquiera cosa que de él ayudarse querrá el que le tiene en la mano, sirve»²⁵⁵. Ambas imágenes implican la disposición y la libertad interior para llevar a cabo cada mandato del superior en ayuda de todo el cuerpo de la religión.

Ignacio no ignora las dificultades de la obediencia perfecta. Ignacio escribe que, para alcanzar la plenitud de la obediencia, «nunca mirando la persona a quien se obedece, sino en ella a Cristo nuestro Señor, por quien se obedece»²⁵⁶. El principio fundamental de la obediencia según Ignacio es «reconocer en cualquier superior a Cristo nuestro Señor, y reverenciar y obedecer a su divina majestad en él con toda devoción»²⁵⁷. Ver a Dios en la

²⁵³ San Francisco de Asís fue el primero que usó esta imagen como hemos visto en el capítulo anterior (*Espejo de perfección*, 48; San Buenaventura. *Leyenda mayor*. c. 6, n. 4). El padre Alfonso Rodríguez explica que: «La señal de ser uno muerto es no ver, no responder, no sentir, no quejarse. No tengamos ojos para ver ni juzgar las cosas del superior; no tengamos replicas ni respuestas para lo que ordena la obediencia, no nos quejemos ni nos sintamos cuando nos mandan lo que no nos da gusto» (Alfonso Rodríguez. *Ejercicio...*, 338); cf. Mario Gioia. «Obediencia». En *DHSJ*, 2855.

²⁵⁴ Se trata del instrumento en manos del artista (cf. *Constitutiones monasticae*, c. 23; PG 31:1409). El padre Alfonso Rodríguez, citando las palabras de san Basilio, explica que «como el oficial que edifica o hace alguna obra usa de los instrumentos de su arte a su voluntad, y jamás hubo instrumento que no obedeciese muy fácilmente al artífice, para que se sirviese de él como él quisiese... Así el religioso no ha de tener movimiento propio (misión), sino dejarse regir y gobernar del superior: por donde le llevarén, por ahí ha de ir, a donde le pusieren, allí ha de asentar el pie, ahora sea en el lodo, ahora en lo enjuto, ahora en lo alto, ahora en lo humilde, sin resistencia ni contradicción alguna» (Alfonso Rodríguez. *Ejercicio...*, 339). (cf. Mario Gioia, 2855; Santiago Arzubialde, Jesús Corella y José María García Lomas, eds. *Constituciones de la Compañía de Jesús. Introducción y notas para su lectura*. Bilbao-Sal Terrae: Mensajero-Santander, 1993, 235).

²⁵⁵ Estas dos imágenes no se encuentran en el primer texto de las *Constituciones* (versión *a*), sino solo en la versión A (1550), la versión B (1556) y la versión D (1594).

²⁵⁶ *Obras*, 580. Cf. *Epp* I, 688; *Epp* XII, 336.338.

²⁵⁷ *Ibid.* Según Ignacio, podemos encontrar a Dios en todas las cosas [cf. *Co* 288; *Epp* III, 510], en otras personas [cf. *Co* 250], en este caso, particularmente, encontramos a Dios en la persona del superior. En *Co* 551, Ignacio escribe: «Asimismo sea a todos muy encomendado que usen grande reverencia, especialmente en lo interior, para con los superiores suyos, considerando en ellos y reverenciando a Jesucristo. Y muy de

persona del superior es también un medio para lograr una obediencia perfecta. Se trata de los ojos de la fe que nos ayudan a ver a Dios que está trabajando en el superior. Por lo tanto, la fe y la mirada espiritual tienen un papel muy importante en una obediencia perfecta. Sin ella, por un lado, sería muy difícil lograrla y, por otro lado, la obediencia ya no sería un acto dirigido a Dios sino una mera relación entre personas, y así perdería el carácter espiritual.

El segundo medio para ayudar a la obediencia perfecta es «ser prontos a buscar siempre razones para defender lo que el superior ordena, o a lo que se inclina, y no para improbarlo»²⁵⁸. Este medio proviene del amor a Dios presente en el superior, motivando al que obedece a hacer lo que se le ordena «con alegría y sin molestia alguna»²⁵⁹. El tercer medio, es «presuponiendo y creyendo [...] que todo lo que el superior ordena es ordenanza de Dios nuestro Señor, y su santísima voluntad; a ciegas, sin inquisición ninguna, proceder, con el ímpetu y prontitud de la voluntad deseosa de obedecer, a la ejecución de lo que es mandado»²⁶⁰.

c. La obediencia ciega

En la explicación de Ignacio sobre la obediencia de entendimiento, está un término que ha sido el objeto de muchos debates: la obediencia ciega ¿A qué se refiere la obediencia ciega? El mismo Ignacio lo explica en la carta al Giovanni B. Viola (1542):

«Llamo ciega de dos maneras: la 1.^a, del inferior es (donde no es cuestión de pecado) captivar su [del superior] entendimiento y hazer lo que le mandan; la 2.^a, del inferior es, dado que el superior le mande ó le aya mandado alguna cosa, sintiendo razones ó inconbenientes cerca la cosa mandada, con humildad al superior representar las razones ó inconvenientes que se le asoman, no induziéndole á una parte ni á otra, para después con ánimo quieto seguir la vía que le será mostrada ó mandada»²⁶¹.

Así pues, al contrario de lo que se atribuye erróneamente a la obediencia ciega cuando se dice que esta obediencia rechaza la razón humana y que basta hacer lo que se le manda, la obediencia ciega ignaciana no descarta presentar al superior las razones e

corazón los amen como a padres en el mismo». Este es el único lugar en las *Constituciones* donde se usa la palabra «padre» para referirse al superior. El padre Cámara cuenta que «Nuestro Padre [Ignacio] ha ordenado que a nadie llamen “padre”, a no ser a los superiores» (*Memorial*, n. 372).

²⁵⁸ *Ibid.*

²⁵⁹ *Ibid.*

²⁶⁰ *Ibid.*

²⁶¹ *Epp* I, 228.

inconvenientes que siente. Pero después de hacerlo, hay que mantenerse indiferentes («no induziéndole á una parte ni á otra») estar dispuesto a aceptar cada decisión del superior²⁶². Javier Osuna apoya esta idea, diciendo que: «La obediencia ciega es, pues, para Ignacio, la aceptación final después de un diálogo sincero, en el que ha prevalecido la indiferencia y la tranquilidad, tanto de parte del que obedece como del que manda, para buscar en sincero discernimiento la voluntad de Dios»²⁶³. André de Jaer también está de acuerdo: «No se trata del abandono del juicio y de la responsabilidad, ni de renunciar a pensar, sino de adherirse, en la fe, a lo que es pedido por el superior y entrar así en la noche purificadora del amor, fundado en la fidelidad de Dios, que siempre lleva a término su obra»²⁶⁴.

El padre Alonso Rodríguez, en su famosa obra *Ejercicio de Perfección y Virtudes Cristianas*, parte III, dice que en la Compañía de Jesús,

«hay dos géneros de obediencia, uno imperfecto y común, otro perfecto y acabado [...] La obediencia imperfecta tiene ojos y la perfecta es ciega, mas en esta ceguera consiste la sabiduría [...] la primera obedece con la obra y resiste con el corazón, y así no merece el nombre de obediencia; la segunda hace lo que le mandan, y sujeta su juicio y voluntad a la voluntad y juicio del superior, teniendo por bueno todo lo que por los superiores es ordenado, y no busca razones para obedecer, ni sigue las que se le ofrecen, antes obedece por sola esta consideración, que aquella es obediencia ciega»²⁶⁵.

Explica, además, que la razón por la que se llama obediencia ciega es «porque en todas las cosas donde no se viere pecado hemos de obedecer simple y llanamente, sin inquirir ni buscar razones de lo que nos mandan, persuadidos que lo que se manda es santo y conforme a la divina voluntad, y contentándonos con sola esta razón, que es obediencia, y me lo manda el superior»²⁶⁶ y «eso del discernir y mirar las razones por qué y para qué es propio del superior; y del buen súbdito no es sino abrazar con mucha humildad, simplicidad y confianza lo que le ordenare el superior»²⁶⁷. Para explicar esto, Rodríguez toma el ejemplo bíblico de la historia de Adán y Eva en el jardín del Edén. La serpiente pone la pregunta que hace dudar a Eva y se pone a pensar y poco a poco cuestiona el mandamiento de Dios, por

²⁶² «Esta obediencia ciega tiene una parte, de no querer más una cosa que otra, sino quanto el superior le mandare, aquello tener por mejor» [Epp 12, 662].

²⁶³ Javier Osuna. *Amigos en el Señor, Unidos para la dispersión*. Bilbao: Mensajero-Sal Terrae, 1998, 325.

²⁶⁴ André de Jaer. *Formar un cuerpo para la misión*, 136.

²⁶⁵ Alonso Rodríguez. *Ejercicio de Perfección y Virtudes Cristianas, Parte Primera: del Ejercicio de algunas virtudes, que pertenecen a todos los que tratan de servir a Dios, Quinta Edición*. Madrid: Apostolado de la Prensa S.A., 1940, 333.

²⁶⁶ Rodríguez, 334.

²⁶⁷ Rodríguez, 336.

lo que el demonio entra en su mente y la hace pecar²⁶⁸. Mientras que Abraham enseguida obedece a Dios sin cuestionar el por qué, y por eso el diablo no puede tentarlo. La obediencia de Abraham es un excelente ejemplo de obediencia ciega²⁶⁹. Así pues, la obediencia ciega apunta a la sencillez y la confianza en el superior y en la providencia de Dios en sus mandatos.

Otros autores también dan explicaciones sobre la obediencia ciega. Por ejemplo, el padre Arrupe dice que «a veces se la llama “ciega”, en cuanto que entonces ya apartamos nuestra atención de la consideración detenida de las razones “en contra”, y volvemos en cambio los ojos a las razones positivas intrínsecas al asunto; y aun, trascendiendo este orden, miramos únicamente el motivo de la fe y de la caridad»²⁷⁰. El padre Aldama dice que la obediencia perfecta debe ser ciega para escapar de los pretextos contra la obediencia suscitados por el amor egoísta dentro de nosotros²⁷¹. Según el padre Herbert Alphonso, la obediencia perfecta es ciega, pero no es oscura, sino que tiene los ojos abiertos para «ver si hay, acaso, alguna especie de pecado en lo que el superior ha mandado, y también para sopesar las razones que podrían llevarlo -hasta la “obligación”, quizás- de representar la cosa, con humildad y sencillamente, al superior para que sea considerada más y tal vez clarificada»²⁷². Insiste que «si se trata de “ceguedad”, se trata de aquella que cierra los ojos a todo “amor propio, querer e interés”» [Ej 189]²⁷³.

El padre Nadal dice que en la obediencia ciega, «no hay silogismo o razón alguna»²⁷⁴, «la obediencia es ciega y sin razón, basta, pues, saber que es la voluntad del superior para creer que es bueno y voluntad de Dios»²⁷⁵. La obediencia ciega significa no ve nada «de aquello que podría impedir; pero puede ver y considerar aquello que puede ayudar»²⁷⁶, «no podemos ni queremos ver los impedimentos»²⁷⁷. Tomando la experiencia mística de los santos, Nadal explica que la ceguedad y oscuridad son las que proceden de la ilustración. En la oscuridad, se recibe la claridad de las cosas superiores. Por eso, aunque se llama obediencia ciega, es la obediencia de la luz²⁷⁸. Dice Nadal «como suele acontecer en

²⁶⁸ Cf. Rodríguez, 335; cf. Gén 3; 2Cor 11,3.

²⁶⁹ Cf. *Ibid*; Gén 15,4. 17,4; 22,1-14; Rm 4,18.

²⁷⁰ Pedro Arrupe. *La identidad del jesuita en nuestros tiempos*. Santander: Sal Terrae, 1981, 175-176.

²⁷¹ Cf. Antonio de Aldama. *An Introductory Commentary on the Constitutions*, 223.

²⁷² Herbert Alphonso. «Obediencia». En *DEI II*, 1333.

²⁷³ *Ibid*.

²⁷⁴ *Pláticas*, 90.

²⁷⁵ *Ibid*.

²⁷⁶ *Ibid*.

²⁷⁷ *Ibid.*, 321.

²⁷⁸ *Ibid.*, 90.

la sublime contemplación cuando por la abstracción de las cosas humanas para contemplar a Dios aparece alguna oscuridad; en la cual oscuridad brilla la luz divina en la cual vean a Dios»²⁷⁹.

En definitiva, de las explicaciones que acabamos de citar, podemos ver que Ignacio aprecia mucho la obediencia ciega que es, por así decirlo, la obediencia completa porque consiste en una abnegación total basada en la confianza y el amor por el superior y reconoce a Dios trabajando en él. En esta «ceguera» de la obediencia hay un signo de acercamiento a Dios que, ante su luz trascendente, todo se vuelve oscuro. No se trata de una eliminación de la razón, sino una trascendencia de esta. Como queda dicho antes, Ignacio no solo no prohíbe, sino que alienta fuertemente al súbdito a presentar sus pensamientos al superior para que el superior pueda tener las informaciones necesarias para poder tomar mejores decisiones. Sin embargo, se debe mantener siempre la actitud de indiferencia, de no inclinarse hacia ningún lado, de no dejarse dominar por el amor propio, para poder aceptar con gusto todas las decisiones del superior confiando en la Providencia. Se trata, en definitiva, de trascender las razones particulares y concretas para abarcar la totalidad. Esto nos introduce en una especie de «noche oscura», a un entendimiento superior a nuestro entendimiento limitado.

²⁷⁹ *Ibid.*, 321, 254-255.

CAPÍTULO 3

ALGUNOS ASPECTOS RELACIONADOS CON LA OBEDIENCIA IGNACIANA

Hasta ahora hemos examinado las enseñanzas de Ignacio sobre la obediencia en conexión con la misión que es la esencia de la Orden. La obediencia, en efecto, asegura la unión entre los miembros de la Orden y ayuda al crecimiento personal de sus miembros, tanto espiritual como corporalmente. Es cierto que la obediencia es indispensable en la vida religiosa en general y en los jesuitas en particular, pero ¿no es un poco idealista lo que dice Ignacio? Al querer que sus súbditos obedecieran completamente a sus superiores, ¿no estaba Ignacio promoviendo una especie de autocracia? ¿Tiene cabida en este tipo de obediencia la iniciativa personal o el discernimiento, que también son rasgos muy importantes de la espiritualidad ignaciana?

Para que el súbdito pueda practicar la obediencia perfecta como Ignacio desea, además de que debe «ponerse todas las fuerzas» [cf. *Co* 547] en ella, también se necesitan otros factores de apoyo. Por ejemplo, Ignacio quiere que el súbdito conforme su voluntad y juicio con los del superior. ¿A qué tipo de superior se refiere Ignacio y qué cualidades debe tener? Además, como dijimos antes, con la obediencia en la vida religiosa se trata esencialmente de buscar y hacer la voluntad de Dios. ¿Cuál es el «marco» para llevar a cabo este ideal? ¿Qué sucede cuando hay un conflicto entre el súbdito y el superior sobre un asunto? La parte final de este trabajo está dedicada a abordar estos problemas prácticos.

I. Algunos elementos para una buena obediencia

1. La persona del superior

Como hemos analizado en partes anteriores, la obediencia que Ignacio desea de los jesuitas no es una especie de desprecio y anulación de la voluntad y juicio del religioso para hacer lo que otros (los superiores) quieren, sino un medio para obedecer la voluntad de Dios que requiere que el religioso sacrifique su voluntad y su juicio. La pregunta es, ¿cómo sabemos que el mandato que nos dan nuestros superiores es la voluntad de Dios? El teólogo Karl

Rahner planteó este tema en 1957²⁸⁰ e incluso cuestionó la obediencia de Jesús al Padre, que por muchos años se tomaba como modelo de obediencia en la vida religiosa, diciendo: «Cristo fue efectivamente obediente a su Padre y declaró que esta obediencia era la fuerza y el contenido de su vida. Pero ¿dónde consta que nosotros seremos más radicalmente obedientes a Dios, si nos sujetamos a una autoridad humana? No es eso precisamente lo que hizo Cristo»²⁸¹.

A través de los *Ejercicios*, sabemos que Ignacio aboga fuertemente por un encuentro directo entre Dios y el hombre. Afirma, en efecto: «más conveniente y mucho mejor es, buscando la divina voluntad, que el mismo Criador y Señor se comunique a la su ánima devota, abrazándola en su amor y alabanza, y disponiéndola por la vía que mejor podrá servirle adelante» [Ej 15]. Al hablar de «tres tiempos para hacer sana y buena elección», menciona el caso en que «Dios nuestro Señor así mueve y atrae la voluntad que, sin dubitar ni poder dubitar, la tal ánima devota sigue a lo que es mostrado» [Ej 175]. Ignacio habla también del contacto directo entre Dios y «la persona espiritual» al tratar de la consolación sin causa precedente [Ej 330, 336]. Sin embargo, cuando se institucionaliza la experiencia espiritual, Ignacio aprecia mucho los medios humanos, considerándolos como cooperación de parte del hombre con la gracia de Dios²⁸².

A los ojos de Ignacio, la autoridad del superior viene de Dios a través de la Iglesia. En otras palabras, el superior en la Compañía recibe la autoridad dada por el Papa, el Vicario de Cristo en la tierra, por lo que la autoridad del superior proviene de Dios. Sin embargo, Ignacio no confía solo en esto para asumir que cada orden de su superior es correcta y que puede hacer todo lo que quiera. En efecto, la obediencia ignaciana se dirige no sólo al súbdito sino también al superior y al mismo tiempo implica un modo de conducta que ambos deben tener el uno para con el otro. Ignacio invita a sus súbditos que quieran bien al superior y que le respeten como a su padre y reconozcan la presencia de Dios en él, y también le pide al superior muchas cosas para merecerlo. Un superior no debe usar arbitrariamente su autoridad en detrimento de la vida y vocación de los súbditos porque «ha de dar cuenta a Dios N. S. de todos los suyos»²⁸³.

²⁸⁰ Karl Rahner. «Eine ignatianische Grundhaltung. Marginalien über den Gehorsam». *Stimmen der Zeit* (Stdz) 158 (1956): 253-267. Utilizamos la traducción española de algunos fragmentos en la revista *Manresa*: Karl Rahner. «Sobre la obediencia. Un fundamento ignaciano». *Manresa* 29 (1957): 69-72.

²⁸¹ Karl Rahner, 71.

²⁸² Cf. Leo Bakker. *Libertad y experiencia. Historia de la redacción de las Reglas de discreción de espíritus en Ignacio de Loyola*. Bilbao – Santander: Mensajero – Sal Terrae, 1997, 233.

²⁸³ *Epp* XI, 438.

Ignacio cree que los «superiores, a los cuales como de parte de su oficio conviene regir... suelen tener más influxo de los dones de Dios necesarios al gobierno de los que tienen a su cargo»²⁸⁴. ¿Cuál es el oficio del superior? Para Ignacio, el superior «tiene lugar de Cristo nuestro Señor» [Co 552] y es el «intérprete» de la voluntad de Dios²⁸⁵. ¿Cómo lo entendemos? Javier Osuna explica:

«Cuando se habla de que el superior tiene el lugar de Cristo nuestro Señor, en la más genuina espiritualidad de buscar y hallar a Dios en todas las cosas deberá entenderse que el superior es lugar de encuentro con el Señor, cauce de la comunicación del Señor resucitado [hacer el oficio de Consolador]. Cuanto más fiel instrumento suyo sea el superior, más transparente podrá ser esa comunicación del Señor a través de su instrumento. Y cuando la relación autoridad-obediencia, se realiza a través del discernimiento espiritual para buscar y hallar la voluntad de Dios, la figura del superior que conjuntamente discierne y toma la decisión, emerge más perceptiblemente como lugar de encuentro con Jesucristo»²⁸⁶.

El padre Palmés explica que el superior no es el intérprete en el sentido de que recibe órdenes de Dios directamente a través de alguna iluminación divina y luego simplemente las transmite a sus súbditos, sino que «es intérprete y vicario de la voluntad divina en cuanto que posee su autoridad, pero de tal manera que el Superior, pensando, razonando, consultando, es el que da la orden. Por tanto, el superior es el autor del precepto, y sus mandatos son humanos, no divinos; creados por la prudencia humana, aunque con la autoridad de Dios»²⁸⁷, solo que la razón por la que el súbdito obedece es divina, es decir, por amor de Dios²⁸⁸. Así pues, para poder ser «fiel instrumento» de Dios al interpretar la voluntad de Dios, el superior debe tener las cualidades humanas necesarias; de lo contrario, no solo no podrá interpretar correctamente la voluntad de Dios, sino que correrá el riesgo de hacer lo contrario.

Leyendo las *Constituciones*, vemos que Ignacio está muy preocupado por elegir el superior. A los ojos de Ignacio, no cualquiera puede asumir este oficio tan importante. El superior es considerado la cabeza de la Orden, el mediador entre el Señor y los miembros,

²⁸⁴ *Epp* XII, 638.

²⁸⁵ *Epp* IV, 674: «...conformando del todo vuestras voluntades con la regla certísima de toda rectitud, que es la divina voluntad cuyo intérprete os es el Superior que en su lugar os gobierna [...]. Más informaciones: Carlos Palmés. *La obediencia religiosa ignaciana*. Barcelona: Eugenio Subirana, 1963, 268-293.

²⁸⁶ Javier Osuna. *Amigos en el Señor. Unidos para la dispersión*. Bilbao – Santander: Mensajero - Terrae, 1998, 327.

²⁸⁷ Palmés. *La obediencia religiosa ignaciana*, 270.

²⁸⁸ Cf. José M. Castillo. «La obediencia ignaciana según F. Suárez». *Archivo Teológico Granadino* 53 (1990): 62.

por lo que el superior debe tener una estrecha relación con Dios y al mismo tiempo estar cerca y comprender al súbdito, y debe reunir muchas otras condiciones hasta el punto de que, si bien el proceso de elección del superior se hace de manera humana, todos tienen la impresión de que el superior es elegido por Dios mismo²⁸⁹.

Para poder ayudar bien a los novicios, que están dando los primeros pasos de su vocación como jesuitas, Ignacio quiere que el maestro sea «una persona fiel [...] a quien todos los que están en probación amen, y a quien recurran en sus tentaciones y se descubran confiadamente, esperando de él en el Señor nuestro consuelo y ayuda en todo» [Co 263]. En cuanto al rector en los colegios y escuelas de la Compañía, dice Ignacio que debe ser una persona que «sea de mucho ejemplo y edificación y mortificación de todas inclinaciones siniestras, especialmente probado en la obediencia y humildad. Que sea asimismo discreto y apto para el gobierno, y tenga uso en las cosas agibles y experiencia en las espirituales» [Co 423], Ignacio añade también que «los que tienen cargo de otros que les han de obedecer, deben darles ejemplo en la obediencia que ellos mismos tendrán a los que les serán Superiores en lugar de Cristo nuestro Señor» [Co 434; cf. 424].

Más interesante y completa es la descripción de Ignacio de la imagen del superior general²⁹⁰ (que se considera como el ideal a lograr para cada jesuita). Para Ignacio, el superior general debe ser uno que «sea muy unido con Dios nuestro Señor y familiar en la oración y todas sus operaciones» [Co 723], «que sea persona que dé ejemplo en todas virtudes» [Co 725], «debe también ser libre de todas las pasiones, teniéndolas domadas y mortificadas» [Co 726]. Además, en cuanto a las cualidades humanas, «debería ser dotado de grande entendimiento y juicio [...] más necesaria es la prudencia» [Co 729]. El superior «debe ser de los más señalados en toda virtud, y de más méritos en la Compañía, y más a la larga conocido por tal» [Co 735]. Ignacio afirma que «de lo que está dicho del General se podrá entender lo que conviene a los Prepósitos Provinciales y locales y Rectores de Colegios» [Co 811], Por eso, todos los superiores de la Orden deben, idealmente, cumplir con estos requisitos. Solo entonces podrán interpretar fielmente la voluntad de Dios para sus súbditos.

²⁸⁹ En las *Constituciones*, Ignacio menciona el caso de que el proceso de votación para el Superior General puede omitirse, cuando «todos con común inspiración eligiesen a uno», porque esto ciertamente viene «del Espíritu Santo que los ha movido a tal elección» [Co 700]. En caso contrario, los participantes en la votación deben proceder con un proceso que no es más que un discernimiento espiritual para encontrar la voluntad de Dios según el método de los *Ejercicios Espirituales*: discernimiento, oración, conversación espiritual, buscar la confirmación de Dios...

²⁹⁰ El padre Nadal, en una plática en España, dice que: «Ayudó Dios especialmente en esta parte al P. Ignacio, que en cierta manera se retrató a sí mismo; pues cuando dice cuál deba ser el General futuro, manifiestamente describió cuál era el que esto escribía» (*Pláticas*, 48).

Así pues, cuando pide a los súbditos que vean a Dios presente en los superiores y les obedezcan, Ignacio ya tiene claramente en la mente la imagen de un superior ideal y digno para que puedan confiar en él y amarlo como si les fuera padre. Sin embargo, para ayudar a encontrar la voluntad de Dios tanto en su vida personal como en la misión, Ignacio requiere un discernimiento común de ambos, que exploraremos a continuación.

2. Discernir juntos para buscar la voluntad de Dios

Para que el superior pueda tomar la decisión correcta y de acuerdo con la voluntad de Dios, necesita todas las informaciones necesarias. Cuanto más importante sea una decisión, más tiempo y diálogo en un ambiente de oración se necesitarán entre el superior y el súbdito para aclarar el asunto. Por eso, dentro de los jesuitas, existe una práctica largamente controvertida que todos deben observar: la cuenta de conciencia. Esto se hace en todas las etapas de la incorporación a la Orden, incluso en aquellos formalmente admitidos en la Orden [cf. *Co* 97, 551]. Las *Constituciones* nos ayudan a entender lo que esto significa de la siguiente manera:

«para que se acierte en las tales misiones, en el enviar a unos y no a otros, o a los unos en un cargo y a los otros en diversos, no sólo importa mucho, mas sumamente, que el Superior tenga plena noticia de las inclinaciones y mociones, y a qué defectos o pecados han sido o son más movidos e inclinados los que están a su cargo, para según aquello enderezarlos a ellos mejor, no los poniendo fuera de su medida en mayores peligros o trabajos de los que en el Señor nuestro podrían amorosamente sufrir. Y también porque guardando lo que oye en secreto, mejor pueda el Superior ordenar y proveer lo que conviene al cuerpo universal de la Compañía» [*Co* 92].

El párrafo explica muy claro la razón por la que se hace la cuenta de conciencia: «para que se acierte en las tales misiones». Conociendo las fortalezas y debilidades del súbdito, el superior considerará y le enviará una misión adecuada para producir mucho fruto sin peligros de su vida y vocación. Pero ¿cuál es el límite de esta apertura? Ignacio dice que el superior necesita tener «plena noticia» del súbdito. El siguiente pasaje de la carta de Ignacio a los jesuitas en Coimbra (14 de enero de 1548) nos ayuda a comprender qué quiere decir Ignacio:

«que cada uno la guarde con sus superiores en qualquier grado que le sean superiores, como sería con los oficiales en aquello que toca á sus officios; con los confessores, en lo que es

del foro de la conciencia, con el rector en todas cosas, assí como el mesmo rector igualmente con los demás deurá estar en todo subjecto al preposito prouincial, en especial auiedo Dios N.S. usado dél como de instrumento para principiari esta su obra; y él assímismo [lo será] á quienquiera que Dios N.S. le diere por superior general; assí como este tal al que es á todos supremo, y que en todos superiores, sin differencia de personas, reconociendo á Jesu Xpo. S.N, pues a él y por él deue darse toda obediencia á quienquiera que se dé»²⁹¹.

En este pasaje, Ignacio describe el «contenido» de la «cuenta de conciencia». Hay que decir a los oficiales lo que toca a sus oficios, a los confesores, lo que toca el fuero de la conciencia, y al rector, todas cosas. El rector aquí se entiende como superior. Así pues, el superior debe conocer todas las cosas tanto en lo exterior como en lo interior del súbdito. Esta transparencia no tiene otro propósito que beneficiar al propio súbdito.

Por lo que se refiere al superior, no debe enviar arbitrariamente a los súbditos sin antes tomarse el tiempo de considerar y discernir. En concreto, el superior debe sopesar el ajuste entre los requisitos de la misión y la salud corporal del jesuita para poder tomar la decisión correcta para glorificar a Dios [cf. *Co* 304]. Además, «el Superior señalará, conforme al mandamiento de Su Santidad, los que fueren convenientes o más propios para ello, mirando el mayor bien universal, y con el menor daño que pudiere de las otras empresas que en servicio de Dios nuestro Señor se toman» [*Co* 611]. Ignacio quiere que el superior y los que tienen la autoridad de enviar tengan «mucho miramiento en las misiones tales, para que en el enviar a una parte o a otra, para un efecto o para otro, tal o tal persona o personas, en este modo o en aquél, para más o menos tiempo, se haga siempre lo que es a mayor servicio divino y bien universal» [*Co* 618]. Por necesidad práctica, Ignacio elabora una guía muy detallada y específica para ayudar a los superiores a discernir [cf. *Co* 622-624]²⁹². Además, al enviar a alguien en misión, el superior debe dar «instrucción cumplida, y ordinariamente en escrito, del modo de proceder y medios que quiere se usen para el fin que pretende» [*Co* 629].

Willi Lambert comenta muy bien al hablar de la obediencia ignaciana que «un mandato debe estar extremadamente bien pensado, orientado al fin perseguido y ser universal. La obediencia es una virtud también de los superiores. Esta paradójica y agradable formulación quiere decir que una orden exigida por obediencia debe haber sido orada y bien

²⁹¹ *Epp* I, 689.

²⁹² Vemos el mismo contenido en la carta de Ignacio a los padres enviados a ministerios (8 octubre 1552); cf. *Epp* XII, 251-253.

pensada de antemano»²⁹³. Pero ¿qué sucede cuando el súbdito no está de acuerdo con la decisión del superior? Cuando el superior no ha tomado una decisión final todavía, el súbdito tiene derecho a presentar sus pensamientos al superior. Esta es también una característica del discernimiento ignaciano y no se considera desobediencia. De hecho, Ignacio ha tratado este asunto en muchas cartas. Por ejemplo, en una carta al padre Juan Bautista Viola, Ignacio dice que «cuando al súbdito se le impone alguna dificultad seria, debe «con humildad al superior representar las razones o inconvenientes que se le asoman, no induciéndole a una parte ni a otra, para después, con ánimo quieto, seguir la vía que le será mostrada o mandada»²⁹⁴.

Ignacio también le dio esta orientación a Manuel Godinho en su carta del 31 de enero de 1552. Manuel Godinho estaba abrumado por el trabajo y a veces se sentía cansado y por eso buscaba el consejo de Ignacio. Ignacio le escribió para aconsejarle que trabajara con buena intención, lo cual agradaba a Dios como lo era orar y hacer las tareas que se le asignaban porque la obediencia era buena. Dijo, además: «Si todavía, mirando solamente la mayor gloria de Dios N.S., os pareciese en su diuino acatamiento que no os conuiene tal cargo, conferiéndolo con uuestros superiores, allá se proueerá en lo que conuiene, y yo desde acá, como quien os tiene muy dentro en el ánima, no faltaré de os ayudar»²⁹⁵.

Otro ejemplo, extraído de la carta a los jesuitas en Portugal, en la que Ignacio escribe:

«Con esto no se quita que, si alguna cosa se os representase diferente de lo que al Superior, y haciendo oración os pareciese en el divino acatamiento convenir que se la representádes a él, que no lo podáis hacer. Pero, si en esto queréis proceder sin sospecha del amor y juicio propio, debéis estar en una indiferencia antes y después de haber representado, no solamente para la ejecución de tomar o dejar la cosa de que se trata, pero aun para contentaros más y tener por mejor cuanto el Superior ordenare»²⁹⁶.

Es recomendable hacerle saber al superior lo que piensa acerca de sus órdenes, ya que, como seres humanos con muchas limitaciones, los superiores pueden cometer errores al no tener suficiente información, o incluso actuar con malicia. Sin embargo, Ignacio quiere que esa representación se haga después de la oración. Al mismo tiempo, también pide a los súbditos la indiferencia «antes y después de haber representado». Esta representación tiene

²⁹³ Willi Lambert. *Vocabulario de espiritualidad ignaciana*. Bilbao: Mensajero, 2006, 91.

²⁹⁴ *Epp* I, 228.

²⁹⁵ *Epp* IV, 127.

²⁹⁶ *Epp* IV, 480.

como objetivo brindar más información al superior para que pueda considerar y tomar la decisión más adecuada y no manipular al superior para cambiar la decisión anterior y hacer su propia voluntad. En una carta a Juan Francisco Araldo (23 de septiembre de 1554), Ignacio dice que los súbditos pueden «representar su parecer y después remitirse al superior, no dudando que Dios le dará mayor luz para ver ordenar cuanto sea más grato a su divina majestad»²⁹⁷.

Además, en cuanto a la representación, vale la pena leer la «Instrucción sobre el modo de tratar o negociar con cualquier superior» en la carta de Polanco a Araoz (29 mayo 1555)²⁹⁸. Resumimos los pasos que se deben realizar de la siguiente manera:

- (1) Orar y considerar cuidadosamente el asunto, si es necesario, consultar a otros y luego considerar si es necesario representarlo al superior.
- (2) Si se siente la necesidad de hablar, hazlo con humildad
- (3) Dejar que el superior examine el asunto por su propia cuenta o consulte con otros.
- (4) El superior decide, y si el súbdito siente que la nueva decisión está bien, eso es todo.
- (5) Si el súbdito ve que otra decisión sería más conveniente, puede representar a superior.
- (6) Después de un cierto tiempo, se puede representar lo que siente o le ocurriere por la orden ya dicha, porque después de un cierto tiempo, se descubre algunas cosas nuevas o las circunstancias han cambiado y la decisión anterior del superior ya no es relevante para la nueva situación.
- (7) Mantener la indiferencia y dejar que el superior tome la decisión final.

Cuando el superior ha tomado la decisión final, entonces, excepto cuando la orden del superior es claramente un pecado, el súbdito debe renunciar a su propia voluntad y juicio para conformarse con el superior, es decir, querer lo que quiere el superior y sentir lo mismo que el superior, pareciéndole bien lo que se manda [cf. *Co* 550]. Como vimos en la parte anterior, el discernimiento funciona bien con la ayuda del Espíritu Santo, y hay solo un Espíritu Santo que es la Sabiduría Divina que obra tanto en el superior como en el súbdito, y Él nunca se contradice.

Aun así, puede haber algo en la decisión final del superior que no satisfaga al súbdito, ya que tanto los superiores como los súbditos son seres humanos débiles y sus juicios pueden

²⁹⁷ *Epp* VII, 570.

²⁹⁸ *Epp* IX, 90-92 (cf. *Obras*, 961).

estar afectados por las afecciones desordenadas. En efecto, existe una cierta ceguera en la obediencia, donde se necesita la fe: creer en la providencia de Dios. El súbdito no siempre puede exigir claridad en todas las órdenes del superior. Incluso puede ocurrir que tanto el superior como el súbdito tengan razón en su opinión y sea difícil determinar cuál es más acertada. Ahí es donde necesitamos la obediencia ciega. No es una especie de rechazo a la razón sino de aceptación de lo que está más allá de la razón y entregarse a la providencia de Dios²⁹⁹.

3. La discreción en la obediencia ignaciana

Contrariamente a la opinión de muchas personas que dicen que la obediencia ignaciana elimina en los súbditos de toda iniciativa y opinión, en sus enseñanzas sobre la obediencia, Ignacio promueve también la discreción por parte del súbdito al cumplir la orden del superior. El padre Ribadeneira cuenta un episodio:

«El año de 1550. Cuando se hizo el muro del jardín que responde a la calle de Campidolio, solía nuestro Padre mandar llamar a los de casa a trabajar alguna hora, acarreado piedra o llevando tierra, ect. Había entonces un novicio en casa, noble, que se mortificaba mucho de esto, porque el lugar donde se trabajaba era descubierto, y era visto de los que pasaban por la calle, y ya se había tentado algunas veces y se había querido ir. Un día dijo nuestro Padre al ministro (que era el P. Bernardo Oliverio, el cual a mí me lo contó) que hiciese llamar para trabajar a todos los hermanos de casa, sin que faltase ninguno. Fueron llamados, y entre ellos vino el novicio. Sobrevino nuestro Padre mientras que trabajaban y, conociendo en el rostro y en el semblante del novicio que estaba tentado, llamó al ministro aparte y le dijo: “¿Vos no sabéis que este novicio se tienta y se quiere ir cuando le llaman a trabajar? ¿Cómo le habéis llamado?”. Respondió el ministro: “Porque V.R. me mandó que llamase a todos, sin faltar ninguno”. Dijo entonces nuestro Padre: “Pues, aunque yo diga eso, siendo vos ministro, ¿no habéis de tener discreción?” Y, llamado el novicio, le ordenó que no trabajase, porque no era oficio para él»³⁰⁰.

Este es un ejemplo ilustrativo de cómo la obediencia no excluye la discreción por parte del súbdito ante las órdenes de su superior. Cuando las circunstancias son desfavorables y causan daño físico o espiritual, se puede considerar adaptar la orden a la

²⁹⁹ En muchas cartas, Ignacio dice que cada uno de nosotros debe tratar de hacer lo mejor que pueda, es Dios quien suplirá lo que nos falta (cf. *Epp* V, 314-315; *Epp* VI, 87; *Epp* IX, 353; *Epp* X, 155. 529).

³⁰⁰ FN II, 482.

situación particular sin desobedecer lo ordenado, o si es necesario, puede hablar con el superior para encontrar una mejor solución.

Un día al responder a la pregunta del padre Olivier Manare (superior del colegio de Loreto) sobre la regla para aplicar en un caso determinado, Ignacio le dijo: «Haz como consideres y como la unción [del Espíritu] te lo enseñe; adapta las reglas a la situación, según tus posibilidades [...] Quiero que en el futuro actúes sin escrúpulos, teniendo en cuenta las circunstancias, a pesar de las reglas y de las órdenes»³⁰¹. La razón por la que se debe siempre discernir es que las circunstancias siempre están cambiando y, de hecho, hay muchas cosas que están más allá de nuestra comprensión. Es sumamente necesario estar atentos y observar para reconocer esos cambios y adaptarse tanto en la vida como en la misión. Esto lo vemos claramente en la Parte VII de las *Constituciones* sobre la misión, especialmente cuando se envía a una región grande y lejana. En este caso, Ignacio enseña que se «puede detenerse más y menos en un lugar o en otro, discurrir por donde, miradas unas cosas y otras, hallándose indiferente cuanto a su voluntad y hecha oración, juzgare ser más expediente a gloria de Dios nuestro Señor» [Co 633].

Lo que Ignacio quiere de un jesuita formado no es una docilidad y obediencia estúpida, que cumple sin pensar lo que le mandan, sino una persona de discernimiento, de discreta caridad [cf. Co 582]. Idealmente, después de un largo proceso de formación, el jesuita ya incorporado oficialmente a la Orden muere al mundo y a sí mismo y, con el discernimiento, se vuelve dócil al Espíritu Santo y sensible a sus efectos. Además, no siempre es posible que el superior le dé instrucciones específicas y precisas sobre la misión encomendada. La obediencia a la misión exige siempre un espacio de discernimiento por parte del súbdito, según las circunstancias a las que es enviado. En otras palabras, el jesuita incorporado vive la obediencia al nivel más profundo y perfecto: obedecer directa a Dios a través de Su representante³⁰².

Llegados a este punto, podemos entender por qué Ignacio exige de los súbditos que comprendan a su superior, hasta el punto de que no necesita dar órdenes con palabras, sino

³⁰¹ FN III, 434.

³⁰² Varios pasajes de la carta de Ignacio al Padre Juan Nuñez Barreto, que fue enviado a Etiopía en misión como Patriarca, muestran este espíritu de Ignacio. Por ejemplo, en su carta del 26 de julio de 1554, escribe: «acerca de la instrucción que pedís para mejor proceder en el divino servicio en esta misión, espero os la dará más cumplida el Espíritu Santo con la unción santa y don de prudencia que os dará, vistas las circunstancias particulares» [Epp VII, 314]. O en otra carta, después de dar muchas instrucciones extensas sobre qué hacer, termina la carta con las siguientes palabras: «Todo esto propuesto servirá de aviso; pero el Patriarca no se tenga por obligado de hacer conforme a esto, sino conforme a lo que la discreta caridad, vista la disposición de las cosas presentes, y la unción del Santo Espíritu que principalmente ha de enderezarle en todas cosas, le dictare» [Epp VIII, 689-690].

solo con una señal para poder entender y llevar a cabo su voluntad. En efecto, como explica el padre Nadal, cuando el superior tiene que usar la fórmula «en virtud de obediencia» para hacerse obedecer, ya no es una obediencia perfecta. Dice que «conviene ejecutar lo que quiere inmediatamente, una vez conocida la voluntad del superior, cualquiera que sea el modo como lo signifique»³⁰³. La obediencia debe llegar a la profundidad de poder intuir lo que el superior piensa y quiere sin que el superior tenga que expresarlo explícitamente. Esta es la base de cómo comportarse cuando el superior no está cerca (por ejemplo, cuando el superior está fuera de casa o cuando el súbdito está en una tierra lejana por la misión). En este caso, lo que tiene que hacer el súbdito es orar, y habiendo consultado a los que ha de consultar, preguntarse: si el superior estuviera aquí, en esta situación, ¿qué pensaría?³⁰⁴. La sintonía en voluntad y juicio entre el súbdito y el superior no se basa simplemente en la compatibilidad humana, sino en una base espiritual. En la oración, con la pura intención de discernir la voluntad de Dios, dejando de lado todo amor propio y apegos, en Dios, ambos lados llegarán fácilmente al consenso.

Otro problema que se debe mencionar es ¿qué hacemos cuando el superior ordena algo imposible? Tomas de Aquino dice «nadie está obligado a hacer lo imposible. Por lo tanto, si un superior da tantas órdenes que le sea imposible al súbdito cumplirlas, no peca éste por no cumplir. Y así, deben los superiores cuidar de no imponer demasiados preceptos»³⁰⁵. El padre Nadal dice que estamos exentos de la obediencia en los casos en que la orden del superior supone claramente un pecado manifiesto. No hay que obedecer si es pecado³⁰⁶. En caso de que el superior ordene hacer algo imposible, entonces, «ejecutar el precepto hasta tal punto que la imposibilidad le detenga»³⁰⁷. Dice Nadal, «si es mandado andar sobre el mar, vaya hasta donde la imposibilidad le detenga, esto es hasta que vea que el agua no sostiene sus pasos»³⁰⁸.

De lo anterior, podemos ver que para que la obediencia sea perfecta, hay muchos otros factores que Ignacio también quiere que se implementen completa y adecuadamente. Entre ellos, juegan un papel muy importante las exigencias del superior en cuanto a sus cualidades y comportamiento. Es imposible obedecer perfectamente sin la fe (es decir, sin creer que Dios obra en el superior) y por eso se debe amar y respetar al superior como se

³⁰³ *Pláticas*, 92.

³⁰⁴ *Pláticas*, 92, 261.

³⁰⁵ II-II q.105 a.1. ad 3.

³⁰⁶ *Pláticas*, 92.

³⁰⁷ *Pláticas*, 92, 259.

³⁰⁸ *Pláticas*, 93.

ama y se respeta a Dios, pero es sumamente difícil tener estos sentimientos con alguien que no muestra la imagen viva de Dios. Además, a primera vista, a menudo se tiene la impresión de que la obediencia ignaciana elimina todo diálogo, iniciativa y discernimiento, pero no es así. En el fondo, por el contrario, la obediencia ignaciana, que no es sorda sino más presta y diligente «para cumplir la voluntad de Dios» [Ej 91], implica un proceso de discernimiento común, de búsqueda sincera de la voluntad de Dios y la discreción de cada persona, tanto del superior como del súbdito. Así pues, la obediencia ignaciana no denigra a la persona humana, sólo ayuda a librarle del amor propio, que es el enemigo de la naturaleza humana para poder cumplir la voluntad de Dios.

II. Formación y renovación de la obediencia

Todo el mundo sabe que la obediencia es sumamente necesaria y útil tanto para la vida religiosa como para la vida apostólica. Sin embargo, es muy difícil lograr la obediencia perfecta. En su artículo, Rotsaert también afirma que «algunos Provinciales se quejaron durante la CG 35 de la falta de disponibilidad. La mayoría de los jesuitas apostólicamente activos trabajan intensamente, principalmente en el trabajo asignado a ellos por su propio Provincial. Pero después de varios años resulta más difícil aceptar otra misión»³⁰⁹. Ciertamente, la obediencia perfecta no es posible sin la ayuda de Dios, pero tampoco es posible sin el esfuerzo de parte del jesuita. Ignacio recuerda repetidamente que los súbditos deben reforzarse a obedecer. El padre Rotsaert también dice que «desde los comienzos de la vida religiosa cristiana, y en toda la tradición de la vida religiosa, la obediencia es imposible sin mucho ejercicio»³¹⁰. Con «mucho ejercicio», se refiere primero a una formación para la obediencia que dura mucho tiempo, en la que los súbditos juegan un papel decisivo, y segundo una renovación en todo lo relacionado a, por ejemplo, la persona y la administración del superior, el uso del poder ...

1. La formación en la obediencia

En cuanto a la formación en la obediencia, Ignacio lo menciona en la parte III de las *Constituciones* al hablar de la formación de los novicios. Aconseja a los superiores que «hagan algunas veces sentir la obediencia y pobreza a los que están en probación, tentándolos para su mayor provecho espiritual al modo que tentó Dios nuestro Señor a

³⁰⁹ Rotsaert, 37.

³¹⁰ Rotsaert, 30.

Abrahán, y para que den muestra de su virtud y crezcan en ella» [Co 285]. Sin embargo, dice también que, en la prueba de la obediencia, hay que tener en cuenta de «la medida y proporción de lo que cada uno puede llevar, como la discreción dictará» [*ibid.*].

La formación en general y la formación para la obediencia en particular³¹¹ ciertamente debe partir de un fundamento espiritual porque, como sabemos, la obediencia ignaciana tiene su esencia en la experiencia transformadora de los *Ejercicios* donde el jesuita aspira a encontrar la voluntad de Dios para su vida y misión, y ve con la mirada transformada por la gracia del Espíritu Santo a Dios obrando en sus superiores. En cada etapa de la formación, el modo de vivir la obediencia no es el mismo, porque «un novicio que intenta vivir como un jesuita formado nunca llegará a ser un buen jesuita, y un jesuita formado que viva todavía como un novicio no ha obtenido beneficios de su formación»³¹².

Al inicio, los jesuitas jóvenes deben practicar la obediencia en el sentido ascético, es decir, renunciando a la propia voluntad y juicio, conformándose a la guía de los que están a cargo para liberarse de las afecciones desordenadas y de su amor propio. Necesitan ayuda para aprender cómo «salir de su propio amor, querer e interese» [Ej 189]. Dominando cada día los apegos, el jesuita experimentará gradualmente el amor de Dios por él y se sentirá llamado a amar a Dios. Esta es la experiencia de obediencia mística mencionada en la parte VI de las *Constituciones* que idealmente deberían experimentar los jesuitas formados. Desde el conocimiento interior y amor por Cristo, los jesuitas pueden unirse más profundamente a Él en su camino misionero³¹³. Cuanto más sale el jesuita de su propio amor, más se identifica con «los sentimientos propios de Cristo Jesús» (Flp 2,5), que es el abajamiento por amor a las almas. Aquí encontramos la dimensión apostólica de la obediencia.

La obediencia se hace mucho más fácil cuando el que obedece tiene una visión de fe y sobrenatural, es decir, viendo a Dios presente, que trabaja y labora en el superior, y desde allí puede someterse a él como obedece a Dios. Es esta dimensión espiritual -el amor- la que ayuda a la obediencia en la Orden, porque, el gobierno de la Compañía de Jesús es más espiritual que estructural³¹⁴. Por lo tanto, para que todo funcione bien, incluida la obediencia, es necesario también tener un fundamento espiritual como fuente de energía vivificante para todos. Además, la obediencia apostólica presupone que el jesuita se ha

³¹¹ Se puede hacer la referencia sobre la formación para la obediencia apostólica a: Luis M^a García Domínguez. «Formar para la obediencia apostólica». *Manresa* 66 (1994): 35-53.

³¹² Rotsaert, 36.

³¹³ Se trata del dinamismo de la gracia de la segunda semana de los *Ejercicios*: «demandar lo que quiero; será aquí demandar conocimiento interno del Señor, que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga» [Ej 104]. Del conocimiento, llegará al amor y luego el seguimiento.

³¹⁴ CG 31, d. 17, n. 4.8.

vuelto no solo listo para cualquier misión sino también maduro y muy ejercitado en discernimiento y celo creativo para cumplir bien todos los apostolados asignados. Las tres dimensiones de ascética, mística y apostólica no están separadas, sino que se complementan en cada etapa de la formación de los jesuitas.

2. La renovación de la obediencia

En cuanto a la renovación de la obediencia para este tiempo que valora la libertad individual y el diálogo, es muy fundamental tener una buena comprensión y aplicación de las instrucciones de la Orden en cuanto a la conducta entre el superior y el súbdito. La crisis relacionada con la autoridad ocurrió hace décadas y probablemente no haya terminado en este momento. Alrededor de 1957, incluso antes del Concilio Vaticano II, Karl Rahner señaló varias deficiencias en el uso de la autoridad por parte de los superiores, que dificultaban que los súbditos obedecieran o, si obedecían, no era una obediencia buena y fructífera. Rahner dijo que «la obediencia religiosa no tiene nada que ver con la obediencia que los niños deben a sus padres o educadores»³¹⁵. Incluso los que llevan menos años de vida en la Compañía de Jesús (novicios) no son niños. Hoy en día, muchas personas ingresan a la Orden a una edad madura e incluso han tenido muchas experiencias profundas de vida. Así que, «convendría además que el superior religioso no pretendiese desempeñar el papel de papá grande»³¹⁶, y continúa: «Sería bueno que dejase a un lado ciertas prácticas ya pasadas, ciertas pretensiones de ceremoniosos respetos, ciertos secretesos y afectaciones de superioridad, ciertas dignaciones afectadas, que tienen lugar cuando se trata con niños»³¹⁷.

Además, según Rahner, por una parte, la obediencia religiosa no es solo para asegurar el orden en la vida comunitaria y obtener éxito en el apostolado. Por otra parte, la comunidad está formada por personas racionales que viven juntas. Así que, el superior «no ha de apelar a su autoridad como representante de Jesucristo, sino al valor de sus razones»³¹⁸. Por lo tanto, los superiores deben usar los medios naturales propios y ajenos (como ayuda) para encontrar la voluntad de Dios, no excluyendo la razón, con la excusa de buscar algún tipo de «revelación sobrenatural». Y cuando se dice que los superiores reciben la autoridad de Dios, «no hay que pensar que la autoridad humana pueda monopolizar todas las iniciativas y decisiones, como si todo movimiento de abajo en tanto fuese admisible, en

³¹⁵ Rahner, 69.

³¹⁶ *Ibid.*

³¹⁷ *Ibid.*

³¹⁸ Rahner, 70.

cuanto ocasionado o permitido por la autoridad misma»³¹⁹. Dice Rahner: «por mucho que la autoridad tenga y deba tener una función orientadora, coordinadora, supervisora y planeadora en este conjunto de fuerzas, sin embargo, no es la representante de Dios en el sentido de que haya de ser la exclusiva y autárquica planeadora e impulsora de toda acción humana»³²⁰. Con esto, Rahner se refiere a la importancia de los medios naturales para llegar, con la ayuda de Dios, a tomar una decisión «más conforme a la voluntad de Dios» (si usamos la frase de la CG 32).

En base a todo lo tratado anteriormente, vemos los retos no resueltos fácilmente de la obediencia en la vida religiosa en general y en los jesuitas en particular. Requiere constante formación y renovación. Debe haber cierta distancia entre el superior y el súbdito, suficiente para asegurar la necesaria autoridad del superior y mantener la relación entre ellos como compañeros. Los superiores pueden decidir, pero antes de dar una decisión, deben escuchar y considerar cuidadosamente el asunto con todas las informaciones obtenidas; los súbditos pueden presentar sus pensamientos, pero una vez presentados, deben mantener la indiferencia ignaciana y estar dispuestos para aceptar cualquier decisión del superior. Esta tensión solo puede resolverse cuando ambas partes mantienen siempre una intención purificada y libre de todas las afecciones desordenadas. La obediencia no debe ser algo excepcional en los jesuitas, sino que debe convertirse en su forma de vida, una forma de vida que no busca la gloria para uno mismo sino para Dios, para servir solo al Señor, entregando todo a su servicio en misión.

Apéndice: La obediencia en algunos decretos de las Congregaciones Generales

1. Las Congregaciones Generales 31 y 32

Mientras se desarrollaba el Concilio Vaticano II, falleció el entonces superior general de los jesuitas, el padre Janssens. Pero no fue hasta el 6 de mayo de 1965 que se convocó la CG para elegir el nuevo superior. El español Pedro Arrupe fue elegido superior general de la Orden en la tercera ronda de votaciones del 22 de mayo de 1965. Bajo el nuevo viento del Espíritu Santo que sopló en el Concilio Vaticano II ante los rápidos cambios del mundo en ese momento, también los jesuitas fueron llamados a mirarse a sí mismos y hacer las reformas necesarias para poder servir mejor en el espíritu del «continuo retorno a las fuentes

³¹⁹ *Ibid.*

³²⁰ *Ibid.*

de toda vida cristiana y a la inspiración originaria de los Institutos»³²¹ y no perder la raíz y el carisma que el Espíritu Santo suscita en los fundadores.

Por eso se considera que la CG 31 ha tenido un fuerte impacto en cada jesuita en particular y en toda la Orden en general como se ve a través de más de 50 decretos que tratan de casi todos los campos, algo que rara vez ha sucedido en una Congregación General. El tema que estamos estudiando -la obediencia- es ciertamente indispensable en esta Congregación. De hecho, los padres presentes dedicaron el decreto 17 a la obediencia, repitiendo en gran medida lo que había dicho San Ignacio (como una forma de retorno a las fuentes), y al mismo tiempo añadían algunas cosas nuevas que vale la pena que examinemos.

En el proemio, la CG 31 habla de «los signos de los tiempos», que menciona el Concilio Vaticano II en la Constitución Pastoral *Gaudium et spes*³²², y admite que existe «nueva conciencia de la fraternidad humana, libertad y responsabilidad personal». Es una oportunidad y al mismo tiempo una exigencia para «renovar en el espíritu y la práctica de la obediencia. Además, el desarrollo constante de las ciencias y la difusión del dominio de la razón influyen indudablemente en el modo de entender y vivir la obediencia de la Orden. Sin embargo, «para comprender la gracia de nuestra vocación no bastan los medios naturales: filosóficos, psicológicos, sociológicos, sino que en el fondo se requiere la luz de la fe, «los ojos iluminados del corazón».

A continuación, en el número 2, el decreto afirma que «la obediencia en la Compañía es esencialmente apostólica». ¿Qué significa esto? En primer lugar, a través de la obediencia, «nos unimos a la voluntad divina salvífica», y la obediencia es «el vínculo de nuestra mutua unión Cristo» en su misión. Al mismo tiempo, la obediencia «convierte a la Compañía en un instrumento más apto de Cristo en la Iglesia, para la salvación de los hombres, a mayor gloria de Dios», por eso, asegurar una sincera obediencia es asegurar «subsistir y renovarse nuestra vida religiosa y nuestra acción apostólica». Así pues, la obediencia en la Compañía no es solo una virtud que cada uno debe practicar para perfeccionarse, sino también para cumplir su misión. Además, la obediencia no es para ejercer un apostolado, sino que ante todo debe ser el estilo de vida y la conducta de cada jesuita.

En cuanto a los superiores, el decreto afirma que el superior es el representante de Cristo³²³. Por eso, por un lado, hay que asegurar que «el superior tenga verdadera autoridad

³²¹ *Perfectae Caritatis*, 2.

³²² *Gaudium et spes*, 4 y 11.

³²³ CG 31, d. 17, n. 3.

personal, de modo que consiga fácilmente la obediencia de sus súbditos, y que éstos acepten con gusto ser dirigidos por él»³²⁴, por otro, el superior tiene que comportarse «a ejemplo de Cristo»³²⁵, es decir, debe «ejercer la autoridad en espíritu de servicio y de discreta caridad»³²⁶. Y como los superiores, que también son humanos, pueden cometer errores, es necesario que, para «encontrar más fácilmente la voluntad de Dios, tenga al superior consigo personas de consejos y consúltelas con frecuencia. Pregunte también a especialistas cuando haya de decidir asuntos complejos»³²⁷.

En cuanto a los súbditos, el decreto reitera la exigencia de una obediencia «con disponibilidad absoluta, de modo personal y responsable [...] con prontitud y entusiasmo y con espíritu sobrenatural, como a Cristo»³²⁸. Los padres afirman que «la obediencia es el medio ordinario por el que se manifiesta a los miembros de la Compañía la voluntad de Dios. Pero de ninguna manera quita la responsabilidad personal y el entusiasmo por buscar cada vez mejores soluciones»³²⁹. Además, dicen que el súbdito puede y debe (con tono de obligación) «exponer al superior sus ideas e iniciativas»³³⁰, incluso puede hacerlo varias veces, hasta que el superior tenga toda la información necesaria, especialmente cuando cambian las circunstancias que ninguno de los dos podría haber previsto antes.

El decreto también ofrece una guía para resolver los conflictos de conciencia del súbdito ante una determinada orden del superior. Si «ocurre con cierta frecuencia que algunos creen sinceramente que su conciencia les prohíbe seguir el mandato del superior, pues juzgan que tienen una obligación moral contraria»³³¹, en este caso, dice el decreto, hay que seguir los siguientes pasos:

«después de haberlo pensado sinceramente delante del Señor, preséntense las razones al superior inmediato o mediato, quien las deberá considerar con ánimo imparcial y decidir después si mantiene o revoca lo mandado. Si el súbdito tampoco puede aceptar de esta forma el parecer del superior con tranquilidad de conciencia, pida que el asunto se proponga a varias personas, incluso de fuera de la Compañía, elegidas de común acuerdo. Si ni aun así se encuentra una solución que el súbdito pueda seguir sin pecar según su conciencia, vea el

³²⁴ CG 31, d. 17, n. 4.

³²⁵ *Ibid.*

³²⁶ *Ibid.*

³²⁷ CG 31, d. 17, n. 6.

³²⁸ CG 31, d. 17, n. 9.

³²⁹ CG 31, d. 17, n. 11.

³³⁰ *Ibid.*

³³¹ CG 31, d. 17, n. 10.

Superior, después de consultar, si fuere necesario, a los Superiores mayores, qué conviene hacer para el bien de la Compañía y de la conciencia del individuo»³³².

Por lo tanto, la CG 31 casi repite las instrucciones que Polanco escribió a Araoz como hemos dicho anteriormente, pero agrega que en caso de que la decisión del superior después de escuchar la presentación aún no se satisfaga al súbdito, éste tiene derecho a consultar a «varias personas, incluso de fuera de la Compañía, elegidas de común acuerdo». Esto ayudará a objetivar el problema, así como a encontrar una mejor solución. El súbdito puede incluso consultar a los superiores mayores. Sin embargo, el decreto también dice que si un súbdito «una y otra vez presenta la objeción de conciencia para obedecer, piense en encontrar otro camino donde pueda servir al Señor con más tranquilidad»³³³. Se trata de despedir al jesuita que frecuentemente tiene dificultad de obedecer, pues quizás la vocación de ser jesuita no le conviene.

El decreto explica el significado de la obediencia de juicio, diciendo que «no quiere decir que nuestra inteligencia renuncie a su papel y tenga que aceptar la voluntad del superior contra lo que le dice la razón, cerrando los ojos a una auténtica evidencia... sino que el súbdito ... hace suyos el deseo y el parecer el superior»³³⁴. Esto solo es posible con una «inteligencia confirmada con la unción del Espíritu Santo»³³⁵. En cuanto al súbdito, debe esforzarse «en ver su decisión como más conforme a la voluntad de Dios»³³⁶. Estas palabras llaman nuestra atención, porque la CG 31 no considera la voluntad del superior como voluntad de Dios, sino que la voluntad de la superior es «más conforme a la voluntad de Dios». Esto suscita en nosotros la sensación de que la voluntad de Dios no es algo fijo, preexistente e impuesto a los súbditos a través de los superiores. Al contrario, la voluntad de Dios es flexible y la CG 31 invita a los súbditos a creer que, con la ayuda de Dios, la voluntad del superior puede no ser completamente la voluntad de Dios o puede no estar de acuerdo con la voluntad de Dios, pero ciertamente es más conforme a la voluntad de Dios que la del súbdito.

Por eso, el decreto afirma que «la obediencia, así entendida, no es contra la dignidad de la persona humana que obedece, ni contra su madurez y libertad. Al contrario, fortalece esa libertad y ayuda grandemente al desarrollo de la personalidad, por la purificación que

³³² *Ibid.*

³³³ *Ibid.*

³³⁴ CG 31, d. 17, n. 11.

³³⁵ *Ibid.*

³³⁶ *Ibid.*

causa en el corazón y porque nos hace más semejantes a Cristo y a su Madre»³³⁷. Así pues, no hay contradicción entre una obediencia perfecta y la madurez personal del obediente. Más bien, la obediencia es una gran ayuda para el crecimiento de la propia dignidad y libertad³³⁸.

La CG 32 (1974-1975) no tiene ningún decreto dedicado a la obediencia, pero hay varios pasajes en el decreto 11 que tratan de la unión de los ánimos que se refieren a la obediencia. En el número 31, este decreto cambia la expresión sobre el rol del superior. El superior no es descrito como el intérprete de la voluntad de Dios, ni como el representante, sino como «quien tiene autoridad para enviarle en nombre de Cristo». Escribe: «La obediencia prometida con voto, ya la ejercitemos en cosas vulgares o extraordinarias, es siempre un acto de fe y de libertad por el que el religioso reconoce y acepta la voluntad de Dios, que se le manifiesta por medio de quien tiene autoridad para enviarle en nombre de Cristo»³³⁹. Por supuesto, la persona que tiene «la autoridad de enviar a alguien en el nombre de Cristo» solo puede ser Su representante. Pero parece que de esta manera la Congregación quiere subrayar la autoridad del superior, una autoridad que viene de Dios y es reconocida por la Iglesia.

También en este decreto, el número 55 repite lo dicho en el número 11 del decreto 17, de la CG 31 sobre el proceso de la representación, poniendo énfasis en el diálogo sincero, en un ambiente de oración y búsqueda de la voluntad de Dios a través del discernimiento personal y comunitario, incluso requiriendo la ayuda de los profesionales. Una vez más, la CG 32 respeta la apertura y la transparencia en el espíritu de búsqueda «totalmente voluntaria y amigable»³⁴⁰ tanto del superior como del súbdito para encontrar la voluntad de Dios. Esto ayuda al superior a tomar las decisiones correctas, evitando el abuso de poder y ayuda a los súbditos a lograr fácilmente la obediencia de juicio. Sin embargo, la idea de que «la opinión de estas personas no tiene fuerza jurídica sobre la autoridad del Superior, sino que se mantiene en el terreno de puro consejo», enfatiza una vez más la autoridad de tomar decisiones, propia del superior. Esta Congregación también repite la idea de despedir a

³³⁷ CG 31, d. 17, n. 12.

³³⁸ Además del decreto 17, en los documentos de la CG 31, está también el discurso del padre General Arrupe sobre la obediencia. En este discurso, Arrupe recuerda los principios que hacen recta la práctica de la obediencia y conforme al espíritu de la Orden. Estos son los siguientes principios: el principio de la autoridad eclesial y religiosa, el principio de la representación personal por medio del coloquio personal o de la colaboración, la prontitud de hacer la decisión del superior después del diálogo, el principio de la delegación, el principio de la personalidad y, en fin, el principio de la manifestación o de la cuenta de conciencia. Con estos principios, se considera este discurso como una síntesis de lo presentado en el decreto 17.

³³⁹ CG 32, d. 11, n. 31.

³⁴⁰ CG 32, d. 11, n. 55.

«quien repetidas veces no pueda obedecer en buena conciencia»³⁴¹, ya que quien no obedece, no puede vivir plenamente la vocación como jesuita.

2. La Congregación General 35

Según el padre Mark Rotsaert, la obediencia estaba completamente ausente de los Postulados de las Provincias y no hubo delegados que sugirieran que se reconsiderara este tema en la CG 35. Fue el padre Peter-Hans Kolvenbach quien quiso que la Congregación elaborara un decreto sobre la obediencia³⁴². El Santo Padre Benedicto XVI también se quejó sobre el modo de vivir este voto en la Orden, especialmente del cuarto voto de los profesos. Por eso, tenemos el decreto 4 en esta Congregación que trata específicamente de la obediencia con sus contenidos más esenciales en la espiritualidad ignaciana y el modo de proceder de la Orden.

Después de recordar la historia de la Orden sobre la relación entre la obediencia y su carisma, la CG menciona algunos valores positivos en nuestros contemporáneos sobre la obediencia religiosa que están acuerdo con el proceder de los jesuitas como por ejemplo «respecto por la persona y por los derechos humanos, buena disposición para entablar un diálogo caracterizado por la libertad de expresión, por la apertura a alternativas creativas, por los deseos de construir comunidad y el anhelo de vivir por algo más grande que uno mismo»³⁴³. Sin embargo, los padres también reconocen algunas cosas negativas que pueden afectar el modo de vivir la obediencia: «Un exagerado deseo de autonomía ha llevado a algunos a diversas expresiones de autosuficiencia y falta de compromiso»³⁴⁴.

Los problemas de vivir la obediencia provienen tanto de los súbditos como de los superiores. En cuanto a los súbditos, la Congregación dice que muchos jesuitas se aferran al discernimiento y al derecho de presentación permitido por la orden para no obedecer: «Algunos han usado el lenguaje del discernimiento para justificar el deseo de elegir su propio destino, olvidando que en la Compañía el discernimiento es discernimiento del cuerpo que tiene en cuenta una multiplicidad de voces pero que solo concluye cuando el superior confía la misión»³⁴⁵. En cuanto a los superiores, el decreto señala el estado de muchos superiores que siguen la mentalidad de la productividad de nuestro mundo que lleva

³⁴¹ *Ibid.*

³⁴² Cf. Mark Rotsaert. «Obediencia en la vida de la Compañía de Jesús – CG 35 decreto 4». *Revista de Espiritualidad Ignaciana – XL* (1/2009), 29.

³⁴³ CG 35, d. 4, n. 18.

³⁴⁴ CG 35, d. 4, n. 20.

³⁴⁵ *Ibid.*

a la situación de «exceso de trabajo y éste a la dispersión y a la falta de atención a las personas»³⁴⁶, y además, «ejercer la autoridad puede convertirse en ejercer el poder marginando a los demás, o en la exigencia de ser obedecido, no acompañada de una suficiente buena disposición para escuchar»³⁴⁷.

Para resolver este problema, la Congregación reitera los principios básicos de la obediencia en la Orden. En primer lugar, la base de la práctica de la obediencia en la Compañía, diciendo que ésta «se basa en el deseo de ser realmente enviados, de servir sin reservas y de establecer vínculos de unión aún más estrechos entre nosotros mismos»³⁴⁸. Luego, el decreto se refiere a la práctica de la obediencia que ya hemos mencionado: la cuenta de conciencia³⁴⁹, subrayando que los superiores deben ser también compañeros de los súbditos para ayudarles a ser transparentes fácilmente³⁵⁰, pero al mismo tiempo, los súbditos están llamados a tener confianza en superiores³⁵¹.

El contenido del decreto 4 de la CG 35 sobre la obediencia nos aporta algunas novedades. La primera se refiere al superior. Ignacio dice que el superior es el intérprete de la voluntad de Dios. La CG 31 dice que el superior es el representante de Dios. La CG 32 no da una definición de superior, sino que solo enfatiza su autoridad de envío: el superior es quien tiene la autoridad de enviar al jesuita en misión. La CG 35 no dice nada sobre la identidad del superior, sino que solo aconseja al súbdito a obedecer las órdenes del Papa y del superior por «el amor apasionado por Cristo»³⁵², aceptándolas y llevándolas a cabo «como venidas de Cristo porque los obedece por amor de Cristo»³⁵³. La segunda novedad es el papel de la comunidad en el discernimiento y en la realización de la misión asignada. El decreto dice que «no sería completo considerar que la práctica de la obediencia se limita a la relación entre el superior y el jesuita. La comunidad también tiene un papel a desempeñar»³⁵⁴. Así pues, la CG 35 enfatiza el discernimiento en común para poder conocer más fácilmente la voluntad de Dios, y al mismo tiempo subraya el papel indispensable de la comunidad para ayudar a cada jesuita a cumplir bien su misión.

La más reciente CG de la Orden (la CG 36) menciona la obediencia una sola vez y la relaciona con la misión recibida y el discernimiento: «La misión la recibimos siempre de

³⁴⁶ CG 35, d. 4, n. 21.

³⁴⁷ *Ibid.*

³⁴⁸ CG 35, d. 4, n. 23.

³⁴⁹ CG 35, d. 4, n. 24.

³⁵⁰ cf. CG 35, d. 4, n. 25.

³⁵¹ cf. CG 35, d. 4, n. 26.

³⁵² CG 35, d. 4, n. 8.

³⁵³ *Ibid.*

³⁵⁴ CG 35, d. 4, n. 28.

Dios en la Iglesia, a través de los Superiores Mayores y Superiores Locales, en la práctica de la obediencia en la Compañía, que incluye nuestro discernimiento personal»³⁵⁵. Parece que los padres participantes en la CG no ven nada nuevo que agregar, porque encuentran que las instrucciones de los documentos sobre la obediencia hasta ahora ya son suficientes para los jesuitas en este tiempo.

³⁵⁵ CG 36, d. 1, n. 8.

CONCLUSIONES

En el primer capítulo, hemos leído, aunque brevemente, la Biblia desde la clave de la obediencia y haciendo ver que la obediencia es la actitud básica de todas las criaturas en relación con el Creador. La obediencia tiene su raíz en la escucha atenta de la voz de Dios, y desde allí hacer su voluntad. La obediencia consiste en ser dócil ante todos los mandatos de Dios y conformarse a su plan divino, dejándose guiar y dirigir por Él. Y por lo tanto, tiene como naturaleza el morir a uno mismo, ofreciendo toda su voluntad y juicio a Dios como holocausto. Esta perspectiva ha sido desarrollada por los maestros espirituales ya desde la época en que la vida monástica nacía en el desierto.

En efecto, los Padres del desierto no cesaban de alabar la obediencia, viéndola como la primera cosa que los monjes debían obtener antes de aprender otras lecciones. También juzgaban la madurez espiritual de una persona en base a su obediencia. Aunque ellos la presentan de modo diferente, concuerdan en los puntos centrales, por ejemplo: la obediencia tiene un lugar importante en la vida espiritual y consiste en el ascetismo interior, es decir, en la renuncia a la propia voluntad, por lo que puede asemejarse a un verdadero martirio; la base de la obediencia es imitar a Cristo que fue obediente hasta la muerte; en otro sentido, obedecer al superior o al director espiritual es obedecer a Dios presente en ellos; la obediencia será más valiosa cuando se hace con alegría, tan pronto como se escucha la voz de Dios.

La diferencia en el objetivo en presentar la doctrina sobre la obediencia de cada autor se debe a las circunstancias en que viven. Hay quienes aspiran a la dimensión formativa, es decir, a moderar el instinto humano para que se conforme a las instrucciones de los ancianos que han tenido mucha experiencia en la vida de unión con Dios. La obediencia es vista aquí en términos de ascetismo, ya que la persona se ha liberado de sí misma para pertenecer a Dios, como en un martirio incruento. Desde este punto de vista, Jesús es el modelo para seguir. Mientras que, la dimensión comunitaria de la obediencia, sin excluir el elemento de ascetismo, añade el elemento de fraternidad y apunta a la armonía en la comunidad. La obediencia a un superior, que es cabeza de la comunidad, ayudará a mantener ordenadas todas las actividades de la vida común. También se trata de buscar la voluntad de Dios. Al

superior se le considera como el intérprete fiel de Dios. En esta perspectiva, Jesús es el Señor, el Maestro y nosotros somos sus discípulos³⁵⁶.

En el segundo capítulo, hemos entrado en la experiencia, la mistagogía y las enseñanzas sobre la obediencia de Ignacio. A través de la *Autobiografía*, Ignacio nos cuenta el «modo como Dios le había dirigido desde el principio de su conversión»³⁵⁷, transformándolo de un hombre que quería controlar su vida por sus propias fuerzas a un hombre que se entregó a Dios, obedeciendo a Dios en todas las cosas y dejándose regir y gobernar por Dios en toda su vida. En los *Ejercicios Espirituales*, Ignacio sistematiza su propia experiencia obediencial en un método mistagógico, ayudando al ejercitante a reconocer y «quitar de sí todas las afecciones desordenadas» [Ej 1], «vencer a sí mismo» [Ej 21], buscar, encontrar y obedecer a la voluntad de Dios para su vida a través de una salida de sí [Ej 189] en un encuentro directo del Criador con la criatura [Ej 15].

Los *Ejercicios* están destinados a ayudar al ejercitante a obtener la libertad interior que requiere ante todo una renuncia a lo que le esclaviza y luego el seguimiento de Jesús, que es el Camino, la Verdad y la Vida (cf. Jn 14, 6), contemplando los misterios de la Su vida, que son el contenido principal de la segunda semana de los *Ejercicios*, para que en virtud de esa libertad el ejercitante pueda hacer bien la elección de su vida. Sin embargo, no basta simplemente con contemplar la vida de Jesús, el ejercitante debe lograr la configuración con Cristo en Su pasión y muerte (la tercera semana) para vivir la verdadera libertad del Señor en su resurrección (la cuarta semana). Aun así, el ejercitante no considera la libertad recibida como algo propio. La devuelve a Dios [cf. Ej 234]. Es este acto el que le hace libre verdaderamente, porque ha entregado todo su ser y lo ha puesto en las manos de Dios. Esto es obedecer completamente a Dios.

Antes de estudiar detalladamente la obediencia en las *Constituciones*, hemos presentado el contexto histórico sobre la preocupación de los primeros compañeros ante la exigencia de dispersarse por doquier para llevar a cabo la misión encomendada por el Santo Padre a cada uno. Por la gracia de Dios, después de llevar a cabo un difícil y largo proceso de discernimiento, llegaron a la decisión de obedecer a uno del grupo por tres razones principales: para ayudar a realizar mejor la misión, para ayudar a mantener mejor la relación entre ellos y para mejor cuidado espiritual y corporal de cada uno. El orden de las tres razones presentadas indica también su prioridad, por lo que una vez más, los primeros

³⁵⁶ Victor Codina, apoyándose en De Vogüé, distingue la perspectiva objetiva y subjetiva de la obediencia (cf. Victor Codina. «La obediencia monástica según Casiano» ..., 204).

³⁵⁷ El prólogo del padre Nadal; cf. *Obras*, 23.

compañeros daban a entender implícitamente que era esencial llevar a cabo la misión según la voluntad de Dios.

Para cumplir lo que los otros compañeros le encomendaron, Ignacio, basado en su propia experiencia, redacta muchas instrucciones en las *Constituciones* y cartas para ayudar a los jesuitas a obtener su perfección personal, así como ayudar a la Compañía a conservar su bienestar. En ellas piensa que la clave más importante para obtenerlo es que cada uno avance constantemente en la obediencia. La obediencia es el elemento esencial para todos los apostolados, para la unión de la Compañía y para ayudar a cada miembro a ir adelante en el camino espiritual y asegurar sus necesidades corporales.

Ignacio se distingue en doctrina sobre la obediencia no solo por poner altas exigencias a esta virtud, basándose en la enseñanza de los autores espirituales que le precedieron, sino también analizarla en detalle y dar instrucciones sobre cómo lograrla. Habla de la obediencia como holocausto, y se la considera como un martirio continuo, porque según el argumento de Ignacio, es «un martirio que continuamente corta la cabeza del propio juicio y voluntad, poniendo en lugar de la suya la de Cristo N.S. manifestada por su ministro; y no cortando una sola voluntad de vivir, como el mártir, pero todas sus voluntades juntas»³⁵⁸. Habla de tres grados de la obediencia: la obediencia de ejecución, la obediencia de voluntad y la obediencia de entendimiento. Utiliza también un término que, a primera vista, puede resultar controvertido y malentendido, pero que tiene un significado profundo: la obediencia ciega. En efecto, para poder comprender su significado profundo, tuvimos que recurrir a las explicaciones de muchos autores famosos.

Ignacio utiliza dos imágenes para ilustrar esta idea: el cuerpo muerto y un bastón de hombre viejo. Estas dos imágenes son bien conocidas en la tradición espiritual para expresar la disposición para cada mandato recibido del superior. Muestran la actitud de una persona que ya ha abandonado todo por completo y se considera muerta para el mundo (lo que tiene un sabor pascual, de muerte y resurrección – el cuerpo) y se convierte en instrumento de Dios (lo que tiene un sabor pastoral – el báculo o bastón). Para Ignacio, dejándose guiar por el superior, el representante de Dios, el súbdito «se conforma en aquello con la divina voluntad, más que en otra cosa de las que él podría hacer siguiendo su propia voluntad y juicio diferentes» [Co 547]. Para Ignacio, la obediencia consiste en un éxodo, un «salir de sí», con la confianza absoluta en Dios obrando en la persona que Dios ha puesto como guía, el superior. La obediencia tiene no solo una dimensión de ascetismo personal, sino también

³⁵⁸ *Obras*, 741.

una dimensión mística (unión con Jesús que se obedece hasta la muerte) y una dimensión apostólica (obedecer a Jesús, Cabeza de la Orden, que encomienda su misión al jesuita).

Al estudiar la obediencia ignaciana, vemos que no se trata solo del hecho que el súbdito haga lo que el superior le ha mandado, sino que se trata también del conocimiento de Cristo, personal y profundo, que tienen ambos, superior y súbdito. Por tanto, la invitación a cumplir plenamente los requisitos de la obediencia es un llamamiento a acercarnos cada día más a Cristo para ser semejantes a Él. Tanto los superiores como súbditos están llamados a tener un diálogo abierto con una intención pura para discernir, buscar y hallar la voluntad de Dios. El súbdito debe ser transparente y hacer bien la cuenta de conciencia al superior para que éste tenga suficientes datos o informaciones para considerar y tomar la decisión más buena y sana posible. El súbdito puede representar su opinión sobre una decisión del superior con la que no está muy de acuerdo. Pero después de haber representado, debe mantener la indiferencia y encontrar todas las razones para pensar que el mandato de su superior es justo y luego cumplirlo con prontitud. Por su parte, el superior debe escuchar las representaciones de los súbditos, llevando todos los datos recogidos a la oración para encontrar la voluntad de Dios. Debe darse cuenta de que tendrá que responder ante Dios de las decisiones y de las personas que Dios le encomiende.

La obediencia ignaciana tampoco excluye una actitud abierta a contribuir con iniciativas apostólicas y la discreción en el cumplimiento de las órdenes. En la medida de lo permitido, los súbditos pueden, según las circunstancias específicas del lugar al que son enviados, considerar lo que deben hacer y cómo hacerlo. La discreción debe basarse en personas, lugares y tiempos [cf. *Co* 64], cuyo criterio es «alabar, hacer reverencia y servir» a Dios [*Ej* 23]. Se puede decir que este es el pináculo de la obediencia ignaciana: los súbditos no solo no renuncian a su juicio, sino que por el contrario lo utilizan para cumplir su misión en armonía con sus superiores, aunque los dos no estén cerca entre sí o incluso no dispongan de las condiciones para comunicarse entre sí. Así pues, en las enseñanzas de Ignacio sobre la obediencia, el súbdito no ha de renunciar a las facultades naturales tales como la voluntad y el juicio, sino abandonarse a sí mismo y abandonar su orgullo para poder hacer la voluntad de Dios.

Al exigir a cada jesuita que se señalen en la obediencia y se conviertan en los «hijos verdaderos de ella»³⁵⁹, Ignacio no pone a los jesuitas en una competencia sin sentido con otras órdenes religiosas por títulos efímeros, sino que con esta expresión, un poco exagerada

³⁵⁹ cf. *Obras*, 850.

ciertamente, tiene la intención de que los jesuitas se esfuercen por lanzarse «hacia lo que está por delante [...] hacia la meta, hacia el premio» (Flp 3,13-14), al cual les llama Dios en Cristo Jesús, según el espíritu de san Pablo. Efectivamente, no solo los jesuitas, sino que todos los religiosos deben vivir perfectamente la obediencia. La Compañía de Jesús, vista como una institución, por su carácter apostólico aprobado por la Santa Sede, tiene su propio estilo de vida, que es un poco diferente al de otras órdenes tradicionales, y que para sobrevivir y mantenerse bien, exige de sus miembros el más alto grado de obediencia, más que cualquier otra cosa, como si la supervivencia y la prosperidad de la Orden dependieran de la obediencia de sus miembros.

A cada jesuita, que debe «tener ante los ojos mientras viva, primero a Dios» [FII] y la Compañía se considera como «camino hacia Él» [*ibid.*], Ignacio parece decirle que la obediencia es el instrumento que le ayuda a conseguir lo que quiere y que la obediencia, en su forma más profunda y perfecta, es la expresión más clara de la naturaleza del carisma de la Orden. Francisco Suárez también lo confirma al decir que «en este lugar no se trata sólo de indicar la preeminencia que la virtud de la obediencia ha de tener en la Compañía, sino también de asentar que el aventajarse en la práctica de esta virtud es uno de los medios propios y específicos que señala San Ignacio para alcanzar la perfección peculiar de nuestra Orden»³⁶⁰.

Así pues, se puede decir que la razón por la que Ignacio exige con tanta fuerza a los jesuitas una actitud de obediencia no es solo por su valor sobresaliente en la perfección personal como nos muestra la tradición religiosa, sino también por el cumplimiento del deber que le encomendaron los primeros compañeros, y por la prosperidad de la Orden en la que sus miembros están siempre en estado de dispersión para cumplir su misión. La unión con Dios, a través de la obediencia a los superiores, es el medio más eficaz para el cumplimiento de la misión, la unión de los miembros y el crecimiento tanto espiritual como corporal de cada miembro.

Después de estudiar a fondo la obediencia desde la experiencia de Ignacio en la *Autobiografía*, su mistagogía en los *Ejercicios* y sus enseñanzas en las *Constituciones*, estamos de acuerdo con el padre Espinosa Polit cuando afirma:

«Nadie ha hablado de la obediencia con tanta penetración y espíritu comprensivo como San Ignacio de Loyola; nadie ha puesto de relieve con tanto vigor el fundamento sobrenatural

³⁶⁰ *De religione Soc. Jes., lib. I, c. 2, n. 11* (citado por Manuel Maria Espinosa Polit, *La obediencia perfecta...*, 79-80).

sobre que estriba, ni deducido con tan férrea lógica las consecuencias todas que de este principio se derivan para la vida práctica; nadie antes de él, entre los Fundadores, había declarado tan paladinamente ser la obediencia la ley esencial y el carácter distintivo de su Orden; nadie, por fin, y esto es quizá lo más importante, había como él urgido la práctica integral, ilimitada, generosa hasta el heroísmo de la obediencia»³⁶¹.

Sin embargo, por la limitación de tiempo y conocimiento, hay muchos temas relacionados con la obediencia ignaciana que dejamos abiertos y no podemos profundizar. Por ejemplo, la influencia de algunos otros escritores espirituales en el pensamiento de Ignacio sobre la obediencia (como la regla de Basilio o de Pacomio); la conexión entre la obediencia y el discernimiento de espíritus de Ignacio (una visión muy superficial diría que ambas realidades parecen contradecirse, pero están muy relacionadas y se complementan mucho); la dimensión cristológica de la obediencia de Ignacio; la dimensión antropológica de los tres grados de obediencia; la obediencia eclesial; o, finalmente, la dimensión pneumatológica de la obediencia ignaciana.

Estudiar la obediencia de Ignacio no solo ayuda a comprender mejor la vida espiritual, sino que también ayuda a renovar el gobierno y la formación en la vida religiosa, porque no se puede vivir bien la obediencia sin cambios positivos espiritualmente en la mente de los religiosos, tanto del superior como del súbdito. No es suficiente simplemente quejarse de la desobediencia de los súbditos y luego culpar a los cambios de la vida moderna. La obediencia necesita ser vista de modo más objetivo y abiertamente como una forma de vida apta para el Reino de Dios, no como un lugar de una especie de autoritarismo. Evidentemente, si entendemos y aplicamos perfectamente lo que enseña Ignacio sobre la obediencia, seremos verdaderamente «hijos de la obediencia» (1Pet 1,14) e iremos «de bien en mejor subiendo» [Ej 314] en la relación con Dios y al mismo tiempo, la Orden puede mirar al futuro con confianza. La obediencia no debe ser algo excepcional en los jesuitas, sino que debe convertirse en su forma de vida, una forma de vida que no busca la gloria para uno mismo sino para Dios, para servir solo al Señor, entregando todo a su servicio en misión.

³⁶¹ Espinosa Polit. *La obediencia perfecta...*, 30.

BIBLIOGRAFÍA

I. Fuentes primarias

A. Fuentes ignacianas

Arzubialde, Santiago – Corella, Jesús - García Lomas, José María, eds. *Constituciones de la Compañía de Jesús. Introducción y notas para su lectura*. Bilbao - Sal Terrae: Mensajero -Santander 1993.

Câmara, Luis Gonzáles. «Acta Patris Ignatii scripta (1553-1555)». En Rambla, José María, ed., *El Peregrino. Autobiografía de San Ignacio de Loyola*, Bilbao-Santander: Mensajero-Sal Terrae, 2015. FN I, 354-507.

Congregación General 31, 32 y 35 de la Compañía de Jesús, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao 2008.

Curia del Preósito General de la Compañía de Jesús. *Constituciones de la Compañía de Jesús anotadas por la Congregación General XXXIV y Normas Complementarias* aprobadas por la misma Congregación. Bilbao y Santander 1996.

Fontes Narrativi de S. Ignacio de Loyola et de Societatis Iesu initii, vol. I, Roma 1943-1965.

Iparraguirre, Ignacio, Dalmases, Cándido de y Jurado, Manuel Ruiz. *Obras de san Ignacio de Loyola*. Madrid: BAC Maior, 2021.

Monumenta Natalis. Epistolae Hieronymi Nadal Societatis Iesu ab anno 1546 ad 1577 (et alia scripta) (5 vols.), Madrid-Roma 1898-1962.

Montes, Benigno Hernández, ed. *Recuerdos Ignacianos. Memorial de Luis Gonçalves de Câmara*. Bilbao-Santander: Mensajero-Sal Terrae, 1992.

Nadal, Jerónimo. *Las pláticas del P. Jerónimo Nadal. La globalización ignaciana*. Bilbao-Santander: Mensajero-Sal Terrae, 2011.

_____. *Orationis observationes*. Institutum Historicum Societatis Iesu, Roma 1964.

Pol, Thió de, ed. *La intimidad del peregrino. Diario espiritual de San Ignacio de Loyola*. Bilbao-Santander: Mensajero-Sal Terrae, 1990.

Sebastià, Miguel Lop, ed. *Relatos Ignacianos. Hablan los testigos*. Bilbao: Mensajero, 2017.

B. Otros autores espirituales

Antonio Guerra, José, ed. *San Francisco de Asís. Escritos. Biografías. Documentos de la época*. Madrid: BAC, 2003.

Barbado Viejo, Francisco y Ramirez, Santiago, eds. *Suma Teológica de Santo Tomas de Aquino*. Madrid: BAC, 1955.

- Clímaco, Juan. *Escala Espiritual*. Editado por Teodoro H. Martín. Salamanca: Ediciones Sígueme, 1998.
- Colombas, Dom García M., Sansegundo, Dom Leon M. y Cunill, Dom Odilón M., eds. *San Benito. Su vida y su Regla*. Madrid: BAC, 1954.
- Atanasio. *Vida de Antonio*. Editado por Paloma Rupérez Granados. Madrid: Ciudad Nueva, 1995.
- Gude, David González. *Apotegmas de los Padres del Desierto*. Madrid: BAC, 2017.
- Casiano, Juan. *Colaciones*, vol.2. Madrid: Rialp, 1998.
- _____. *Instituciones*. Madrid: Rialp, 2017.
- Legísima, Juan R. de, Canedo, Lino Gómez, eds. *San Francisco de Asís. Sus Escritos. Las Florecillas. Biografías del Santo por Celano, san Buenaventura y los tres compañeros. Espejo de perfección*. Madrid: BAC, 1965.
- Los Monjes Cistercienses de España, eds. *Obras Completas de san Bernardo. Edición bilingüe V. Sermones sobre el Cantar de los Cantares*. Madrid: BAC, 1987.
- _____. *Obras completas de San Bernardo. Edición bilingüe VI, Sermones varios*. Madrid: BAC, 1988.
- _____. *Obras completas de San Bernardo. Edición bilingüe IV, Sermones litúrgicos (2^o)*. Madrid: BAC, 1988.
- Ruiz, Bueno Daniel, ed. *Padres Apostólicos*, 2^a ed. Madrid: BAC, 1967.
- _____. *Actas de los mártires*. Madrid: BAC, 1962.
- Tertuliano. *El Apologético*. Editado por Julio Andión Marán. Madrid: Ciudad Nueva, 1997.
- Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, eds. Francisco Barbado Viejo y Santiago Ramírez. Madrid: BAC, 1955.
- Vizmanos, Francisco. *Las vírgenes cristianas de la Iglesia primitiva. Estudio histórico y antología patrística*. Madrid: BAC, 1949.
- Zubillaga, Félix, ed. *Cartas y Escritos de San Francisco Javier*. Madrid: BAC, 1979.

II. Libros

- Aicardo, José Manuel. *Comentario a las Constituciones de la Compañía de Jesús, Tomo primero*. Madrid: San Mateo, 1919, 659-898.
- Aldama, Antonio. *An Introductory Commentary on the Constitutions*. St. Luis: The Institute of Jesuit Sources, 1989.
- Aldazábal, José. *Vocabulario básico de liturgia*. Barcelona: Biblioteca Litúrgica, 1996.

- Arrupe, Pedro. *La identidad del jesuita en nuestros tiempos*. Santander: Sal Terrae, 1981.
- Arzubialde, Santiago. *Ejercicios espirituales de San Ignacio. Historia y análisis*. Bilbao-Santander: Mensajero-Sal Terrae, 2009.
- Aumann, Jordan. *Christian Spirituality in the Catholic Tradition*. San Francisco: Ignatius Press, 1985.
- Bakker, Leo. *Libertad y experiencia. Historia de la redacción de las Reglas de discreción de espíritus en Ignacio de Loyola*. Bilbao-Santander: Mensajero-Sal Terrae, 1997.
- Balthasar, Hans Urs Von. *Textos de Ejercicios Espirituales*, ed. Jacques Servais. Bilbao-Santander: Mensajero-Sal Terrae, 2009.
- Berardino-Giorgio, Angelo y Simonetti, Fedalto-Manlio, eds. *Literatura Patrística*. Madrid: San Pablo, 2010.
- Colombás, García M. *El monacato primitivo*. Madrid: BAC, 2004.
- Dalmases, Cándido. *El Padre Maestro Ignacio*. Madrid: BAC, 1982.
- García Domínguez, Luis M^a. *Las afecciones desordenadas. Influjo del subconsciente en la vida espiritual*. Bilbao-Santander-Madrid: Mensajero-Sal Terrae - UPC, 2015.
- Espinosa Polit, Manuel María. *La obediencia perfecta: Comentario a la carta de la obediencia de san Ignacio de Loyola*. Plaza de san Francisco: Editorial Ecuatoriana, 1940.
- Ganss, George. *The Spiritual Exercises of Saint Ignatius. A translation and Commentary*. Saint Louis: IJS, 1992.
- García de Castro, José. *Polanco. El humanismo de los jesuitas (1517-1576)*. Bilbao-Santander-Madrid: Mensajero-Sal Terrae - UPC, 2012.
- Greshake, Gisbert. *Espiritualidad del Desierto*. Madrid: PPC, 2018.
- Guy, Jean-Claude. *Storia della vita religiosa. Una lettura sapienziale*. Roma: Pila, 2014.
- Hernán, Enrique García. *Ignacio de Loyola*. Madrid: Taurus, 2013.
- Iparraguirre, Ignacio. *Líneas directivas de los ejercicios ignacianos*. Bilbao: Mensajero, 1949.
- Jaer, André de. *Formar un cuerpo para la misión. Lectura sapiencial de las Constituciones de la Compañía de Jesús*. Bilbao-Santander: Mensajero-Sal Terrae, 1998.
- Kasper, Walter. *Jesús el Cristo*. Salamanca: Sígueme, 1978.
- Lambert, Willi. *Vocabulario de espiritualidad ignaciana*. Bilbao: Mensajero, 2006, 90-93.
- Lécrivain, Philippe. *París. En tiempos de Ignacio de Loyola (1528-1535)*. Bilbao-Santander-Madrid: Mensajero-Sal Terrae-UPC, 2018.

- O'Malley, John. *Los primeros jesuitas*. Bilbao- Santander: Mensajero – Sal Terrae, 1993.
- Osuna, Javier. *Amigos en el Señor, Unidos para la dispersión*. Bilbao: Mensajero-Sal Terrae, 1998.
- Palmés, Carlos. *La obediencia religiosa ignaciana*. Barcelona: Eugenio Subirana, 1963.
- Rodríguez, Alonso. *Ejercicio de Perfección y Virtudes Cristianas, Parte Primera: Del Ejercicio de algunas virtudes, que pertenecen a todos los que tratan de servir a Dios, Quinta Edición*. Madrid: Apostolado de la Prensa S.A., 1940.
- Ruiz de la Peña, Juan L. *Teología de la creación*. Santander: Sal Terrae, 1999.

III. Dicionarios

- Buckland, Stephen. «Obedience». En *The Cambridge Encyclopedia of the Jesuits*. Editado por Thomas Worcester. 566-571. United Kingdom: Cambridge University Press, 2017.
- Goffi, Tullo. «Obediencia». En *Nuevo Diccionario de Espiritualidad*. Dirigido por Stefano de Fiores y Tullo Goffi. 1002-1015. Madrid: Paulinas, 1983.
- Maas, Robin. «Obedience». En *The New Dictionary of Catholic Spirituality*. Editado por Michael Downey. 709-712. Minnesota: The Liturgical Press, 1993.
- Grupo de Espiritualidad Ignaciana, ed., *Diccionario de espiritualidad ignaciana* [2 vols.] (DEI), Bilbao – Santander: Mensajero – Sal Terrae, 2007.
- Alphonso, Herbert. «Obediencia». 1325-1336. En *DEI II*.
 - _____ . «La Storta». 1091-1100. En *DEI II*.
 - Arranz, Íñigo. «Arévalo». 192-195. En *DEI I*
 - Buckley, Michael J. «Contemplación para alcanzar amor». 452-456. En *DEI I*.
 - Cacho, Ignacio. «Ignacio de Loyola». 975-985. En *DEI II*.
 - Codina, Víctor. «Jesucristo». 1071-1077. En *DEI II*.
 - Conwell, Joseph. «Deliberación 1539». 549-553. En *DEI I*.
 - Coupeau, J. Carlos y Mateo, Rogelio García. «Loyola». 1143-1149. En *DEI II*.
 - Lécivain, Philippe. «Montmartre». 1287-1291. En *DEI II*.
 - Sampaio, Costa Alfredo. «Confirmación». 389-392. En *DEI I*.
 - Sanz de Diego, Rafael M^a. «Inquisición y San Ignacio». 1023-1027. En *DEI II*.
 - Thió, Santiago. «Diario Espiritual». 592-595. En *DEI I*.
 - Ruiz Pérez, Francisco José. «Hombre». 942-947. En *DEI II*.
- Ignacio, Echarte, ed. *Concordancia ignaciana*. Bilbao – Santander – St. Louis: Mensajero – Sal Terrae – The Institute of Jesuit Sources, 1996, 847-851.
- O'Neill, Charles y Domínguez, José María. *Diccionario Histórico de la Compañía de Jesús* (4 vols). Roma-Madrid: IHSI- UPComillas, 2001.
- Dalmases, Cándido y Escalera, J. «Generales de la SJ. Ignacio de Loyola». 1595-1601.
 - Gioia, Mario. «Obediencia». 2852-2855.

Real Academia Española. *Diccionario de autoridades* (1767), 3 vols. Madrid: Gredos, 1990.

_____. *Diccionario de la lengua española*, 2 vols. Madrid: Espasa-Calpe, 2001.

Rodríguez, Ángel Aparicio – Casas, Joan M. Canals Casas, eds. *Diccionario Teológico de la vida consagrada*. Madrid: Publicaciones Claretianas, 2000.

- Espinel, José Luis. «Obediencia, I. Fundamentación Bíblica». 1172 -1181.
- Asiain, Miguel Ángel. «Obediencia, II. Lectura teológica». 1181-1203.

IV. Revistas y artículos

Aldama, Antonio. «La composición de las Constituciones de la Compañía de Jesús». En *AHSI*, vol. 42, 201-245. Roma, 1973.

Armendáriz, Luis M^a. «“Juntamente contemplando su vida...”» La cristología de los *Ejercicios Espirituales*. *Manresa* 63 (1991): 125-161.

Castillo, José María. «La obediencia ignaciana según F. Suárez». *Archivo Teológico Granadino* 53 (1990): 49-76.

Codina, Víctor. «La obediencia monástica según Casiano». *Manresa* 39 (1967): 195-212.

Corella, Jesús. «¿Qué es la Fórmula del Instituto y cómo se hizo?». En *Constituciones de la Compañía de Jesús. Introducción y notas para su lectura*. 13-23. Bilbao-Santander: Mensajero-Sal Terrae, 1993.

Esteban, Juan. «Un texto de san Lucas sobre la obediencia». *Manresa* 34 (1962): 29-34.

Fernández, Jesús M. «¿Cuál es el fin de los *Ejercicios* de San Ignacio?». *Manresa* 20 (1948): 25-46.111-124.

García de Castro, José. «Los primeros de París. Amistad, carisma y pauta». *Manresa* 78 (2006): 253-275.

García Domínguez, Luis M^a. «Formar para la obediencia apostólica». *Manresa* 66 (1994): 35-53.

García Madariaga, José M^a. «Contenido de la cláusula papal del voto de Montmartre». *Manresa* 48 (1976): 231-245.

Gonzales, Luis. «La deliberación de los primeros compañeros». *Manresa* 61 (1989): 231-248.

Iturrioz, Jesús. «Dos líneas de obediencia en la Compañía de Jesús». *Manresa* 43 (1971): 59-78.

Lera, José María. «La contemplación para alcanzar amor, el pentecostés ignaciano». *Manresa* 63 (1991): 163-190.

Mateo, Rogelio García. «La formación castellana de Ignacio de Loyola y su espiritualidad». *Manresa* 58 (1986): 375-383.

- Mendizábal, Luis. «Sentido íntimo de la obediencia ignaciana». *Manresa* 37 (1965): 53-76.
- Ruiz Jurado, Manuel. «Dios ‘Padre Eternal’ en la espiritualidad de san Ignacio». *Manresa* 72 (2000): 363-376.
- _____. «Para una pedagogía espiritual de la obediencia». *Manresa* 39 (1967): 99-112.
- Palmés, Carlos. «Obediencia de juicio y obediencia ciega». *Manresa* 34 (1962): 139-162.
- Peeters, Luis. «¿Cuál es el fin principal de los Ejercicios?». *Manresa* 2 (1926): 306-321.
- _____. «¿Cuál es el fin de los Ejercicios de San Ignacio?». *Manresa* 21 (1949): 225-256.
- Rahner, Karl. «Sobre la obediencia. Un fundamento ignaciano». *Manresa* 29 (1957): 69-72.
- Rotsaert, Mark. «Obediencia en la vida de la Compañía de Jesús, CG 35 decreto 4». *Revista de Espiritualidad Ignaciana – XL* (2009): 29-40.
- Schnoor, Antje. «Transformational Ethics: The Concept of Obedience in Post-Conciliar Jesuit Thinking». *Religions* (2019).
- Uríbarri, Gabino. «La vida cristiana como vocación». *Miscelánea Comillas* 59 (2001): 525-545.